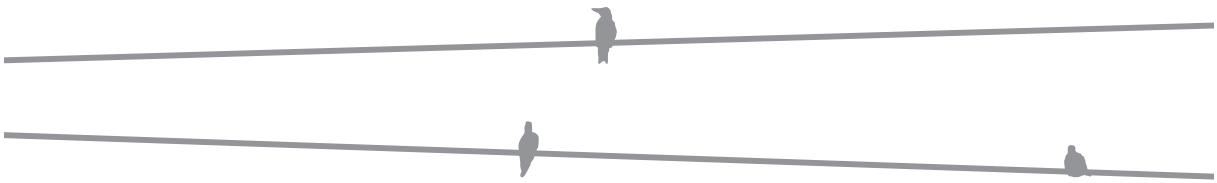
CASAS VACÍAS

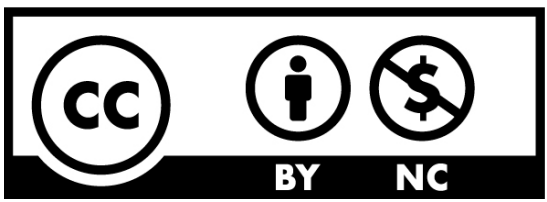
BRENDA NAVARRO



CASAS VACÍAS

BRENDA NAVARRO

KAJA NEGRA



Kaja Negra Ediciones, 2018
1ª edición
Impreso en México / *Printed in México*
Editado por Laura Ramos Zamorano y Lizbeth Hernández
Diseño y formación: Sergio Suárez Lara

Estas palabras son el tiempo
que me han respetado Dana, Nacho y Alba.
Gracias a los tres por ser mi hogar,
mi espejo y mi resistencia.

Y gracias también a Yuri.

Índice

Primera Parte 11
Segunda Parte 61
Tercera Parte 111

Primera Parte

Ocurre que estoy sentada bajo un árbol,
a la orilla del río,
en una mañana soleada.
Es un suceso banal
que no pasará a la historia.

Wisława Szymborska
Fragmento de "Puede ser sin título"

Daniel desapareció tres meses, dos días, ocho horas después de su cumpleaños. Tenía tres años. Era mi hijo. La última vez que lo vi estaba entre el subibaja y la resbaladilla del parque al que lo llevaba por las tardes. No recuerdo más. O sí: estaba triste porque Vladimir me avisaba que se iba porque no quería abaratar todo. Abaratar todo, como cuando algo que vale mucho se vende por dos pesos. Esa era yo cuando perdí a mi hijo, la que de vez en cuando, entre un conjunto de semanas y otras, se despedía de un amante esquivo que le ofrecía gangas sexuales como si fueran regalos porque él necesitaba aligerar su marcha. La compradora estafada. La estafa de madre. La que no vio.

Vi poco. ¿Qué vi? Busco entre el urdimbre de recuerdos visuales cada detalle de los hilos conductores que me lleven, al menos un segundo, a saber en qué momento. ¿En qué momento? ¿Cuál? No volví a ver a Daniel. ¿En qué momento, en qué instante, entre qué gritito de un cuerpo de tres años contenido, él se fue? ¿Qué fue lo que pasó? Vi poco. Y aunque caminé entre la gente gritando su nombre repetidas veces, el oído se me volvió sordo. ¿Pasaron carros?, ¿había más gente?, ¿cuál?, ¿quién? No volví a ver a mi hijo de tres años.

Nagore salía hasta las dos de la tarde pero no la recogí. Nunca le pregunté cómo es que ese día volvió a casa. De hecho, nunca hablamos de si alguien ese día volvió o es que acaso en los catorce kilos de mi hijo nos fuimos todos y nunca más volvimos. No hay fotografía mental que a la fecha me dé respuesta.

Después, la espera: yo recostada en una sucia silla del ministerio público de la que Fran me recogió después. Ambos esperamos, aún seguimos esperando en esa silla, aunque estemos físicamente en otro lado.

No pocas veces deseé que estuvieran muertos. Me miraba en el espejo del baño e imaginaba que me veía llorándoles. Pero no lloraba, me contenía las lágrimas y volvía a ponerme ecuánime por si no lo había hecho bien la primera vez. Así que me acomodaba de nuevo frente al espejo y preguntaba: ¿Que se ha muerto? ¿Pero cómo que se ha muerto? ¿Quién se ha muerto? ¿Los dos al mismo tiempo? ¿Estaban juntos? ¿Se han muerto, muerto, o es esto una fantasía para llorar? ¿Quién eres tú que me avisa que se han muerto? ¿Quién, cuál de los dos? Y era yo la única respuesta frente al espejo repitiendo: ¿quién murió? ¡Qué alguien haya muerto por favor para no sentir este vacío! Y ante el eco silen-

te, me contestaba que los dos: Daniel y Vladimir. Los perdí al mismo tiempo y los dos, en algún lugar del mundo, sin mí, seguían vivos.

Te imaginas todo menos que un día vas a despertar con la pesadez de un desaparecido. ¿Qué es un desaparecido?

Es un fantasma que te persigue como si fuera parte de una esquizofrenia.

Aunque no pretendía ser una de esas mujeres que la gente mira por la calle con lástima, muchas veces regresé al parque, casi todos los días de todos los días para ser exacta. Me sentaba en la misma banca y rememoraba mis movimientos: teléfono en la mana, cabellos sobre la cara, dos o tres mosquitos persiguiéndome para picarme. Daniel con uno, dos, tres pasos y su risa boba. Dos, tres, cuatro pasos. Bajé la vista. Dos, tres, cuatro, cinco pasos. Ahí. Alcé la vista hacia él. Lo veo y vuelvo al teléfono. Dos, tres, cinco, siete. Ninguno. Se cae. Se levanta. Yo con Vladimir en el estómago. Dos, tres, cinco, siete, ocho, nueve pasos. Y yo detrás de cada pisada todos los días: dos, tres, cuatro... Y sólo cuando Nagore me clavaba su vista avergonzada porque ya estaba yo, entre el subibaja y la resbaladilla, entorpeciendo el paso de los niños, es que yo entendía todo: era de esas mujeres que la gente mira por la calle con lástima y miedo.

Otras veces, lo buscaba en silencio sentada desde la banca y Nagore, a mi lado, cruzaba sus piernitas y se quedaba muda, como

si su voz fuera culpable de algo, como si supiera de antemano que la odiaba. Nagore era el espejo de mi fealdad.

¿Por qué no desapareciste tú? Le dije aquella vez a Nagore, cuando me llamó desde la regadera para pedirme que le alcanzara la toalla que no bajó del estante del baño. Ella me miró con sus ojos azules, muy sorprendida de que se lo hubiera dicho a la cara. La abracé casi inmediatamente y la besé repetidas veces. Le toqué el cabello mojado que me mojaba la cara y los brazos y la tapé con la toalla y la estrujé contra mi cuerpo y nos pusimos a llorar. ¿Por qué no desapareció ella? ¿Por qué es que fue sacrificada y no dio recompensa a cambio?

Debí ser yo, me dijo tiempo después cuando fui a dejarla a la escuela y la vi alejarse entre sus compañeritos de clase y no quise volver a verla. Sí debió ser ella, pero no lo fue. Todos los días de su niñez, regresó a mi casa.

No siempre se es la misma tristeza. No todas las veces despertaba con la gastritis como estado de ánimo, pero bastaba que pasara algo para que por instinto tragara saliva y fuera consciente de que tenía que respirar ante los hechos. Respirar no es un acto mecánico, es una acción de estabilidad; cuando se pierde la gracia es que se sabe que para mantener el equilibrio es que hay que respirar. Vivir se vive, pero respirar se aprende. Entonces me obligaba a dar los pasos: báñate. Péinate. Come. Báñate, péinate, come. Sonríe. No, sonreír no. No sonrías. Respira, respira, respira. No llores, no grites, ¿qué haces, qué haces? Respira. Respira, respira. Tal vez mañana seas capaz de levantarte del sillón. Pero el mañana siempre es otro día y yo, sin embargo, vivía perpetuamente el mismo, pues no hubo sillón del que tuviera que levantarme.

Algunas veces, Fran me llamaba por teléfono para recordarme que teníamos otra hija. No, Nagore no era mi hija. No. Pero la cuidamos, pero le ofrecimos un hogar, me decía. Nagore no es mi hija. Nagore no es mi hija. (Respira. Prepara comida, tienen que comer). Daniel es mi único hijo, y cuando yo preparaba la comida, él jugaba en el piso con soldaditos y yo le llevaba zanahorias con limón y sal. (Tenía ciento cuarenta y cinco soldados, todos verdes, todos de plástico). Yo le preguntaba a qué jugaba y él con sus fonemas ininteligibles me decía que a los soldados y ambos escuchábamos los pasos que los llevaban a la gran marcha. (El aceite arde, la pasta se quema. El agua no está en la licuadora). Nagore no es mi hija. Daniel ya no juega a los soldados. ¡Viva la guerra! Entonces, muchas veces me llamaban de la escuela de Nagore y me recordaban que ella me esperaba y que tenían que cerrar la escuela. Lo siento, les decía aunque el: *Es que Nagore no es mi hija* se me quedaba en la lengua y colgaba ofendida de que me reclamaran la maternidad no pedida y en un llanto que no aparecía pero que se manifestaba en un sofoco abierto yo imploraba que quería ser Daniel y perderme con él, pero lo que en realidad sucedía era que se me iba la tarde hasta que Fran volvía a llamar para recordarme que tenía que atender a Nagore porque también era mi hija.

Vladimir regresó una vez, solo una vez. Es probable que por lástima, por compromiso, por morbo. Me preguntó qué quería hacer. Lo besé. Me cuidó una tarde, como si yo le importara. Me tocaba retraído, como con miedo, como con la fragilidad del que no sabe si es correcto

ensuciar el vidrio recién enjuagado de detergente. Lo llevé al cuarto de Daniel e hicimos el amor. Yo quería decirle pégame, pégame para gritar. Pero Vladimir solo preguntaba si estaba bien y si necesitaba algo. Si me sentía cómoda. Si quería parar. Necesito que me pegues, necesito que me des mi merecido por perder a Daniel, pégame, pégame, pégame. No se lo dije. Luego me salió con la culpígena propuesta no hecha de que debimos de habernos casado. Que él... Nada. Que él no me hubiera hecho un hijo, le respondí ante su vergüenza, su miedo a decir algo que lo comprometiera. Que él no me hubiera llevado a ningún parque con nuestro hijo. No. Ningún hijo. Que él me hubiera dado una vida sin sufrimiento maternal. Sí, es posible que sea eso, me contestó cuando se lo insinué y después, liviano como era, se fue y volvió a dejarme sola.

Ese día Fran llegó y acostó a Nagore y yo quería que se acercara a mí y supiera que mi vagina olía a sexo. Y que me pegara. Pero Fran no se percató. Hacía mucho tiempo que ya no nos tocábamos, ni siquiera un roce.

Fran tocaba la guitarra para Nagore en las noches antes de dormir. Yo lo odiaba, no le perdonaba que se atreviera a tener una vida. Iba a trabajar, pagaba las cuentas, se hacía el bueno. Pero, ¿qué clase de bondad hay en un hombre que no sufre todos los días la pérdida de su hijo?

Nagore iba a darme un beso de buenas noches cada que el reloj daba las diez y diez y yo me escondía entre las almohadas y le palmeaba la espalda como respuesta. ¿Qué clase de bondad hay en quien exige amor dando amor? Ninguna.

Nagore perdió el acento español apenas llegó a México. Se mimetizó conmigo. Era una especie de insecto que hibernaba para salir con las alas puestas y la miráramos volar. Estalló en colores, como si el capullo tejido en las manos de sus padres solo la hubieran preparado para la vida. Superaba la tristeza, le ganaba la niñez. Le corté las alas después de que Daniel desapareció. No iba a permitir que algo brillara más que él y su recuerdo. Seríamos la fotografía familiar intacta que no se rompe a pesar de caer al suelo por el triste aletear de un insecto.

Fran era el tío de Nagore, su hermana la parió en Barcelona. Fran y su hermana eran de Utrera. Ambos se desperdigaron por el mundo antes de querer prolongarse en una familia.

La hermana murió en manos de su marido, por eso Fran nos impuso el cuidado de Nagore. Yo me volví madre de una niña de seis años mientras engendraba a Daniel en mi vientre. Luego no fui madre y ese fue el problema. El problema es que seguí viva por mucho tiempo.

Hubo momentos en que quise ser de esas madres que con los pies pesados surcan caminos. Salir a pegar papeletas con el rostro de Daniel, todos los días, todas las horas, con todas las palabras. También, muy pocas veces, quise ser la madre de Nagore, peinarla, darle de desayunar, sonreírle. Pero me quedé suspendida, aletargada, a veces despierta por instinto. Otras muchas veces deseaba ser Amara, la hermana de Fran, y dejarle la responsabilidad de velar por dos vidas ajenas.

Ser yo la malnacida, la malvivida, la mal asesinada. No parir. No engendrar, no dar pie a las células que crean la existencia. No ser vida, no ser fuente, no dejar que el mito de la maternidad se prolongara en mí. Truncar las posibilidades de Daniel mientras seguía en mi vientre, encerrar a Nagore hasta que dejara de respirar. Ser la almohada que la ahogaba mientras dormía. Recontraer las contracciones por las que ellos dos nacieron. No parir. (Respira, respira, respira). No parir, porque después de que nacen, la maternidad es para siempre.

Si es que alguna vez fui niña y si es que merecía rememorarlo, eran los violines los que me llevaban a esos instantes de plenitud que yo no supe transmitirle a Nagore. Violines. Violines en casa de mis padres mientras el sol entraba por la ventana que alumbraba la sala de estar en la que yo jugaba. Violines, la música de los juegos. Un día desperté con la convicción de que Nagore tenía que aprender a tocar un violín. Investigué sobre profesores particulares, fuimos a caminar al centro a ver precios y modelos. Preguntamos diferencias, escuchamos sin entender pero fingíamos que sí. Nagore me tomaba de la mano ilusionada, sonreía y se le reflejaba la infancia. Sí, violines, y Fran con el entrecejo fruncido dijo que sí, incluso acordó las clases en casa. Me dio una hoja con el horario y con el teléfono al que se tenía que confirmar la primera cita. Lo pegué en el refrigerador. Nunca hubo violines en casa.

¿Y si nos vamos a Utrera, a la casa blanca de los abuelos? preguntó Nagore. ¿Irse a Utrera con mi hijo perdido? Le di una bofetada. Lo negué. Yo era incapaz de golpear a una niña.

Daniel nació un veintiséis de febrero. Es piscis, pensé. Fran no le dio importancia. Los piscis son difíciles, sufren mucho, dramatizan más. Debió ser Aries. Siempre quise un hijo independiente. Daniel pesó dos kilos con novecientos gramos, buenos pulmones 8/8 de Apgar. (Respira, respira, respira...). Daniel era piscis y tenía la piel blanca, casi transparente... (respira, respira, ¡respira!). Daniel era piscis, pesó dos kilos, casi tres, piel blanca, transparente, pero piscis, ser piscis no es bueno... (respira, respira, ¡respira!, respira). Daniel era piscis, era mi hijo, Daniel era mi, mi hijo. Es mi hijo... (Respira, resp... no, no, no quiero respirar). Daniel es mi hijo y quiero saber dónde está.

No merezco respirar. Respiro. Mi condena es respirar.

Fran, tan poco que sobrevive de lo nuestro, apenas migajas de pan que se caen de la boca por querer engullirlas todas a la vez y que caen al suelo. Fran, tan poco que sé de él y él de mí. ¿Cómo nos atrevimos a ser padres, por qué? Fran, tan poco que vivimos juntos y tan grande

nuestra desdicha. Fran, el estoico, el fuerte, el duro, el relojito exacto, el conmensurable. El conmensurable. El imbécil. Hay personas, como yo y como Fran, que deberíamos de morir en cuanto se demuestra que no sabemos ser padres.

Por selección natural.

Cuando Nagore se fue, supe que la quería, antes no.

Fran no deseaba hijos. O sí, pero no pronto. ¿Para qué? Por eso eyaculaba en mis piernas. Me gustaba cuando lo hacía. Su semen blanco iluminaba mi piel morena. Vladimir usaba condón. ¡Qué delgada capa elástica nos separaba, qué contundente su rechazo a lo fértil! Qué ganas de poner una barrera entre mi piel y su piel. Por eso que Fran me tocara con su glande húmedo me hacía sentir que me amaba. Y el amor, tan engañoso, tan febril, que hace que el semen pase de las piernas al útero y del útero a la desgracia. Hay quienes nacemos para no ser buenas madres y, a nosotras, Dios debió esterilizarnos desde antes de nacer.

Me hice los análisis para saber si estaba embarazada. Cuando se lo dije a Fran, me abrazó como si eso fuera lo que tuviera que hacer. ¿Lo quieres, quieres que tengamos este bebé? Pregunté. Sí, dijo que sí. (Respira, respira...). ¿Lo quieres cuidar, me vas a cuidar? Sí, dijo que sí. No importa qué pase, ¿vamos a estar bien, no? Sí, dijo que sí. Dijo (respira) que sí. (Respira, ¡respira, respira, respira!). Dijo que sí. ¿No

importa qué pase, vamos a estar bien, no? Sí. No importa qué pase, ¿vamos a estar bien, no? Sí. No importa qué, vamos a estar bien. ¿No? Sí. No importa qué pase, vamos a estar bien. No. Sí. Ese día debimos de haber abortado.

Quizá buscando algo de él, Fran veía fotografías de Daniel junto a Nagore cuando creían que yo no me daba cuenta. Se van a quedar ciegos, les dije un día. No me contestaron. Están buscando en una fotografía, ¿y por qué no salen a las calles a buscarlo? Nada, no solían caer en mis provocaciones. ¿Qué le ven? Nunca lo vieron, insistía yo. Cuando estaba aquí nunca lo vieron. Sí, sí lo vimos, dijo Nagore. No lo vieron. ¡Sí!, devolvió en grito Nagore. ¡Sí lo vimos, sí lo vimos y tú lo perdiste, tú!, y Fran le tapó la boca y ella empezó a llorar. No lo vieron. Yo tampoco. Eso era lo que más dolía, que, en el fondo, los tres sabíamos que mi descuido era el descuido de los tres, pero que era más fácil echarme a mí la culpa, o creer en el destino, que a veces creíamos. Era lo mismo.

¿A dónde se fue Daniel?

La primera noche sin Daniel en casa quise dormir pero no pude. Tomé a Fran de la mano y callados escuchábamos el ruido de los carros que llegaba a nuestra ventana. Más tarde se unió a nosotros Nagore. Se acurrucó en el hueco que mi posición fetal tenía. Quizá ninguno de los tres cerró los ojos en toda la madrugada pero no nos vimos los

unos a los otros, si acaso, la luz de los autos sobre la cama. Si acaso pedazos de nuestros cuerpos, la manta, nuestras manos entrelazadas. Éramos espectros. El que desaparece se lleva algo de ti que no vuelve, se llama cordura.

Respira. Quita la tierra que está encima tuya. Aguanta. Levántate. Respira. ¿Respirar para qué?

Llegué a sentir respeto por las personas que son capaces de hablar y de contar sus emociones. De compartir, de empatizar. Yo sentía que tenía algo atorado entre los pulmones, la tráquea, las cuerdas bucales. Me dolía querer hablar, como cuando una mano te asfixia. El cuerpo me cambió, parco, flácido, débil. Daniel también debió de cambiar mucho. Me lo imagino andar por la calle de la mano de una mujer dulce, de cabellos grises. Visualizo incluso los pasos y los segundos que tardan para que ella vaya a comprarle al parque un helado o un algodón. Lo miro cuando él se lo come con la parsimonia que le caracteriza. Disfruto cuando veo que siguen caminando y de saber cómo se ríe, cómo come y cómo le da besos llenos de saliva a la mujer. No sabe de mí, no me recuerda. No sabe quién es Nagore, no sabe quién es Fran, incluso pueden pasarle al lado y él seguiría besando a los cabellos grises, con las manos batidas de algodón. También lo imagino dormido, glotón, lleno el estómago, con la mano desperdigada mientras duerme y se le ve un suave respirar que me hace saber que

está vivo. Vivo. Mientras trato de tragar saliva me encajo las uñas en la palma de la mano y persisto como una mujer a punto de suceder pero que no sucede.

Nagore creció rápido. La vida se le abultaba de a poco en el pecho, en las caderas y en la altivez que nos restregaba que, a pesar de todo, ella seguía viva. Construía un suelo en el que sus pasos eran firmes y del que yo no me enteraba, pero suponía que en la escuela se reía y hacía bromas y respiraba plena. Me la imaginaba andar y reír y ser feliz y creerse muy viva, muy presente, segura de que ella pisaba la tierra. Por eso aquella vez que cerró la puerta de su cuarto sentí que me ardía el estómago y corrí a abrirla de un golpe seco: en esta casa no hay secretos, le dije, y ella me miró desde la cama en silencio. Ella sabía que todo entre nosotras era un secreto, especialmente el hecho de que en el fondo nos odiábamos mutuamente.

Si yo no hubiera llevado el teléfono en la mano cuando estábamos en el parque, Daniel estaría conmigo. Si yo no hubiera querido salir aquella tarde para distraerme del mensaje de Vladimir, Daniel estaría conmigo. Si yo no hubiera decidido creer que el amor es una decisión y por eso amaba a Fran a pesar de que cada membrana muscular se me iba en sufrir a Vladimir, Daniel no estaría conmigo. No existiría. Si yo no hubiera decidido estar con Vladimir, yo sería todavía la promesa de una mujer que se construye. No tendría familia, no tendría

dolor, pero el amor no se esfuma, el desamor no se elige, aunque al decir esto parezca que me estoy exculpando.

Buscas hasta en los trastes. Cualquier indicio de que está cerca de ti es suficiente. Daniel estaba en el plato de sopa que había dejado antes de que saliéramos al parque, en la ropa que habíamos puesto en el cesto de ropa sucia de la mañana. En la cama destendida, en sus juguetes. Daniel seguía presente en cada lugar de la casa: en el crujir de los ladrillos que se ensanchan cuando el sol los calienta y parecen que algo tiran, como Daniel arrojando al suelo un juguete. Y Fran lo entendía y por eso los primeros días trató de ordenar todo, todo, como para crear nuevos escenarios en los que yo no pudiera regodearme de tristeza; como la vez que lavó el plato que se enmoheció con el tiempo. Lo vi sin querer mientras acomodaba la bolsa de basura, cuando lo identifiqué entre los restos de comida y los cartones de leche, lo saqué frenética, como frenética fui a levantar la taza de café que él tenía sobre el comedor mientras algo le decía a Nagore, se la aventé esperando una pelea. Pero Fran ya no peleaba y me dejaba atorada entre el llanto y la ira. No volvió a sucederme nada que valiera la pena, no volví a saber por mucho tiempo qué era tener una catarsis concluida.

Debí de anticipar el claustro en el que podría convertirse mi vida cuando noté que Fran se esforzaba en hacer el amor en silencio. Tenía orgasmos que reprimía entre el ímpetu y los labios que apretaba con

fuerza para no exclamar cualquier cosa. Yo alcanzaba a escuchar algo porque su cabeza siempre quedaba cerca de mi oído. Su orgasmo era una revolución reprimida en la garganta. Se le contraía el cuerpo, se retozaba sobre mí, pero formal, como si hacer el amor fuera un sentimiento y no un acto de sobrevivencia humana. Me acostumbré a ello y por eso volvernos mudos después de la desaparición de Daniel no fue una sorpresa.

No conocí a la hermana de Fran. No me gustaban las familias. Sé que a la hermana de Fran la mató su esposo. Sé que no se debe morir en manos de la gente que quieres, sé que ella no quería morir porque encontraron sus rasguños en la cara y en los brazos de su asesino. También sé que Nagore le heredó sus ojos azules aunque sacó el cabello rubio de su padre. Sé que fue una buena hermana y que Fran la quería mucho. Sé que Nagore creció entre mimos y una educación cariñosa. Lo sé. Como sé por ello que Nagore fue de Fran y no mía. Sé que Nagore no nació para mí. Sé que Nagore siempre tendrá en su mente que Amara es su madre y ninguna otra. Lo sé. Entonces, ¿para qué perder tiempo cuidando a una hija que no es mía, por qué habría de ser yo su hogar? ¿Por qué tendría que sentir empatía por alguien a quien no conocí?

También me dio por pelearme mentalmente con Vladimir, yo necesitaba pelear y no había eco alguno que me respondiera. ¿Sabías que por

ver tu mensaje he perdido a mi hijo? Y tú, ¿tú qué has hecho al respecto? Abaratar, eso hiciste, abaratar mi vida, convertirla en una broma, en un chiste. ¿Sabías eso, lo sabías? ¿Tú qué sabes? Nada, no sabes nada. ¿Sabías que tuve un hijo para tener un pretexto para alejarme de ti? La gente no puede tener hijos por razones tan estúpidas. Tuve un hijo para alejarme de ti. Qué imbecilidad, tan fácil que resultó que te fueras. ¿Sabías que en lo que estaba pensando era en cómo hacer que volvieras mientras el uno, dos, tres pasos de Daniel desapareció? A Daniel no se lo llevaron para hacerle daño, a Daniel me lo arrebataron porque se merecía una vida mejor y era obvio que yo no sabía cómo dársela porque perdía el tiempo en pelearme con Vladimir en vez de pensar cómo encontrar a Daniel.

Pero también pasa que a los niños los maniatan, violan, descuartizan, esclavizan, los vuelven pornografía. Pero también pasa que es posible que Daniel esté tirado en la basura, pudriéndose, oliendo mal, con cucarachas encima, con gusanos comiéndoselo. Vladimir, Vladimir, ¿me escuchas? ¿Dónde está Daniel? No quiero respirar. Al demonio Vladimir, desaparece tú pero déjame a mi hijo. ¡O deja que desaparezca yo, vida, deja que desaparezca yo!

Subimos al avión con Nagore y Daniel en brazos. Daniel tenía dos meses de nacido. Yo no quería volver a casa. Sé que Fran hizo todo porque Nagore fuera nuestra, a pesar de que los abuelos quisieron

quedársela. Me fui de México con Daniel en el vientre y ya no pudimos regresar antes de su nacimiento. En ese período vi poco a Nagore, a pesar de que compartíamos el mismo patio y dormíamos en puertas continuas. Tenía miedo de mirarle a los ojos y sentir empatía por la tristeza de perder a sus padres. Sentía que podía pasármela como si se tratara de un virus. Las embarazadas se contagian de todo. Subimos al avión y sentí miedo de saber que Nagore iba a estar a mi cargo, no sabía qué hacer con dos niños. Nunca quise ser madre, ser madre es el peor capricho que una mujer pueda tener.

Si piensas en el futuro sueles verte bien. Todos queremos el futuro porque es una promesa de que en algún momento se te va a quitar la estupidez. Mi futuro no existe, se lo llevó Daniel.

No andas preguntando a todo el mundo ¿Dónde está Daniel?, ¿dónde imaginas que puede estar? Pero lo piensas todo el tiempo. Si tengo a alguien enfrente, todavía me pregunto si ante el hecho de que le pueda contar cómo pasaron las cosas, quizá, esa persona pueda darse cuenta de un detalle, de algo que no conté antes, de ver la fotografía completa y saber a dónde se fue, quién se lo llevó... A lo mejor en algún momento esta persona pueda entender algo que ni Fran, ni la policía, ni yo hayamos entendido aún. Una nueva persona siempre es la posibilidad de una nueva y mejorada respuesta. Pero no pregunto nada y mejor me lo imagino contento. ¿Se acordará de mí? ¿Se acordará de mí? ¿De

qué se acuerda si es que se acuerda de mí? ¿En qué piensa? Respira. ¿Se acordará de mí? ¿De mí? ¿Respira, Daniel respira?

Nagore tiene una voz dulce que no le cambió con los años. Como si se aferrara a la bondad a pesar de tener un padre asesino y una madre muerta. Nagore se aferra a que le brillen los ojos a pesar de haber nacido sin ángel. Se aferró a ello aunque estaba destinada a ser una sombra: la sombra de su madre, de su padre, de Fran, de Daniel. Ni siquiera yo podía verla porque se me difuminaba. Se parece a todas las mujeres, aunque ella se empeñe en todo lo contrario.

Sé que Fran no ha estado con otra mujer, aunque quisiera que estuviera con alguna. Que me diera motivos para odiarlo. No hace nada. Es como un árbol. Sé que Daniel no lo extraña. Lo sé, porque no se lo merece. No se lo merece. Fran pudo ser un buen padre. Yo le di y le quité esa oportunidad. Quizá es él quien me odia y su odio basta por los dos. Ninguno de los merecía a Daniel.

Que se acabara todo de una vez y para siempre. Que hubiera un terremoto, una bomba, una guerra, una pistola, unos insurrectos ren-

corosos, una araña venenosa, un edificio de veinte pisos, una valentía. Nunca he sido valiente, por eso sigo viva.

Fran se subía a Daniel a las piernas y Daniel le tocaba los ojos como si quisiera sacárselos, pero sus deditos eran tan suaves e indefensos que apenas y molestaban a Fran. Daniel tenía sus ojos oscuros como yo, si acaso en algo se me parecía. Lo afirmo, sí, pero no porque los recuerde sino porque en las fotos esa impresión me da. Recuerdo reiteradamente la primera fiebre de Daniel y de que corrimos al hospital. Nagore se nos olvidó en casa. Debió de ser una premonición para ella. Para consolarla, Fran se la sentó en las piernas y le dijo que haríamos algo pronto, entre lágrimas Nagore dijo que sí. Daniel miraba a Nagore fijamente, como si supiera que algo le habíamos hecho por su culpa y ella, dulce, le besó los ojos antes de irse a dormir y Daniel la trató de abrazar y le chupó la cara. La vida te pone en circunstancias que no solicitas. La vida es una mierda. Muchas de las veces siento pena por Nagore pero ella tiene que aprender a rascarse con sus propias uñas.

No siempre se odia. No todo el tiempo dan ganas de llorar. Solo a veces los piquetes en el hígado se desatan a la menor provocación. Así como una mañana puedes creer que todo puede ir mejor, otras mañanas no. Se pierde la esperanza y se vive con una pesadez estomacal que nada tiene que ver con la digestión. Un bulto entre el aparato digestivo, un bordo que no deja comer aunque tengas hambre, una

rajada que no deja beber porque arde. No siempre se odia. No todo el tiempo dan ganas de llorar, incluso hay ocasiones en los que sonríes sin darte cuenta, o te echas carcajadas en la mente, eso es lo más peligroso, carcajearse sin voluntad porque son las alegrías las que más agujerean el pecho y los pulmones y por eso hay que repetirse: respira, respira. Una olla de presión que se mueve unos milímetros para que el vapor queme. El vapor quema, parece que no, porque no es fuego, porque no es sólido, pero quema y así son las risas mentales, un vapor que cuando sale quema y se expande y odias. Odias reír a pesar de ti.

Come, aunque la comida esté quemada, sin sabor o mal hecha come, le decía a Nagore queriendo ser el piquete en su hígado. ¿Por qué siento tanto y por qué los demás no? ¿Qué los hace especiales?, ¿qué partida de dados les han tocado para tener una vida normal? ¡Come, ingrata, come que he picado la verdura en cuadritos para que parezca que me esmero! Come, que no serán mis acciones las que me delaten, come y calla, y vete, que te duela cada bocado soso, que te duela cada que comes, llora conmigo, llora y sé débil como yo. No siempre se odia, Nagore, pero estamos muy cerca de ello. Y le dejaba el plato en la mesa y la obligaba a comerse todos los bocados.

¿A dónde va Daniel todas las mañanas en las que yo me quedo tirada en la cama esperando que el tiempo no pase y él no sea el niño desaparecido? ¿A dónde va y a quién mira? ¿Hay alguien a quien le diga madre?

Nagore se acercaba a la puerta de mi habitación, se quedaba parada hasta que yo le preguntaba qué quería. Nada, decía la mayoría de las veces. Otras, me traía fruta. Come, me decía. A veces se ofrecía a cepillarme el cabello, aunque pocas veces, llegué a dejarla peinarme porque así la mantenía callada y entretenida. Y aunque le daba la espalda, eso no impedía que de vez en vez me diera besos en el cabello. Quizá un par de ocasiones me besó en la mejilla y yo la toqué agradecida. Incluso, hubo momentos, casi imperceptibles, en que parecía que le ponía atención y le preguntaba cómo era su día y ella soltaba una verborrea de la que no me enteraba. Su voz era un ruido ajeno que no lograba interesarme pero que aliviaba el profundo silencio en el que se había convertido el laberíntico paso de los días.

Si un día te vas a atrever a decirme en voz alta que yo soy la única culpable de todo lo que pasa, deberá ser pronto, le dije a Fran, pero Fran fruncía el entrecejo y me negaba con la cabeza. (Respira)... Lo soy, debí poner atención. No. (Respira. Respira). Caminé hacia él. Yo lo perdí. No. Yo no me lo llevé. ¿Alguien se lo llevó? ¿Qué fue lo que pasó? Fran, qué fue aquello. (Respira, respira, respira, respira). Si un día te vas a atrever.... Y un día lo hizo: pudiste ser más cuidadosa, me dijo. (Piqueteo, piqueteo intenso en el hígado). ¡Pudiste estar aquí, conmigo, aquí, conmigo! Lo abofeteé. Él me abrazó. No, no, no. Le pegué a la pared con las manos abiertas repetidas veces. Siguió abrazándome un rato, luego me pasó la mano sobre la cabeza, como si fuera un perro y después se fue. Quién sabe qué infiernos tenía él que lo consumían por dentro y no se atrevía a externarlos. Acabo de

recordarlo así, humano, y nunca más, nunca más volvió a mostrarse así, hasta aquel día en que Nagore se fue.

De repente, no de manera frecuente, se me juntaba la sangre en el pubis. Extrañaba el orgasmo mudo de Fran. Su semen blanco en mis piernas. Qué lejos estábamos de aquello. Pero sucede que como un pacto intrínseco sabíamos de antemano que el deseo le está prohibido a los padres que pierden y no encuentran a sus hijos.

Daniel no podía dormir en las noches si antes Nagore no le cantaba una canción. Yo la vigilaba sentada. Nagore lo hacía bien. Pasaba su mano sobre la carita de Daniel y le acariciaba la ceja y lo obligaba a cerrar los ojos mientras le susurraba la canción. Si alguien nos hubiera sacado una foto en ese momento, la gente pudo haber pensado que yo era una buena madre. Yo creo que Nagore pensó que yo sería una buena madre. Y entonces, ¿por qué dejé solo a mi hijo en un parque y preferí ver mi teléfono? ¿Qué clase de broma materna soy?

Los callos te salen de tanto caminar. Noté que mis pies son suaves. Me faltan kilos, me sobra ropa, personas, horas. ¿En qué momento me darán ganas de ir y tirarme por la ventana? Quizá deba admitir que la tristeza me acomoda porque soy egoísta.

¿Pero es acaso posible
de pronto desacostumbrarse
a sí mismo,
al orden del día y de la noche,
a la nieve del próximo año,
al rubor de las manzanas,
a las penas del amor,
del que nunca hay suficiente?

Wisława Szymborska
Fragmento de "Minuto de silencio por Ludwika Wawrzyńska

Mejor no hubiera llegado Leonel a nuestras vidas. Mejor se hubiera puesto a llorar muy fuerte cuando debió de hacerlo y no después, ya de camino. Yo era la mujer de la sombrilla roja que se subió al taxi cuando empezó a haber alboroto en el parque. Claro que lo abracé mientras lloraba, pero es que lloraba mucho; semanas después nos dijeron que tenía autismo y que a lo mejor por eso no le gustaba casi nada. Fue en ese momento que me arrepentí de querer ser madre.

Quería ser madre de los hijos de Rafael que, en esos días, quién sabe qué le pasaba de tiempo atrás, y aunque le preguntaba ni decía nada, porque así era él, que qué chingados tenía de qué, pues algo tienes, no digas que no, le decía, pero nunca dijo pues mira, me pasa esto, o siento que no sé, algo, o mira, es que si te contara, pero nada, y yo creo que aunque no lo acepte, soy de esas mujeres que prefieren estar con el hombre aunque no las quieran y que siempre dice: pues mañana será otro día, pues hay que hacer algo para estar mejor; muy optimista o muy arrebatada; por eso creí que Leonel iba a llegar y mejorar todo, pero era nada más tapar el dedo con el sol, lo que está podrido, está podrido, ni modo.

Y es que lo que pasa es que siempre quise tener una hija, peinarla con moños de tela, vestirla con esos vestidos vaporosos que les ponen a las niñas en días de fiesta; verla usar mis zapatos, pintarse la cara, peinarse, no sé, una niña siempre es más divertida, pero, luego pensé que Leonel pondría más contento a Rafa, que jugarían al futbol, a las luchitas, a cosas de hombres.

¿Te lo robaste, estás pendeja? Me gritó un rato después de que vio que entré a la casa y lo fui a sentar a la mesa y Leonel no se callaba de sus berridos. Entonces Rafa se paró y fue a darme un madrazo en la cabeza. ¿Estás enferma, qué tienes en esa puta cabeza hija de la chingada? Pero yo hacía como que todo estaba muy normal. Pensé que tenía que darle tiempo a que nos conociéramos todos, una familia no se hace de la noche a la mañana. El autismo lo arruinó todo, o eso, o es que no sé escoger a los hombres de mi vida. Porque escoger a los hombres de mi vida implicaba muchas cosas, entre ellas no faltarnos al respeto y, sin embargo, nosotros nos madreamos la primera noche que durmió Leonel en casa porque nos desesperó su comportamiento. No sabíamos qué le pasaba porque se tiraba al suelo, se pegaba en la cabeza y si queríamos detenerlo soltaba de patadas y

manotazos. Uno sí me dolió, me salió solito jalarle el cabello, pero fue peor porque se puso a gritar más, como si lo estuviéramos matando. Rafa se desesperó un chingo. Azotó la puerta del cuarto y se encerró. Yo me quedé con Leonel en la sala. Y le dije Leonel, Leonel, ¿qué tienes? Pero Leonel nomás se metía la mano a la boca y se le escurrían los mocos y las lágrimas por su carita hasta que después de un ratote se quedó dormido. Yo, que para ese momento tenía la boca seca y la panza inflamada, preferí ni moverlo del suelo y fui por una cobija y lo tapé, luego fui a buscar a Rafael.

Nomás entrando al cuarto se puso boca abajo en la cama para no verme. Pinche Rafael, vamos a hablar, pero Rafael no me respondía, así que lo moví para despertarlo, Rafael, vamos a hablar, no te hagas el dormido, le dije, pero se seguía haciendo el dormido hasta que se encabronó y me dijo que ya estaba bueno y se paró y me jaló de los cabellos y me arrinconó en la pared. Pero yo le respondí, me le eché encima, lo rasguñé y lo mordí. A mí no me pegues, pendejo. Pero me siguió pegando: pinche vieja enferma, cabrona, pinche enferma, me decía mientras me pateaba y yo le decía ay, ay... Hasta que se cansó y se fue a dormir al sillón para vigilar a Leonel. Yo me quedé llorando en la cama, viéndolos de reojo, tenía miedo de que Rafael hiciera una chingadera y se lo llevara, pero no se lo llevó. De lo único que me arrepentí fue de no haberme dado cuenta de que el niño tenía autismo.

Al otro día, mientras le puse dos huevos estrellados con salsa en la mesa, le dije que yo no sabía de dónde le salía la idea de que teníamos que ser normales. Yo creo que esto es normal, Rafael, nada más que no nos enteramos. Me miró feo. Tú crees que no pienso, pero sí pienso, sólo que no pienso lo que tú quieres que piense. Cuando se tragó los huevos, se limpió la boca con la mano y antes de irse me dio golpecitos en la sien: No piensas, no piensas. Me dijo. Estuve enojada

con él varios días, pero luego con el tiempo descubrí que eso mismo le hacía yo a Leonel. Piensa, escuincle de mierda, piensa... Pero Leonel se mecía de un lado a otro de la silla y si lo molestaba mucho, se ponía a pegarse contra la pared para que lo dejara en paz. Piensa, escuincle de mierda, ¡piensa!, y le daba golpecitos en la sien.

Luego para darme una respuesta sí he llegado a pensar que todo empezó cuando mis primas empezaron a tener hijos, de la noche a la mañana las casas de mis tías se llenaron de niños que gritaban por todos lados. Primero dejé de ir a visitarlas, no sé, me sentía incómoda, pero luego empecé a salir con Rafael y al mes de andar le dije que yo quería tener una hija, que si se animaba, que estaba muy guapo, que nos iba a salir bonita. Rafael se río y me aventó, no estés chingando, me la voy a creer, me dijo. Pues créetela, porque es en serio. Me dijo que lo pensaría, pero ni pensó nada. Así me trajo un año.

¿Qué has pensado de lo que te dije? Pues lo sigo pensando, me dijo y me dio un beso para callarme la boca. Oh, Rafa, te estoy hablando en serio, pero él nada más se reía y me besaba o me metía mano. Y yo me enojaba pero me aguantaba porque tenía miedo de dejarlo y de que él me persiguiera y no me dejara en paz, como le hacen todos, así que me conformaba con esperarlo a que dijera que sí.

Éramos novios pero al principio casi no nos veíamos porque él trabajaba hasta el sur y ya llegaba tarde a su casa, luego los viernes se iba a chupar con sus amigos y a jugar billar. Primero pensaba, pues bueno, pues muy su vida, pero luego ya no me gustaba porque pensaba: él sí muy chingón haciendo vida y yo aquí de pendeja encerrada. Así que me fui a jugar billar yo también, las dos primeras veces nomás fue a nalguearme y decirme que me fuera derechito a la casa, pero ya la tercera sí se encabronó y me sacó del bar. Ora, ¿qué haces otra vez aquí? Pues jugando billar. Vete a tu casa, no son horas. ¿Cómo que no son horas? Pues si tú estás aquí. ¿Me estás vigilando?

Oh, que no, nomás me estoy divirtiendo, como tú. Me llevó a su casa. Su mamá nos dio sopes de cenar. Él siguió insistiendo que yo no tenía que andar en los bares, pero por qué no, le pregunté, pues porque no, me dijo. Me reí y se encabronó. Aventó la silla que tenía al lado y me dijo que no lo estuviera provocando, le dije que no, que no se pusiera así y me manoteó la mesa. Sí esperé que su mamá dijera algo, pero no dijo nada, nomás nos miró de reojo y se hizo mensa, como que no había escuchado. No me vayas a pegar Rafael porque te denuncio, le dije. ¡Ay, pero si ni te está pegando!, me dijo la señora, le está pegando a la mesa, no te inventes cosas, insistió. Ya, Rafael, llévala a su casa. Le dije que no, que yo me iba sola, pero Rafael se puso su chamarra y se salió conmigo. Con mi mamá no me andes provocando, me dijo mientras me llevaba rápido por la avenida. Pues entonces no me traigas aquí. Tú te crees muy cabroncita, me dijo, y yo le dije, pues cabrona no, pero dejada tampoco y si tanto te molesto pues a la chingada, Rafael, métete el pinche palo de billar en la cola y me le zafé y me temblaron las piernas y seguí caminando sin querer voltear atrás, pero sí me alcanzó y nomás sentí cómo del hombro me aventó a la pared. Me ardía todo el cuerpo del coraje pero no supe cómo reaccionar. Me dijo que ya estaba bueno y se me acercó mucho y creí que me iba a pegar en la cara y por eso mejor lo besé para calmarlo y él respondió. Nos empezamos a besar y nomás sentía cómo se me restregaba con su pene todo duro contra el vientre. Me besaba y me manoseaba, luego metió su mano dentro de mi blusa y me pellizcó uno de mis pezones, sentí que un calorcito me crecía entre las piernas. Fue la sensación más bonita que había sentido en toda mi vida. Luego me alzó la falda y me dijo que me iba a hacer a mi hija ahí mismo y yo sentí que lo quería más que a nadie en el mundo y lo besé mucho pero no hicimos nada porque le dije que tenía la regla y entonces nomás me miró raro, dudó y se acomodó la ropa y me llevó a mi casa.

Tampoco es que me pegara mucho, porque decía que por cualquier moretoncito ya andaban metiendo a la cárcel a la gente, pero una vez descubrió que en las tetas no me quedaban marcas. Entonces le dio por pegarme ahí, te las voy a desinflar, me decía, y yo lo manoteaba pero sí alcanzaba a darme. Se te van a desinflar y ya no te van a servir y yo tenía miedo de que fuera cierto y no pudiera darle pecho a mis bebés. Rafael se reía y no sé cómo pero ya mejor nos encontentábamos.

El problema es que yo pensé que ya con Leonel en casa las malas rachas se iban a acabar, porque una aprende a ser madre sobre la marcha, y aunque me desesperaba de que Leonel era imposible, también pensaba pues ha de extrañar, apenas me está conociendo. Pero las cosas no fueron para mejor, yo me sentía más sola que cuando no estaba Leonel, porque Rafael llegaba más tarde que de costumbre y yo me tenía que hacer bolas entre cuidar a Leonel que, si bien me iba, podría pasársela jugando en la mesa con las cucharas mientras decía ore, ore, ore, y entre los pedidos de gelatinas y paletas de figuras que vendía a las tiendas. No había descanso para mí, ni una hija a quien abrazar o con quien platicar, solo Leonel que se la pasaba cagándose en los calzones y Rafael que cuando llegaba nomás llegaba a chingar.

Ahora bien, que por qué me quedé con Rafael, pues no sé. Tuvimos nuestros momentos, yo antes de él no sabía mucho, así que cuando empezó a toquetearme me gustó y sentí que estábamos cerca: la primera vez que lo hicimos estábamos en su cuarto, nos empezamos a besar y me gustó que me chupara los pezones, cerré los ojos como para no ver que él podía verme que me gustaba, y mientras me los chupaba me metía mano por abajo. Esa vez de tanto mover su dedo por encima del calzón lo rompió, le hizo un agujerito que luego era un agujerote. Eso lo excitó mucho porque ya más entrado se me quedó viendo y me dijo que estaba mojada. Yo no supe si eso estaba bien o mal, por eso lo besé. Yo para cuando no sabía qué hacer, lo besaba.

Luego nada más hizo el agujero más grande y entró en mí, rapidito porque yo creo que si me hubiera pedido permiso no me hubiera dejado porque me dolió mucho, luego se movió lento y me preguntó si me dolía, le dije que no porque tenía miedo que se saliera y volviera a dolerme. Entonces se movió rápido y yo nomás me quedé tumbada viéndolo moverse encima de mí con los ojos cerrados. ¿Me vas a hacer a mi hija?, le pregunté y nomás abrió los ojos y sonrió burlón.

No me la hizo, cuando estuvo de a punto de llegar se salió y me echó todo el semen en la panza. Luego se recostó a mi lado y me dijo que me limpiara con las sábanas. Le hice caso, estaba medio confundida porque como que además me quedé a medias, pero no dije nada porque tenía como tristeza de que no quisiera hacerme a mi hija, pues yo creía que para eso una se acostaba con un hombre. Para hacer hijos. Pero entonces, desde ese día le decía que me lo metiera todo el tiempo y él se ponía bien caliente de que se lo dijera y lo hacíamos en todos lados. También es cierto que por ese tiempo no nos pegábamos ni nada, fue como nuestra época feliz, nomás me faltaba que me hiciera a mi hija.

Entonces por eso yo pensaba en eso cuando veía a Leonel sufrir tanto, tan fácil que hubiera sido que Rafael le pusiera enjundia para hacerme a mi hija, nada de lo que pasó hubiera pasado. Me decía a mí misma que si yo me había adaptado a algo que no me gustaba al principio, entonces Leonel se iba a adaptar y yo creo que sí se adaptó, y aunque lloraba, lloraba menos, aunque se pegaba en la cabeza, se pegaba menos, de verdad que sí, hasta Rafael lo notó y comenzó a preguntar cómo nos había ido en el día, que si lo había bañado, que si le había dado de comer bien.

Si quieres ser madre lo vas a ser bien, aunque el niño esté pendejo, me dijo. No está pendejo, no seas bruto. Y por bruto lo que quería decir era que no era posible que no se diera cuenta de que

había traído a Leonel a nuestra vida para que fuéramos una familia, para que él lo quisiera, para que él también fuera parte de su cuidado y que, a lo mejor y sí, a lo mejor y sí, que Leonel saliera autista era su castigo por no haberme hecho a una niña, tan fácil que era... Pero no me atrevía porque Leonel se ponía nervioso si nos oía gritar y empezaba a pegarse si nosotros nos pegábamos, luego me costaba mucho calmarlo y además de los madrazos de Rafael, me tenía que aguantar los pataleos del niño. Lo que sí es cierto es que luego me desquitaba y lo hacía enojar por cualquier cosa, le daba la comida fría, o si no me veía le escupía en el plato o lavaba los trastes con ruido o algo; si yo no estaba en paz, él tampoco iba a estar en paz. Porque también es cierto que ya me habían dicho que era un cabroncito pero, ¿para qué lo voy a negar?, nos gustan los cabrones. Yo no sé si es cierto que sea la tele o lo que sea que nos dice cómo nos tienen que gustar los hombres pero a mí sí me gustaba ver cómo en la calle muy envalentonados y peleoneros y con nosotras como perritos con la lengua afuera, eso me hacía sentir poder. Allá afuera muy cabrón, aquí dentro, muy verga pa' mí, decíamos las amigas y nos reíamos porque sí eran como gatitos mojados cuando querían acostarse con una.

En cuanto a Rafael, ya me lo había dicho Sofía, que había sido su novia en la secundaria, pero yo dije, claro que no es tan madreador como dice, lo ha de decir por ardida la chismosa. También por otro lado me dijeron que la Ana había quedado embarazada de Rafa, pero que la habían llevado a abortar y que también por eso ella se fue de aquí. Yo no creí mucho porque ya se sabe que muchacha panzona, muchacha mamona, es decir que es mejor mamar del marido, mamar de los papás y ser mantenidas a que te vean en la calle como la que aborta. De cualquier forma no creí o no me importó mucho porque yo estaba con él, yo lo hacía a mi antojo, yo lo tenía en mi cama. A mí me gustaba que anduviera a mi lado, así: altote, grandote y que

sus amigos le dijeran cosas y que él se pusiera cabroncito y luego a mí, a solas, me hablara bonito. Ya con el paso del tiempo es que sí me daban ganas de ir a preguntarle a la familia de Ana si era cierto lo de Rafael. ¿Por qué a ella sí se la había metido sin precaución y conmigo se tardó tanto? Si alguien merecía su semen era yo.

Quizá por lo cabroncito o quizá porque también ya me habían dicho que dos o tres veces les había parecido ver que él junto a otros dos, creo que el Tuercas, les quitaban las bolsas a las muchachas en la calle. Me daba pena porque poquito y barato, pero siempre teníamos qué comer, ¿por qué busca en otro lado? Pero me conflictuaba porque por un lado me daba vergüenza, por el otro me daba orgullo, que sepan que es de armas tomar, que le tengan miedo, que no se metan conmigo porque saben que él me va a proteger, pensaba.

Por eso, los primeros días y aunque me daba mucho miedo salir a la calle con Leonel y que alguien fuera de chivato, pues salía, poquito, primero nomás a las tortillas o a la leche y sí me decían: Y ora, y yo decía, y ora qué, ándele, deme mis tortillas que tengo que hacer un pedido de gelatinas y no puedo con el estómago vacío, y me miraban raro pero me daban mis tortillas porque yo les pagaba, yo no andaba diciendo que si en la quincena les pasaba, o que si mañana que cayera la tanda, no, yo, en efectivo, al momento, siempre fui buena clienta. Eso y Rafael me hacían sentir segura, porque qué me iba a pasar. Pero eso sí, salir así en pesero o muy lejos no, porque, para empezar, primero estaba el asunto de que yo no quería que ni mi mamá ni mis tías se enteraran, luego, Rafael me dijo que no fuera tonta, que me anduviera con cuidado, que estaba muy preocupado y entonces me guardaba unos días en la casa porque me daba miedo que se le alocara la canica y me fuera a llevar a la policía; supongo que no lo hizo porque esa noche que llegué con Leonel me dejó varios moretones y un raspón de su bota en la cara y a lo mejor iba a denunciarme a mí

y salía encarcelado él, nunca se sabe. Luego ya pasadas unas semanas, un día llegó su mamá con ropa para Leonel, con pañales y varias bolsas de arroz. Que le habían dicho que los que tienen autismo comen cosas de colores, que tratara de hacerle puras cosas blancas. Agarró a Leonel y le vio la cara y dijo: Sí, tiene la mirada perdida, ¿babea? Yo negué con la cabeza. Luego metió la mano a su bolsa y me dio dinero. Lo agarré y me quedé callada. Respiró profundo y dijo que les dijera a todos que el bebé era de mi prima Rosario, la de Morelia, que la hija se fue para Estados Unidos y que pues yo, que no servía para dar hijos, me lo quise quedar. Le dije que sí con la cabeza pero sentí mucho enojo porque la muy cabrona no se quedó con las ganas de decir que yo no servía. Es a su pinche hijo al que hay que revisar, le sale la leche cortada y a veces no le sirve el pito. Entonces me miró feo y se fue. Respiré tranquila, porque ya sentía que podía salir sin tanta vergüenza o a la defensiva con mi hijo. Así que al otro día lo llevé al doctor y me confirmaron que sí, que mi suegra tenía razón y que tenía autismo.

Si yo no había tenido novio antes de Rafael no fue porque yo no quisiera, lo que pasa es que yo veía cómo me echaban el ojo los muchachos por la calle y se me hacían todos bien pendejos. No tenían plática, se ponían nerviosos o eran de esos que andaban detrás de la falda de su mamá. Yo no quería alguien así, yo quería a un novio que me diera orgullo andar en la calle con él, que no fuera como todos, ¿y qué era lo que podía diferenciar a un muchacho de mi colonia de todos los pendejetes? Pues lo cabroncito, porque así que yo sepa, ninguno acabó ni la secundaria, si acaso el Tuercas siguió en la Vocacional del Politécnico pero le gustó más el desmadrito y se volvió porro, hasta dicen, dicen, yo no sé, que recibía su quincena del gobierno, en nómina y todo. Pues sabrá, de todos modos no me gustaba que tuviera sus pelos parados y no se lavaba los dientes y estaba ñango.

Luego yo le decía a Rafael, ¿por qué al Tuercas le dicen el Tuercas si está bien ñanguito? Ah pues porque una vez quiso ayudar a birlar un carro y llevó una tuerca el pendejo. Y nos reímos, pinche Tuercas, además de ñango, pendejo.

¿Y entonces Rafael qué tenía de especial? Pues Rafael era el alto, el que estaba guapo, con sus dientes derechitos, con sus camisas limpias todos los días. También fue el primero en darme un beso con la lengua. Ah, éste sí que sabe lo que quiere, pensé, y si me quiere a mí pues va. Que si yo hubiera querido otra cosa, pues a lo mejor y sí, pero ¿en dónde? Una no es tonta, me doy cuenta que en otros lugares a una la ven mal, si no trae una ropita de marca, no es nadie, si no trae carro no es nadie, si trae carro pero no es del año, mal. Por un lado te dicen que le eches ganas, que mejores la raza, que no te quedes pobre, pero si le buscas, te dicen arribista, pinche arribista que te avergüenzas de los tuyos, pero si te quedas en donde dicen que es tu lugar, pues entonces que luego luego se te nota lo india, lo quesadillera, lo verdulera, lo totonaca. Y si sí es cierto que estás morena, pues ya te chingaste, te quedas abajo, para que te pisoteen, esa es la ley de la vida. Todo eso yo lo pensaba cuando me enojaba con Rafael, pero si no es con él, si no es aquí, ¿dónde?

Y varias veces sí dije, pues ni con él, ni aquí, a ver dónde... Ya iba yo a dejar a Rafael antes de que nos fuéramos a vivir juntos. Se lo había dicho a mi prima, pero tampoco con ella era bueno hablar, porque ya tenía una hija y ya nomás se la pasaba de amargada en su casa. Como que se le fue la vida, como que se le fue la chispa, pura neura. Pues si ya no lo quieres, déjalo, luego es una chinga vivir con ellos y cuidar a sus pinches hijos, me decía desganada. Pero yo pensé que estaba mal, ¿cómo que sus pinches hijos? Yo con tantas ganas de tener una hija y ella quejándose. Ahí me di cuenta de que nadie tenía lo que quería, por eso me quedé con Rafael, ¿para qué buscar más?

El mayor "pero" que yo le ponía a Rafael era que cogíamos y cogíamos y él nomás no se venía dentro de mí. Así no me vas a hacer una hija, le decía, y él con fastidio me decía que lo esperara a que le saliera un negocito, que me iba a dar la hija más chingona. Pero ni hija chingona, ni negocito chingón, pura baba de perro. Ahí, por ejemplo, mi prima sí me decía que no le pidiera permiso, no seas pendeja, nomás tú le pides permiso a un pendejo para embarazarte. Dile que te calienta que te eche el semen, o chupásela y te lo guardas en la boca y te lo inyectas con una jeringa, si serás pendeja, de veras. Y yo que sí sentía que me picaban, un día sí lo intenté, le dije ¿cómo le hago para gritar como le hacen las mujeres en las películas porno? ¿Que no te vienes, mamacita? Y le dije que no. Y ahí fue, a besarme, a tocarme hasta concentrarse abajo, un dedo, dos dedos, primero suavecito, como casi sin tocarme y yo empecé a hacer la cadera hacia arriba y hacia abajo, como si tuviera voluntad propia y luego se detuvo. Más, le dije, y se metió y empezó a darme pero bien fuerte y yo sentí como si me hubieran apretado un botón por dentro y le dije, sí, fuerte, y le siguió y empecé a gritar y me tapó la boca porque estábamos en casa de su mamá y no quería que nos oyeran. Y yo sentí como contracciones en los pies y luego se me fueron todas las fuerzas y me quedé abrazada a él y luego me di cuenta que él también había acabado al mismo tiempo y que no se había salido y casi me puse a llorar de la emoción. Porque yo creí que ahora sí estábamos buscando hacer a mi hija y me olvidé de que días antes ya no quería saber nada de él y dos semanas después le dije que nos fuéramos a vivir juntos y me dijo que sí, que nomás que le saliera el negocito que sí, que cómo no, pero luego pasó lo de mi hermano y le puse un hasta aquí, o ya vivíamos juntos o ya no vivíamos juntos nunca. Pues nos fuimos a vivir a la casa de los patios en donde luego llegó Leonel.

La casa estaba chiquita sí, estaba descuidada, también, pero me gustaba porque tanto adelante como atrás tenía patios grandes. Podía

salir a tender la ropa y a mediodía ya estaba seca, podía salir al frente y poner plantas y macetas, eso me gustaba. También me entusiasmaba ver que la cocina fuera integral, con horno y campana, era un lujo, más para mí que tanto los usaba. No era nueva la estufa ni mucho menos, de hecho le fallaban dos parrillas, pero era eso o no tener nada y como ya dije, siempre pienso que hay que aventarse, así, como va, porque así como va es como salen las cosas por lo general.

Pero aunque la casa estaba chiquita y aunque yo no era una obsesiva con la limpieza, sí que me gustaba que todo estuviera limpio y cuando llegó Leonel el problema es que ensuciaba todo, ya fuera porque manchaba las paredes, o porque se meaba y cagaba a cada rato. Era desesperante estar trapeando todos los días a todas horas. Si en mierda quieres vivir, allá tú, le decía, y él en esa mecedera que me sacaba de quicio nada más decía "ore, ore..." y se metía los dedos en la boca y se tocaba sus labios y se seguía meciendo. Ore, la chingada, le dije una vez que acababa de limpiarle la caca y quién sabe cómo se tocó las nalgas y se ensució los dedos y ahí fue el cochinísimo a metérselos a la boca. Ay, sentí como si me hubieran puesto un chile en la cola: Ore, ore, la chingada, le dije y lo jale de los cabellos y lo metí a bañar con agua fría y él empezó a gritar: Ore, tita, ore, ore, ore, tita, tita, tita, oreeee... Y como que buscaba a alguien y lloraba y como que empezó a ahogarse con los mocos y el agua y entre que se despabilaba, con sus dos manitas desesperadas me jaló los cabellos y yo me sentí bien hija de la chingada y como que me cayó el veinte que le hablaba a alguien y que algo muy dentro suyo me decía que yo era una pendeja, una cabrona, o algo así y que estaba pidiendo a gritos que llegara esa pinche Ore y sentí muchos celos y mucha tristeza y me metí a la regadera a bañarlo como se merecía y le acaricié su cabellito chinito y suavecito que tenía y lo abracé y no le dije nada pero en el fondo yo quería pedirle perdón por hacerle todas las putadas que le hacía.

Ese día Leonel se durmió temprano. Lo acosté en la cunita que le había comprado y me quedé mirándolo mucho tiempo. Leonel era un bebé bien bonito, yo creo que cuando lo agarré tenía como dos o tres años, todavía tenía su carita cachetona, sus ojos grandes, sus pestañas largas y chinas y sus manitas chiquititas. Yo creo que me volví a enamorar de él en ese momento, porque la verdad es que ni todos los mejores genes de Rafael ni los míos hubieran dado una hija tan bonita como sí lo era Leonel.

Y yo veía la casa, que chiquita, que poco bonita, que destartalada pero era mi casa, mi casa. Y la apreciaba más porque también por esta casa peleamos Rafael y yo. Para empezar, yo le dije que sí íbamos a vivir juntos pero no en casa de su madre. Se enojó, sí, que por qué no, me dijo emputado, que entonces y los dos cuartos que había construido arriba qué... Pues esos dos cuartos estarán muy chulos, muy bien construidos, pero yo no me voy a ir para allá, porque, para empezar, no me consultaste, le dije, y para terminar, ¿cómo crees que voy a vivir en casa de tu mamá? Que no me tenía que consultar nada porque era su dinero, y su casa y claro, su madre. Ah, pues si es tu dinero y tu casa y tu madre, pues ahí te quedas, porque de arrimada en casa de tu pinche madre, no, no voy. A mi madre la respetas, me dijo ya con la manita empuñada, con ganas de pegar. Pero yo lo que hice fue ponerme bien enfrente y decirle: A ver, pégame cabrón, pégame por culpa de tu madre y ahorita mismo, voy y me la agarro a chingadazos, y que me diga que por qué, le voy a decir que porque su pinche hijo me pega y usted se hace pendeja, así que yo también voy a pegar. Ahí bajó la mano y me dijo ah, pero eres una hija de la chingada, y yo, que ya estaba pensando que tenía que ir a pelearme con la suegra, dije aliviada, ah, pues somos iguales, mijo. Y entonces fue cuando le hablé de la casita de los patios, que estaba cerca de la parada de micros y que de ahí me podía ir caminando a una de las tiendas en

donde entregaba gelatinas y dijo ya como resignado que bueno, pero que entonces yo iba a pagar la renta porque él dinero no tenía, y que no quería pagar dinero teniendo dos cuartos suyos ahí, vacíos. Y le dije que sí, que yo me hacía cargo, ya nada más me chasqueó la boca y nos fuimos a esa casita.

También antes de irnos, ya con cosas y todo, sí dudé tantito, ¿de verdad quieres a este cabrón todos los días a todas horas en tu casa? Pero yo estaba muy afectada por lo de mi hermano y dije que sí, me dije que sí. Porque además, yo confiaba en Rafael, la forma en que cogíamos, la forma en que me hacía gritar de tanto placer no creía que fueran gratuitos, una especie de conexión especial habríamos de tener, una cosa que va más allá de coger, pensaba. Y yo le platicaba a mis primas y ellas decían que no, que pinche presumida, que la que mucho presume poco tiene de qué presumir, pero yo les decía que no, y nos reíamos como imbéciles ¿Pues cómo le hacen? Y ellas se volvían a reír y decían que ya a esas alturas, luego abrían nomás las piernas para que sus esposos no estuvieran chingado; entonces como que a mí se me hinchaba el pecho y pensaba que si había algo de magia en Rafael y en mí, era yo afortunada.

Pero la fortuna me duró poco porque la cogedera no es para siempre, se come, se bebe, se le chinga, yo, por ejemplo, sí que le chingaba y le chingo: todos los días, todos, enferma o no, haciendo gelatinas, pasteles, paletas. El trabajo nunca falta, es el dinero el que no alcanza. Pero yo veía que las cosas estaban bien, que nunca me faltaban pedidos, que él tenía un trabajo que hasta le daban seguro médico, ¿qué, qué más se necesitaba para formar una familia, para darme lo que yo necesitaba?

— Hazme a mi hija ya, ¿qué estás esperando?

— Pero, ¿cuál es tu pinche prisa, qué no ves que un bebé te va a quitar tiempo? Ya no vas a poder hacer nada.

— Pero, ¿qué hago?

— Pues lo que hagas.

— No, hazme a mi hija, me dijiste que sí, me dijiste que me ibas a hacer a mi hija.

— Nel, no te voy a hacer ni madres.

— Pinche mentiroso de mierda — le dije y me le fui encima y como estaba desprevenido lo tiré.

A él le daba por jalarme de los cabellos, le parecía fácil agarrarme los pelos y zarandearme, ponerme enfrente de él con la greña agarrada y patearme, como cuando patean el balón en el aire. Así me pateaba en el estómago y me daba de cachetadas en la cara, en las tetas. Yo podía gritar y lanzar arañazos, pero él siempre ganaba. Esa vez, por ejemplo, me dio un golpe en la cara, yo nada más sentí que me mareaba y que se me caía el cuerpo. Cuando abrí los ojos estaba en el suelo y él tratando de levantarme. Cuando me puso en el sillón se puso a llorar a moco tendido.

— ¿Y ora qué? — le dije. — ¿Estás llorando porque no sabes cómo decirme que eres estéril?

Rafa nomás se río y se limpió los mocos.

— Pendeja.

— Imbécil — y me paré despacito y me fui a ver al espejo. Tenía el ojo rojo y el pómulo hinchado. — Pinche bestia.

Pero Rafael siguió limpiándose los mocos con las manos y luego se las pasó por el pantalón. Se preparó para irse. Siempre fuimos muy chillones los dos. Azotó la puerta y se fue. Yo también quise irme, lo pensé clarito, quería agarrar mis cosas y no verlo más. Quién sabe qué tenía en la cabeza que me quedé.

Y ya con Leonel yo traté de no pelear tanto. Es que los gritos y los golpes a Leonel de verdad que lo ponían mal. Era una cosa muy dura de ver, porque, ¿por qué hay que hacerle pasar por eso a los hijos? Sí seguía molestando a Rafael, porque como que nos agarramos odio, pero, al menos si Leonel estaba despierto, mejor ya ni decir nada. Total, a lo mejor eso es lo que se supone que significa hacer todo por los hijos, dejar de destruirse mutuamente, no sé.

Porque si en el fondo lo que yo quería era una familia, estaba dispuesta a poner de mi parte, decir que por mí no quedó. Órale, ya te metiste en la bronca, ora te responsabilizas, como decía él. Y trataba de que la casa fuera un hogar, por eso, aunque con el miedo de que las cosas se fueran a complicar, le mandé decir a mis primas que me fueran a visitar, y una de ellas sí fue, la que tuvo dos niñas. Pero luego me arrepentí de haberla invitado porque nada más vino a viborear, a ver qué chismes sacaba y hasta me dijo que me estaba poniendo fea.

— Te está creciendo la panza, se te ven los brazos de tamalera y hasta traes hinchada la cara — me dijo mientras me enseñaba los catálogos de AVON, porque eso sí, no daba un paso sin huarache. Yo le chasqueé la boca como para no darle importancia.

— En serio, estás engordando un chingo.

Ya mejor le aventé el catálogo y nos quedamos calladas. Leonel se quería acercar a su hija pero mi prima luego luego como que la agarró para que no la tocara.

— Si no le va a hacer nada.

Pero mi prima nomás se rió y se puso a mecerla como dizque para hacer que justo en ese momento le tocaba dormir.

— Hasta sucio, Leonel es más bonito que tu hija.

Mi prima ya nada más volvió a reírse de nuevo pero ya con enojo. Entonces se le quedó viendo a mi hijo como inspeccionándolo o tratando de encontrar algo que la pudiera ayudar a que le cayera bien, pero Leonel se pedorreó y soltó una risita tonta, y luego dijo su eterno "ore" y sí alcancé a ver cómo ella me vio con lástima. Yo nomás le limpié la carita y le dije al niño: Ay, Leonel, ya te zurraste. Y lo cargué y me lo llevé al baño. Antes de cerrar la puerta del baño, le dije a mi prima que si ahorita que se fuera podía cerrar bien la casa porque luego se metían los perros de los vecinos. Y azoté la puerta. Sí cambié a Leonel pero también me quedé tantito ahí, haciéndome tonta en lo que se iba. Luego sí me vi en el espejo y vi que tenía razón, sí era yo fea. Y además de fea, me ganaba la desesperación de los días. Leonel empezó a ser menos reacio conmigo, pero tampoco es que fuera un manojo de amor, yo le pedía que por favor me dijera algo, que me mirara, que me contestara algo.

— Dime mamá.

Pero él nada más me sostenía los ojos unos segundos y lo peor es que sí alcanzaba yo a ver que tenía la mirada triste y que esos ojos grandotes no eran para verme a mí y sentía yo muy feo. Aunque luego con verlo cómo se metía su dedito a la boca y se le escurría la baba y se echaba a correr con una risita tan peculiar y bonita que ya mejor pensaba que no importaba que no me dijera mamá y, cuando tenía oportunidad, sí me iba a sentar al lado de él cuando estaba dormido. Era precioso dormido. Poco a poco empecé a resignarme a esa clase de belleza y también al hecho de que yo no iba a ser madre de nadie, que nomás iba a ser la cuidadora de todos los hombres de mi vida.

Y es que cuidar también harta, ese estar al pendiente de Leonel y de sus exigencias y luego en los pedidos de las clientas y luego en la noche de las de Rafael. Nunca descansaba y casi todo me ponía de malas. Que Leonel me aventaba la comida o quitaba la cara cuando le quería dar de comer, que las clientas decían que me habían dicho de fresa y no de chocolate, aunque en la nota estuviera firmado que querían de chocolate y no de fresa, que Rafael nomás tragaba y no ayudaba en la casa y ni le hacía caso a Leonel. Todo harta.

— ¡Que tienes que tomar agua, hijo de tu puta madre!

Le gritaba a la menor provocación, le daba madracitos de vez en cuando, nalgadas casi todas las veces que se cagaba en los calzones, y Leonel lloraba y lloraba y entonces yo sentía que las tripas se me hacían mierda y que ojalá Dios estuviera viendo cada día de mi vida y se cagara de la pinche risa porque de otra forma yo no entendía nada de lo que estaba pasando. Nada estaba saliendo bien.

Por eso le inventé el cumpleaños a Leonel de a dedazo. Agarré el calendario y con los ojos cerrados elegí el mes: cayó enero. Luego el día, primero de enero. Y pensé que estaba bien que iniciáramos el año

festejando y así se lo dije a Rafael: que para la temporada de navidad teníamos que ir juntando para los regalos de reyes magos y también para el cumpleaños y le conté cómo iba a ser el pastel que yo le iba a hornear y le dije cómo quería que en los dos patios pusiéramos globos y que iba a hacer bolsitas con paletas de chocolate y que le fuera diciendo a su familia que se fuera preparando y que vinieran todos, porque ya éramos una familia y así era como debería de ser. Creo que de entrada no dijo nada, pero yo creo que me vio tan emocionada que me dijo que como quisiera pero que lo pagara todo yo, que él no tenía dinero y yo le dije que sí, que para eso se trabaja, y que pensara lo que quisiera, pero que la fiesta se iba a hacer.

Ya para cuando empezó el Guadalupe-Reyes Rafael empezó a faltar a la casa, una o dos noches, especialmente los fines de semana que volvió a ir al billar y se ponía borracho. Luego me salió con que iba a ir a la peregrinación de la virgen y que debería de ir yo también, que lleváramos a Leonel, que teníamos que agradecer cosas, yo le dije que no, que era muy arriesgado andar con el niño entre tanta gente, no se vaya a perder, le dije y se río nomás. Al final él tampoco fue, pero sí empezó a ir a las posadas, pura borrachera, que si primero con el Tuercas, luego con el Ramón, luego el Neto, luego el Bombolocha.

— ¿Y por qué tienes que ir a todas?

— Pues porque tengo que ir...

— ¿Y por qué no nos llevas?

— Pues porque el retardado no deja estar en paz.

— El retardado es tu hijo, cabrón.

— ¡No, es tuyo y te chingas!

Y me dejaba con la palabra en la boca y se iba y yo nomás me quedaba con el coraje en el estómago y veía cómo todos andaban en las posadas y Leonel balbuceando no sé qué y yo sola, siempre sola. Pero si no dije nada fue porque me prometió que sí iba a estar para la fiesta, que en serio. Pero luego en Nochebuena lo vi que se metió a bañar, que agarró una mochila con ropa y me dijo que se iba a casa de su mamá unos días. Que él venía a buscarme para la cena de año nuevo. Que a mí no me gustaban esas fiestas y que las cosas con su hermano estaban muy mal.

— Ya ves cómo es esto, tú ya tienes con Leonel, mejor quédate tranquila aquí, yo vengo a darte tus vueltas.

Primero pensé que estaba bien que se acomidiera y no quisiera que yo también fuera a cuidar a su hermano, que por ese tiempo se estaba muriendo de cáncer, creo que en el páncreas. Pero nomás no vino. Le mandé hablar y me mandó decir que sí, que a la fiesta sí iba y que también su mamá y todos. Pero no vino. Me dejó con la casa llena de globos, con Leonel vestidito de marinero, con el pastel de diez kilos que había hecho la noche anterior mientras él seguro festejaba el año nuevo, las gelatinas de colores, las serpentinas colgando del techo. Nos quedamos solos mi hijo y yo, Leonel metiéndose los globos en la boca, todo entretenido, como si fuera feliz, yo limpiándome las lágrimas que se me escurrían solas. Así estaba iniciando el año: como con la esperanza de que aquella tarde no me hubiera dado el arrebato de abrir la sombrilla roja y pasar como si nada por el parque y llevarme al niño más bonito que había visto en la vida.

Segunda Parte

Mujer, ¿cómo te llamas? -No sé.
¿Cuándo naciste, de dónde eres? -No sé.
¿Por qué cavaste esta madriguera? -No sé.
¿Desde cuándo te escondes? -No sé.
¿Por qué me mordiste el dedo cordial? -No sé.
¿Sabes que no te vamos a hacer nada? -No sé.
¿A favor de quién estás? -No sé.
Estamos en guerra, tienes que elegir. -No sé.
¿Existe todavía tu aldea? -No sé.
¿Éstos son tus hijos? -Sí.

Wisława Szymborska
"Vietnam"

Como tres zopilotes acechando a su presa a punto de morir, la madre de Fran, Nagore y yo vigilamos silenciosas a Daniel la primera noche que llegó a la casa blanca de Utrera. Con el sube y baja de su diminuto estómago constatamos que respiraba. Amara, se hubiera llamado Amara si hubiera nacido niña, ¿no? Susurró la abuela como si quisiera que la oyéramos pero lo suficientemente quedo como para que ella pudiera decir que en realidad no lo dijo, nada más lo pensó. ¿Amara como mi mamá? Preguntó Nagore. Apreté los labios en un confuso gesto que parecía que asentía pero que a la vez también me eximía de responsabilidad. La madre de Fran me puso la mano en el brazo y me dijo que me recostara. La obedecí. Ya llorará, me dijo y fui al rincón de la habitación donde estaba la cama y me metí en ella. Me dolían los huesos. Los entuertos aparecían frecuentemente y me sentía incómoda. Nagore apagó la luz y se fue a dormir a su habitación. En cambio, la abuela se quedó absorta viendo a mi hijo. Nos ha ganado, pensé. De ser mi hijo el pedazo de carne a punto de ser devorado, sería su abuela quien se lo comería.

Puse la cara sobre la almohada fresca y cerré los ojos sabiendo que no iba a dormir. No lo hice, cinco o siete veces Daniel estuvo llorando y yo le ofrecía el pecho y él no chupaba y yo lo apretaba contra mí y lo alzaba en mis brazos para moverlo a la izquierda, a la derecha, arriba, abajo con la desesperación de la que no puede decir en voz alta: Cállate, no me dejas dormir.

Y Daniel lloraba como el hombre que sabía que podía comer, dormir y llorar a la hora que se le antojara porque nosotras, aunque cansadas y somnolientas, estaríamos a sus pies. Finalmente, la realidad fue que Daniel se convertía en el carroñero que nos devoraba el tiempo y nos dejaba sudar la putrefacción que emana cuando lo humano se evapora ante el cansancio y luego, otra vez, nos volvía a comer.

Había cierta pulcritud en la forma de vestir, andar y de ser de Fran que me desesperaban. Quería descifrarlo para poder mancharlo. Crearle un defecto. Romperlo de alguna esquina o de un bordo que le saliera de la piel. Deshilacharlo, abollarlo, hacerle un hueco casi imperceptible por donde le saliera la pus que suponía se guardaba. Algo malo tenía que tener Fran. No fue fácil. Sí, sí, tranquila, todo va a pasar, me decía y prendía la televisión y dejábamos de hablar. Sí, sí, todo se va a solucionar y tocarnos. Tocarme. Una cree que hay demasiada libertad en el aire y no se percata de que es fácil crearse una prisión propia. Una deja de migrar a la ruta pactada. Una sale de la primera jaula familiar y trastabillea, da pasos en falso, agita torpemente las alas y se pone a recolectar niditos de todo. Una misma va gritando: ¡Méteme a la jaula, vamos, vamos, que me metas a la jaula! Yo lo hice cuando dejé de tomar anticonceptivos y fui a susurrarle

al oído al pulcro de Fran: ¡Mánchame, ensúciame por dentro, entra duro, sí, así, lléname de ti, ensúciame, sí...! Pero él quedó pulcro. Inmune, como el boceto de una estatua que jamás se realizó, pero con los matices de esas líneas que dan pie a nuevos dibujos. Pulcro y recto, responsable, impenetrable, incapaz de decir que no a lo correcto. No pasaron más de dos meses después de las conductas sexuales incorrectas para que yo quedara embarazada.

La primera vez que los vi parecían personas normales que interrumpen una plática cualquiera al oír que se abre la puerta, los padres de Fran, así, casi dándonos la espalda, podrían haber sido una pareja que discute la lista de compras de la semana. Después de dos escalas y cuatro peleas internacionales llegamos a Utrera antes de que el cuerpo de Amara estuviera en tierras andaluzas. Nagore estaba en el patio jugando con un carrito de madera, que tiempo después Daniel tendría entre sus juguetes. Fran dejó las maletas y se fue a abrazar a su madre. Ya de cerca, vimos que su padre bebía. No se levantó. Se le notaba la pesadez en el cuerpo. Tampoco sonrió, ni se le ocurrió abrazar a su hijo, apenas una palmada en la espalda. La madre fue por una jarra y vasos con agua. Silencio. Yo me quedé parada casi en la entrada mientras miraba fijamente a Fran, quien minutos después fue por mí y me presentó y dijo que dormiríamos un rato. Sus padres me miraron sin interés. Asintieron y entonces pasamos por el patio central para subir a la recámara. Esa fue la primera vez que Nagore y yo cruzamos miradas. Es una buena niña, dijo Fran apesadumbrado. Yo escuché "niña" y percibí un olor fétido, como si la palabra tuviera vida propia; entonces volteé hacia la

maceta arrinconada por el sol y vomité en ella. Sé que de lejos, con cierta distancia, parecía que le vomitaba a Nagore en una especie de premonición. Así fue como nos enteramos que estaba embarazada, pero lo confirmamos hasta después.

¡Te va a dar un jamacuco!, me dijo la madre de Fran cuando me vio asomada en la terraza de la casa blanca. Luego, ya con voz más pausada, siguió: Antes esa tienda de chinos también era una casa, antes salíamos por esta calle que da a la plaza y corríamos para oír el eco de nuestros pies. No sé qué es un jamacuco, respondí. ¿Te sentó mal el viaje? Deberías de meterte, hace mucho calor. Asentí. Todos los días a las cinco de la tarde oirás a los niños caminar por esta calle, nunca entenderé por qué, el colegio queda lejos, ¿sabes lo que te digo? Está lejos para escucharse aquí, pero se escucha. ¿Saben cuándo se da el servicio?, pregunté. Y ella, como si fuera un limón exprimido, arrugó el ceño —como Fran, era el gesto de Fran— y negó con la cabeza. Ya llegará, ¿dónde está Nagore?, preguntó sacudiéndose la inminente llegada del cadáver de su hija como si fueran moscas en el aire a las que se ahuyenta con desdén. Y se fue. Más tarde que pronto se hicieron las cinco y los niños comenzaron a correr por la calle haciendo un eco que anunciaba vida, todo lo contrario a Nagore que caminaba en silencio y era difícil encontrarla si no era con un grito que retumbara su nombre por toda la casa.

¿Sabes que los pájaros al volar suelen chocar contra los rascacielos? ¿Dónde quedan los cuerpos, quién los recoge?, le preguntó Nagore a Fran. No lo sabía, Nagore, qué interesante. Sí, ¿pero no los ven?, ¿vuelan con los ojos cerrados? No lo creo, supongo que van a tal velocidad que no pueden parar. Sí, pero ¿quién los recoge?, alguien tendrá que recogerlos. (Yo sentía náuseas mientras los escuchaba). Los recogen las personas que limpian las calles. ¿Con bolsas negras, con *mossos* en casa? Fran y yo nos miramos. No, con bolsas y policías no, es una cosa más discreta. ¿Con bolsas, meten sus cuerpos en bolsas? Me puse la mano en la boca porque las náuseas me jugaban una mala pasada. Sí, con bolsas. ¿Y lloran, los pájaros lloran cuando ven a sus amigos chocar contra los rascacielos? Sí, lloran, respondió Fran. No deberían volar alto, deberían de vivir para siempre. (Quise pasarle mi mano sobre su cabello rubio despeinado pero volteé a otro lado para de nuevo volver a vomitar, como si Daniel desde feto se interpusiera para que Nagore y yo pudiéramos intimar).

Es que no sé si estoy embarazada, le hice saber a Fran ante su insistente pregunta de si estaba bien. Fran, desconcertado, se volvió un limón exprimido. No lo sabré hasta que regresemos a casa. Me supo ácida su cara, tragué agrio. Puede que no sea nada, le dije disculpándome. Midió su temple cuando apretó los labios para no decir nada. Ahora tengo que resolver lo de mi hermana, pensaba pedirte que regresaras sin mí. También yo fruncí el ceño: dos limones ácidos, de piel áspera y dura midiendo la mesura ante la muerte que suspendida sobre nosotros se imponía como el asunto más importante.

Se creen que, porque tienen dinero, lo pueden todo. Dijo la madre cuando entró a la habitación que, a pesar de estar en la casa blanca y soleada de Utrera, era oscura y fresca como si guardara en ese frescor lo que no se podía ventilar en las calles: la familia, las voces, la vida.

Se creen que porque tienen dinero, van a quedar impunes. Fran le puso la mano sobre el hombro. Nos enteramos que Xavi, esposo de Amara, podría pasar el juicio fuera de la cárcel. La madre de Fran temía que huyera. Ni siquiera hemos podido estar en la ceremonia que le hicieron los vecinos. Le han puesto velas en la puerta, acordonaron el edificio. Tres muchachas lo han hecho. Dicen que ha salido en las noticias, aquí nada, lo busqué en la Uno, en la Sexta; nadie ha hablado de mi hija. Fran le pedía que se calmara como si la madre pudiera apretar un botón de pánico que derramase calma sobre ella; sin embargo, la madre antes que callarse me miraba inquisitiva ante mi falta de empatía: ¿Allá también las matan? Fran le apretó el hombro, diciendo que era suficiente, no fuese que perder la cordura la hiciera sentirse viva, humana de verdad. Se la llevó de la habitación. Respiré profundo. Yo tenía un feto en el vientre, estaba tan segura como de que ya no quería seguir ahí. Pensé en abortar, lo pensé, por eso es que si alguien fue culpable de lo que pasó después fui yo, porque decidí ignorar ese pensamiento que pudo salvarnos a todos. Lo ignoré, lo ignoré. Otra pudo haber sido nuestra historia.

Camina. Sal a caminar. No camines tanto. Apenas y puedes caminar. Daniel crecía lento pero me invadía toda. Constantemente me pasaba las manos sobre la cara, estaba desesperada porque Daniel naciera. ¿Cómo estás?, me preguntaban y yo decía que muy mal. ¿Embarazo de

alto riesgo? Todo embarazo es de alto riesgo, respondía para justificar las dolencias que todos minimizaban: riesgo de matarte porque no puedes más, riesgo de matar a Fran por disfrazar mis quejas físicas en arrumacos cursis por un futuro mejor; riesgo de sacarlo con las manos, con un cuchillo o con un gancho y morir de culpa y de tristeza.

Tomaba jugo de naranja por la mañana, la mayoría de las veces, mucho antes de que pudiera llegar al esófago, lo vomitaba. ¿Quién se inventó que el embarazo era la mejor época de una mujer? Tú quisiste embarazarte, me decía Fran, aunque luego me besara y me dijera que era broma, que qué risa, pero para mí lo decía todo ahí aunque se desmintiera. Maldito sea el semen sabor a metal ácido que atinó a hacer su trabajo.

Nagore era la única que no se sorprendía de mis malos humores e iba a abrazarme, a darme la servilleta, a darme galletas que ella misma horneaba, como su mamá le había enseñado.

Camina, sal a caminar, le hará bien al bebé. ¿Y lo que me hace bien a mí? Me daba igual la tristeza de Fran y su familia. Yo luchaba con mi propio infierno, pueril, soso, vano pero mi infierno. No se puede ser humano si otro organismo te succiona la vitalidad. Tampoco se puede ser humano si cargas los fantasmas que no te corresponden, se llama individualidad. No pudimos regresar a México porque traer a Nagore implicaba una cesión de derechos que Fran peleó hasta la última letra con la familia de Xavi en Barcelona. Daniel nació en Barcelona.

Una vez una actriz de Hollywood salió a pedir ayuda porque estaban matando a las mujeres en tu país, me dijo la mamá de Fran. Sí, contesté. ¿Y los encarcelaron a todos? No, no los encarcelaron. ¿No hubo

justicia? Para un asesinato no hay justicia, le dije. Xavi estará en la cárcel, siempre; se contestó agobiada de que eso no fuera cierto, como una sentencia que seguía sin llegar pero que ella dictaba para que la escuchara el mundo. Nagore, en silencio, nos miraba. Usted también está en una cárcel, le dije. ¡Tú también!, gritó Nagore defendiendo a su abuela. Yo también, asentí. Daniel empezó a llorar y yo, derrotada por mi propia aseveración, acudí a darle mi pecho que pesaba y dolía y me daba fiebre y todos me decían que estaba bien, que eso también iba a pasar porque no era una cárcel aunque claramente sí lo era. ¿Qué me hizo decirle eso a la madre de Fran? La claridad, una claridad que se opacó con el paso del tiempo.

Los pliegues en la piel que se le hacían en la cara a la mamá de Fran de pronto se triplicaron en el sol. Los vi cuando fuimos a comprar bollería porque su esposo por fin quería comer algo. El tic en el ojo izquierdo reforzaba la imagen de una mujer anciana que tras las arrugas y los labios delgados, casi imperceptibles, oculta un dolor del que yo no entendía nada. ¿Alguna vez fue feliz o es acaso que apenas ahora que Amara ha muerto es que sabe que ha desperdiciado su vida? Pensé en preguntarle. Me dio una bolsa con pan para que ella pudiera cargar una charola llena de bollería fina. Atiné a sonreír. A Nagore le gustarán los de chocolate. Dijo mientras me sonreía, sin embargo, su rostro, lejos de suavizarse, se volvió grotesco, como cuando un mono enseña la dentadura y los humanos pensamos que ríe cuando en realidad muere de miedo. Se le ha muerto su hija, pensé, y creí que exageraba, que le quedaba un hijo, un esposo, una nieta y un futuro bebé que, aunque lejos, tendría que llenarla de alegría. Regresamos a

casa con un andar que no hacía eco en la calle entre la casa blanca y la tienda de los chinos, la madre de Fran apenas y era una sombra lerda que se arrastraba por el piso y yo, años después lo supe, era su reflejo.

Descubrí pronto que Daniel no quería habitar mi cuerpo. Todo con Daniel era una contradicción: no querer tener hijos pero buscar embarazarme. No querer estar embarazada pero buscar en las acciones de Fran su aprobación. (¿Verdad que todo va a estar bien? ¿Verdad que sí quieres a este bebé?). No querer estar embarazada pero temer a la primera mancha de sangre que se apareció en mis bragas. Fran, voy a perder al bebé. (Oh, premonición). Pero nunca hubo señales de aborto ni mucho menos. Solo me obligaron a no moverme mucho, a ser buena madre, a cuidar de mí. Ahí fue cuando decidimos (Fran decidió) quedarnos en España y cuando Fran se dio a la tarea de tramitar el permiso para sacar a Nagore del país con más convicción. Los tres nos fuimos a Barcelona y de cierta forma respiramos tranquilos de ya no tener que ver a los viejos ser viejos y lúgubres.

Incluso Nagore se emocionó. Volvería a casa. Nada más alejado de la realidad. Era el punto de no retorno.

¿Qué es un hogar y de qué se conforma? ¿En dónde empezamos a ser padres e hijos? ¿Cuando Nagore recargó su cabeza en mi cuerpo y abrazó el vientre que le respondía con golpecitos como si fueran una

puerta que se quisiera abrir, o cuando Daniel salió de mí con tan poco ímpetu que tuvieron que darle oxígeno artificial y yo no pude tenerlo en mis brazos hasta una semana después? ¿En dónde empieza el hogar y qué lo conforma?

Supimos, mediante los papeles delgados y escritos con máquina de escribir obsoleta del expediente judicial, que Xavi mató a Amara en un pelea que había durado cinco años de los doce de matrimonio. Leímos que la jaló de los cabellos, la insultó, la aventó contra la pared. Supusimos que Nagore se despertó y detuvo la respiración, que peló los ojos y no parpadeó por temor a que sus pestañas hicieran ruido. Xavi volvió a aventar a Amara hacia la pared. Amara gritó algo ininteligible. Xavi siguió atacando pero Nagore sólo escuchó ruidos junto al sonido de voces y movimientos bruscos, no supo si de sus cuerpos o de otros objetos que podían estar cayendo al suelo. Pegó su oreja pequeña a la pared. Su madre lloraba, está segura de eso. Nagore contó después que no supo si llamar a la policía y que también quería llorar pero temía que su padre la escuchara y también le pudiese pegar a ella. Amara lanzó un grito agudo que retumbó en los oídos de su hija porque después de eso no volvió a oír nada, al menos por un tiempo. Luego Nagore pegó más la cabeza, como para traspasar la pared. Nada. No supo por qué pero un grito así, acabado en seco, no era normal. Tembló. Decidió bajar de la cama e ir a buscar a su madre. Fue pie puntillas. O eso dijo que hizo, o eso fue lo que leímos. Que estaba a punto de abrir la puerta cuando escuchó que su padre salía al salón y que luego, según la declaración de él mismo, caminó hacia la cocina. Después Nagore se asomó esperando que la oscuridad

la protegiera de la vista de su padre, que, aturdido, abrió la llave del fregadero, caminó, regresó, fue al salón, se asomó a la ventana. Silencio. ¿Y mamá?, preguntó su hija, según la declaración de los dos. Xavi volteó a mirarla y no dijo nada. Bajó la cabeza un segundo y después fue a abrazarla. Nagore dudó en dejarse abrazar y Xavi, entendiendo que Nagore sabía, retrocedió. Xavi volvió al salón, tomó el teléfono y llamó a la policía. Dijo que su esposa había muerto. Nagore, sabiendo que ya lo sabía, sintió un golpe en el estómago, ni siquiera se atrevió a ir a cerciorarse de que fuera cierto. Xavi empezó a llorar y entonces, como si el llanto fuera el detonante de lo que sucedería después, fue cuando Nagore supo que todo había cambiado para siempre y corrió a buscar el cuerpo de su madre que estaba tirado en el piso boca abajo, como si solo estuviera dormida. Nagore no indagó, no preguntó, se acercó al pie izquierdo frío de su madre y lo besó para luego ponerse a llorar quedito, para no despertarla mientras la abrazaba y lo volvió a besar una y otra vez como si supiera que no iba a volver a verlo nunca más. Sí lo sabía, pero no era capaz de pronunciarlo. Tiempo después llegó la policía, la quitaron de la cercanía de su madre y la cubrieron con una cobija. Un policía le extendió la mano y la sacó de la habitación, después del salón en donde Xavi seguía impoluto, como queriendo detener su destino o preparándose para él. El policía entregó a Nagore a una mujer enfermera que llegó con la ambulancia. Nagore volteó y miró a su padre para no verlo más.

Todo esto lo contó ella en una especie de memoria fotográfica cuando uno de los policías le preguntó qué pasó, y nosotros lo leímos después en el expediente. Fran no se quebró, ni siquiera cuando parecía que estaba a punto de hacerlo. Solo me pidió que de ser posible no se lo contara a su madre, no había necesidad de que supiera eso. Lo obedecí y también me quedé callada. Creo que fue la primera vez que

miré a Nagore con respeto, era demasiado fuerte para su edad, Nunca tuve su temple, ni siquiera en los momentos fáciles.

A veces Fran me decía, como si fuera una maldición que le atravesara el cuerpo, que Nagore tenía los gestos de Xavi, que quedaba muy poco de Amara en ella. Y es que el tiempo a veces nos da la razón.

Con Daniel en el vientre abultado, con las piernas rozándose piel con piel porque tenían más grasa que de costumbre, y el clima húmedo e irrespirable de Barcelona, a veces sentía celos de la muerte de Amara. No solo porque ella ya no tenía que hacerse cargo de sí misma, sino porque su muerte, de un día para otro, la había santificado: todo lo que ella había hecho era perfecto, tan buena, tan tierna, tan la mejor madre; y yo, sofocada, sin poder caminar erguida y firme, sin poder mirarme el pubis, sin dejar de ser torpe en cada paso, ya había fracasado como mamá.

Quizá Fran aceptó regarse en mí porque una parte de sí —el glande, el escroto, los testículos— creían que no era capaz de mantenerlo dentro. Tan descuidada de mí, tan sin rumbo, tan remolino que se mueve y hace viento en el mismo lugar, era posible que yo luciera como si no fuera capaz de ser materia fértil, ni sirviera para el trabajo materno.

Qué equivocados, bastaba mirar alrededor para saber que si algo es fácil en esta vida es preñar y ser preñada. ¿Y qué eran estos arrepentimientos y esta envidia que me causaba Amara? Ella no tenía

que hacerse cargo de la tristeza que dejó cuando no quiso salir de ese cuarto marital antes de que fuera demasiado tarde, ni de Nagore, ni de Daniel... Ella será recordada como víctima, yo como victimaria.

Me compadecía, me tiraba a la almohada y refunfuñaba mi suerte en una casa sin ventanas por quién sabe qué idea arquitectónica. El calor y la humedad me asfixiaban y cuando nadie me veía le daba golpecitos a Daniel que todo el tiempo me pateaba desde adentro. Era una batalla campal en la que yo siempre salía perdiendo. Nagore hacía ruido cerca de la única ventana de aquel edificio oscuro en la que pasamos el verano antes de regresar a México; varias veces escuché que le hablaba en catalán a su muñeco cuando creía que nadie la oía. Mientras tanto, Fran salía a pelear con la burocracia como quien olfatea, masculla, examina un mundo que le está negado a habitar. Teníamos problemas tan superfluos que éramos imperceptibles, incluso los unos con los otros. Ya en ese momento debimos de adivinar que regodearnos en nuestra miseria podía tener la consecuencia de volvernos miserables ante el mundo, porque en nuestro interior ya lo éramos.

Con la cintura quebrada, los coágulos arañando las paredes de mi útero y los ojos arenosos de no dormir, los primeros días con Daniel en mi vida, más que una dicha, eran un suplicio ahogado. Cállate, le decía en un silencio amordazado entre los ojos, por miedo a que

alguien escuchara el escozor que me causaba oírlo llorar por ese no saber sobrevivir solo en el mundo. Si en el embarazo, triste, pedregoso y mohoso que había pasado ya sentía un arrepentimiento de tener útero y hormonas e instinto maternal, en la maternidad misma cada llanto de Daniel me rechinaba en el oído para constatarlo.

Estaba sola, sin lazos cercanos que pudieran amarrarme a la seguridad de poder equivocarme. Daniel me causaba una incomodidad con la que no podía lidiar. Lo tomaba entre mis brazos y en el shhh, shhhh, shhh con el que me calmaba a mí misma le obligaba a chupar de mi pezón, no para que se alimentase, sino para mantenerlo ocupado y dejase de crisparme el sistema nervioso con su taladroso llanto. La lactancia es el reflejo de las madres que quieren ahogar a los hijos ante la imposibilidad de no poder comerlos. Les ofrecemos el pecho no solo por instinto sino por el deseo obliterado de acabar con la descendencia antes de que sea demasiado tarde. Craso error de cualquier forma.

No vimos el cuerpo de Amara hasta que estuvo en el velatorio, pero ni aún así pudimos estar cerca. Lo llevaron a una especie de sala separada de todos y detrás de un vidrio es que podíamos ver el féretro. Como un aparador y un maniquí. Amara un maniquí. Todo estuvo en calma hasta que llegó la familia de Xavi, de pronto demasiados pasos, salidas al pasillo, murmullos. La madre de Fran, apelmazada al lado del aparador, se quedó inmóvil como si protegiera el cuerpo de Amara de un nuevo asesinato. Luego varios gritos y, del otro lado, una madre avergonzada de su hijo clamó: ¡También yo la quería! ¡También Nagore es mi nieta, yo no crié a un asesino! Pero es de todos sabido

que una madre es responsable del ser que alimentó en sus entrañas. (¿Qué cosa puede salir bien de un ser vivo que se alimenta de otro para su supervivencia?) ¡También yo perdí a tu hija!, le gritó la madre de Xavi a la madre de Fran, ¡por favor, perdóname! Pero la madre de Fran, que no se despegaba de su lugar y apretaba sus dedos contra sus propios dedos, decía que no, no, no...

Una madre es culpable del hijo asesino, la otra de la hija muerta y el único grito que pudo calmar la culpa para alimentarla de nuevo fue el de Nagore: ¡Quiero a mi mamá! Y ambas abuelas culpables de todos los llantos emitidos en esa sala y de ese maniquí que era Amara y, que de cierta forma nos representaba a todas muertas en algún momento de nuestra vida, lloraron ahogándose para sus adentros.

En cambio, los hombres de la familia poco a poco las ignoraron porque sus manotazos, sus aventones, sus gritos en el estacionamiento y sus pisadas apresuradas para arrancar motores e irse después del desmán que habían dejado a su paso hicieron más ruido que las lágrimas. Todos los hombres juntos son más ruidosos y estruendosos que todas las mujeres y sus lágrimas.

Xavi y sus manos asesinas, Fran y su seguir estando bien porque hay que estar bien aunque estuviera ahí la hermana muerta y el padre que se sentía demasiado viejo para pelear pero demasiado fuerte para jalar a Nagore a su lado y no dejar que la abuela paterna se despidiera de ella. Todos, todos incluidos, parloteaban y se oían a sí mismos mientras nosotras mirábamos confundidas e impávidas, porque eso era lo que había que hacer: ser las casas vacías para albergar la vida o la muerte, pero al fin y al cabo, vacías.

Abrí las piernas y me senté en la taza del baño. Vacié la vejiga y, mientras orinaba, la cadera, que seguía siendo dos partes fragmentadas por el cuerpo de Daniel, me crujió en seco, después, una resbalosa canica salía de mi útero para caer en el agua estancada, era sangre. Hilos de sangre le siguieron tejiéndose en el inicio de mis labios vaginales. Luego, otra canica y en ese instante, el inoportuno llanto de Daniel a lo lejos. Intenté levantarme pero no pude. Daniel lloraba, luego Nagore me tocó la puerta, que Daniel lloraba. ¿Y dónde está Fran? Que ha salido, me dijo Nagore. ¿Lo cargo para calmarlo? No, espera, ahora voy. Pero mentira, no fui, los hilos en ese momento ya eran una tela que cubrían la superficie. Pasó alrededor de una hora para que pudiera incorporarme, pero me pareció que toda la vida de Daniel ocurriría mientras yo seguí ahí.

Ya en la cama, cuando pude acomodarme, horas después, Fran fue a verme e inmediatamente abrí los ojos y antes que preguntarme si estaba bien, me llevó a Daniel para que lo amamantara. Tienes que cuidarte, el bebé te necesita. Yo asentí pero le esquivé la mirada. Nagore me tomaba la mano, supongo que se aferraba a mí por miedo a quedarse sola. Tienes que aprender a cuidarte, le dije. Sí, yo no voy a ser como mi mamá, yo voy a vivir. Se llenaron sus delgados labios de verdad. Nagore y Daniel en ese momento eran la promesa de que se puede sobrevivir a los entuertos maternos.

También creo que Fran no me escupía en la cara la ausencia de Daniel porque nunca lo incorporó a su vida. Lo sé ahora y lo supe siempre: el instinto de supervivencia es más traicionero que la ira, yo, por ejemplo, debí hacer honor al puerperio de mi madre y desaparecer antes

de que cualquiera pudiera nombrarme. Hay que tener el suficiente arrojo para matar y matarse y así desafiar al instinto.

— Mis padres son de Ermua. ETA secuestró a un concejal muy joven del Partido Popular que se llamaba Miguel Ángel Blanco, anótalo. Dieron 48 horas para que mandaran a todos los etarras presos al País Vasco; si no, lo matarían. Todo el país se paralizó. En la televisión aparecían los lazos azules que eran un símbolo para pedir su liberación, muchos salieron a congregarse, tú no lo sabes, pero nos conmocionó a todos porque lo mataron. Muchos nos dimos cuenta de lo que iba ETA. Eran cobardes, mataban por matar. Rozaban en la dictadura, lo sabes, esos son los ideales que el asesino de mi hija defendía, muy independiente, muy lo que quieras, pero muy asesino. ¿Vas a venir a decirme de qué van las independencias nada más porque te has liado con una mexicana y estás en esta ciudad? Estamos aquí porque te vas a llevar a mi nieta, como se han llevado a mi hija y aún así comparto la mesa contigo. Dijo el padre de Fran señalándolo con el tenedor; pero a Fran poco le importaban las independencias o las revoluciones mal hechas con las que peleaba su padre que, ante el vacío al que tenía que enfrentarse todos los días, llenaba con vociferaciones a todos.

— Extraño a mi papá aunque vosotros le digáis asesino.

— Claro que lo extrañas— le dijo la madre de Fran mientras le quiso acariciar el cabello.

— *Jo parlo en català perquè no m'entenguis, això també m'ho va ensenyar*

el meu papa, sempre va dir que vostès no entenieu res—, dijo rechazando el abrazo y siguió comiendo mientras resoplaba por la nariz con los ojos fijos en el plato. Nadie dijo nada. Eran las palabras de una niña, nada más, pero yo le pasé la mano por el brazo y le sonreí. Era la primera vez que la tocaba y que la llevé a dormir a su cuarto y la primera ocasión que ella le cantaba una canción de cuna a Daniel y Daniel se quedaba dormido. Aquella vez sentí mucho amor por los dos, incluso por mí.

Después del nacimiento de Daniel me sentí ciega e inmovilizada, como dando manotazos hacia el frente para no caerme, tocando las paredes para sostenerme frente al mundo, a tientas, sin rumbo Pero también había veces que, en el olor a jocoque que se le acumulaba a Daniel en el cuello y en la inocencia resquebrajada de Nagore, sentía que las cosas iban a estar bien. A eso también le digo instinto de supervivencia y me parece que es una putada.

"Vete a parir a tu hijo a tu país", me gritaron una vez que caminaba por la calle de Girona. Los ignoré y seguí caminando de frente. Nagore me tomó de la mano más fuerte. *No els facis cas, jo t'estimo*, me dijo. ¿Cómo? Que no les hagas caso, yo te quiero. No, Nagore, no les hagas caso tú. Esa gente está tonta. Sí, respondió como si mi insulto fuera una acción que la divirtiera. Hay gente tonta, tonta, tonta, le dije riéndome también. Sí, muy tonta. Hay gente muy tonta, muy

tonta, tonta, tonta, tonta, tonta. Repetía contenta, como si al decir tonta estuviera maldiciendo todo lo que le estuviera pasando. ¡Tonta, tonta, gente tonta, tonta!, y reía traviesa. Le fue liberador.

Creí que estaba lista para educarla.

Quince horas antes de que naciera Daniel empecé a sentir cómo su cuerpo se preparaba para desgajarme: una especie de vibraciones que iniciaban en la baja espalda para concentrarse en el hueso ilíaco. No hubo nada de romántico en ello. Daniel el epicentro y yo la consecuencia. Temblores, escalofríos y Fran diciéndome que lo hacía bien. Quince horas de un querer que acabe todo y que no empiece la siguiente etapa. Siempre tuve miedo de Daniel. Hay que ser demasiado inconsciente para no tenerle miedo a una nueva vida. Salió de entre mis pliegues en silencio. Fran y yo vimos cómo se llevaban a nuestro hijo sin que hubiésemos podido verle la cara. Debimos de intuir que nunca sería del todo nuestro.

Daniel nació a las nueve de la mañana de un veintiséis de febrero. Daniel no había nacido para hacernos felices.

¿Y si despertara miedo en la gente,
o sólo asco,
o sólo compasión?

¿Y si hubiera nacido
no en la tribu debida
y se cerraran ante mí los caminos?

El destino, hasta ahora,
ha sido benévolo conmigo.

Wisława Szymborska
Fragmento de "Una del montón"

Cuando abrí los ojos vi que estaba en casa de mi mamá y me puse a llorar. Sentí muy feo. ¿Qué hacía yo en su casa y no en la mía? Ahí fue cuando confirmé que Rafael era un hijo de la chingada. ¿Por qué no estaba él, por qué me dejó ahí con mi mamá? Supe que estaba embarazada cuando nomás no paraba de sangrar. Primero, normal todo, pero, en menos de dos horas yo parecía regadera. Supuse que entonces no era normal y fui a preguntarle a la de la farmacia que si tenía alguna pastilla para detener el sangrado pero me dijo que no, que eso no era normal, que si estaba embarazada. No, cómo voy estar embarazada, pensé, pero, entre que le respondía, la sangre empezó a escurrirme en las dos piernas, entonces la de la farmacia se asustó mucho y llamó al doctor, pero el doctor nada más se pasó las manos por la cabeza y dijo que me llevaran rápido a un hospital y alguien paró el taxi y yo le empecé a gritar a la muchacha que le avisara a Rafael, ¿sí sabe quién es? El de la esquina, el que siempre se pone a tomar al lado del puesto de tacos, ¿sí sabe quién es? Pero yo ya estaba entre mareada y asustada y ya no vi si dijo que sí o que no. Y me subí al taxi y nomás sé que el chofer me dijo que me pusiera una bolsa de plástico que llevaba ahí medio rota porque le iba a ensuciar el asiento y que así ya no iba a poder trabajar y le dije que sí, que me disculpara y se me empezaron a salir las lágrimas porque no sabía qué iba a pasar y me preguntaba: ¿será que estaba embarazada y no me di cuenta? ¡Pero cómo puede ser posible!

En el hospital me dijeron que me esperara tantito, aunque la falda ya la traía yo bien mojada y los pies y los zapatos, así que me fui a sentar al suelo de la sala de urgencias en lo que me daban turno y luego ya quién sabe cómo, estaba yo en una camilla, con suero en las venas, al lado de otras mujeres. ¿Sabes qué tengo?, le dije a la de al lado, pero me hizo cara de no me hables y pues dije, pues bueno, y me quedé esperando al doctor, pero el doctor nunca llegó, nomás me tocó ver a una enfermera que pasó a revisarme el suero y me dijo que cuando llegara la otra enfermera del otro turno le recordara que ya tenía el ketorolaco, y yo le dije que sí pero también le dije ¿pero qué tengo?, y nada más me miró raro, como si yo supiera y me estuviera haciendo taruga.

Yo ya me había dado cuenta que Rafael comenzó a venirse dentro de mí cuando lo hacíamos en mi regla porque así no nos podíamos embarazar, por eso nunca pensé que yo pudiera estar embarazada en algún momento. Aunque yo sabía que estaba loco, sí me sacaba de onda que dijera que le gustaba el olor de mi sangre, que lo excitaba. Yo decía, pero éste está loco, pero de todos modos me dejaba, porque lo hacíamos muy a gusto, él entraba y salía con una facilidad que me hacía gritar muy rápido y luego se echaba a mi lado y se embarraba la sangre que le quedaba en el pubis y en las manos, se le secaba y había algo de eso que me excitaba y lo volvía a tocar y volvíamos a hacerlo y él me decía que me quería romper en dos y yo le decía que me rompiera y de pensar que podía ser más y más grotesco yo gritaba y me aferraba a él, pero luego, ya medio dormidos, entre sueños, cuando todo había pasado, sabía, lo sabía, que lo hacía para que dejara de joderlo con que no se venía en mí.

Otras veces se salía cuando ya estaba a punto de acabar y se venía en mi pecho o en mi pubis y yo lo veía feo. Sentía que me despreciaba. Pero me seguía dejando hacer y buscaba provocarlo porque rogaba que uno, un solo espermatozoide, fuera inteligente y me pre-

ñara... Y me preñó pero yo no lo supe hasta que la doctora del turno de las seis de la mañana me dijo que ojalá no hubiera provocado el aborto porque me podían meter a la cárcel y yo no sé qué cara habré puesto que se dio cuenta que yo ni sabía que estaba así y ya nada más me puso la mano en el brazo y me dio una palmadita y se fue. Y yo lloraba por todo, porque no era posible no haberme dado cuenta, pero también porque siento que sí pudimos salvarlo, porque el sangrado empezó desde temprano, por la tarde, el día anterior; le dije a Rafael que se quitara que había manchado la sábana, que estaba raro, que estaba sangrando mucho y él dijo que no exagerara, que así a veces era, que hasta parecía nueva y se quedó dormido; pero incluso antes de que se fuera a trabajar le dije que me trajera yerbabuena del mercado porque sí me dolía mucho y quería tomarme algo calientito y él me dijo que sí, que sí iba pero luego se le hizo tarde y me dijo que en la noche. Ni para un pinche té, le dije, y me respondió que cómo me gustaba hacerle a la mamada que ya mejor se iba. Y se fue.

En el hospital me estuvieron picoteando los brazos, que porque tenía las venas muy delgadas y las enfermeras hablaban entre ellas como si yo no existiera y decían que qué pérdida de tiempo las que abríamos las patas y salíamos con nuestro domingo siete y que mucha lagrimita, pero que la mayoría lo hacíamos a propósito, que éramos asesinas, porque así se les decía a las que abortábamos: asesinas; y yo les quería decir que no hablaran si no sabían, pero tenía cosa de que me siguieran lastimando el brazo y mejor me quedaba callada. Pero los dos días que estuve en el hospital así era, lo decían en mi cara, que pinches chamacas calenturientas, que no sabíamos ni limpiarnos la cola pero ahí estábamos muy calientes, y yo pensaba en Rafael, que muy comodito en la casa no tenía que oír esas estupideces. Por eso cuando me desperté en casa de mi mamá y me dijo que Rafael le había dicho que nos echara la mano que él no podía cuidarme porque el

trabajo, sentí muy feo, porque hay momentos clave en los que estás o no estás y era obvio que él no estaba.

De cualquier forma antes del aborto él ya había empezado con sus burradas. Me lo dijo mi prima, que ya andaba viendo de vez en cuando a Silvia, la hermana de su cuñada. Que Rafael iba a buscarla a la prepa y que luego se desaparecían. Mientras tú estás chingándole con las paletas y los dulces. Yo nada más sentí un ardor en el estómago pero me hice la que no importaba. ¿Y está buena la Silvia? Y mi prima pues diciendo que sí pero que no tanto. No me des ánimos, prima, yo sé que ya no soy la de antes.

Pero no hay derecho, me decía y yo le decía que sí, que no había derecho, pero pues que él tarde que temprano se lo iba a tragar con su propio pan.

Si no le reclamé fue porque tenía miedo de que se me saliera el demonio. Una escucha de mujeres que le cortan el pito a sus esposos y yo no quería convertirme en alguien así. Me aguanté, porque sí pensaba que si me le voy encima va a ser con cuchillo en la mano, no me voy a aguantar, no me voy a aguantar y entonces ya respiraba profundo y hacía de tripas corazón y pensaba que se le iba a quitar la cosquillita porque si ya no me quisiera, o ya no quisiera estar conmigo, pues era más fácil irse. Entonces, pensaba que podía ser la crisis esa que pasa cuando ya se te pasa la calentura y que es momentánea, que luego regresan con el rabo entre las patas. Pero también, y tengo que reconocerlo, que si me tenía miedo a mí, le tenía más miedo a él, porque cuando nos peleábamos él cada vez se ponía más agresivo y yo no quería que me fuera a madrear y que anduvieran diciendo que además de cornuda, madreada. Así que mejor así, mejor así. Y a esperar que se le pasara, me decía a mí misma. Pero sí le traje coraje mucho rato, como aquella vez que llegó con el Bombolocha y se encabronó porque yo no quise llevarles las cervezas a la mesa.

— Tráete las cervezas.

— ¿Tráete?, ni que estuvieran mancos.

— No estés chingando, tráelas...

— No les voy a traer nada— dije y seguí echando el chocolate caliente a los moldes de paletas que tenía que entregar.

Rafael no dijo nada pero se me quedó viendo feo y más porque el Bombolocha sí que se pasó chingándolo que ya ni en su casa lo respetaban, que al gallito ya le habían cortado la cresta. Yo me hice tonta. Luego se acabó el partido y nos quedamos solos. Estaba por llegar el repartidor de la pastelería a recoger las paletas y me fui a lavar la cara y las manos y ya en el baño llegó Rafael y me aventó contra la pared. Luego golpeó la botella contra la pared y se hizo añicos. Dejó la parte con la que se toma en la mano y me amenazó con ella.

— ¿Quieres que te enseñe a traer la cerveza cuando yo diga?

Me le quedé viendo bien quietecita, calladita.

— ¿Quieres que te meta una pinche cerveza en la cola para que aprendas?— Y me escupió. Y ahí sí que me enojé. Que me metiera qué, ¿la botella?, si tendría que ser imbécil, pensé y lo aventé. Casi que pisé los vidrios del suelo pero logré zafarme de esa. Luego llegó el repartidor y nos calmamos, yo hasta alargaba el tiempo de platicar con el repartidor mientras me daba el cambio, que le preguntaba que si ahora sí me iban a comprar las paletas cada semana, que qué le decía su jefa, que si sabía si estaba contenta con las paletas. Y Rafael pasó

por la cocina para usar la escoba y el recogedor y yo seguía con el repartidor y el repartidor dándome bola, que si la jefa se quedaba con más dinero, que yo debería de cobrarle más y yo pensaba, ay sí, que siga aquí o esto quién sabe cómo acabe y plática y plática, hasta que ya no había más tema y el repartidor se fue. Cuando entré a la casa vi a Rafael ya acostado, sin meterse a las cobijas. Yo me quedé en la cocina llorando, porque, aunque Rafael estaba loco y era capaz de lastimarme, éramos familia, y ya quería decirle que cuando tuviéramos a nuestra hija le iba a hacer paletas de chocolate y vainilla y de fresa y de nuez y que él dijera que bueno y que me abrazara fuerte, pero claro que no dijo nada porque el muy cabrón ya andaba cogiendo con otras y yo me tenía que quedar callada porque el miedo era mutuo pero él siempre era más fuerte.

Pero es que en serio se supone que éramos una familia, yo quería una familia, yo quería de Rafael una familia y se lo dije cuando me salí de la casa de mi mamá. Porque si me salí de ahí fue porque le pegó a mi hermano la última vez que lo vimos. No se me olvida, no sé, no sé por qué pero me duele tanto que mi mamá le haya pegado a mi hermano ese día, porque siento que mi hermano se murió triste y no se lo puedo perdonar.

Estábamos desayunando y mi hermano tiró la leche en la mesa. Mojó el mantel pero lo secamos rápido los dos. Mi mamá ni se fijó que no le había quedado una mancha, el chiste era pegar, así que le dio un zape y mi hermano se pegó en la boca con el vaso de leche. Le salió sangre del labio. Yo le dije a mi mamá que no le pegara que viera lo que acababa de hacer pero me dijo que no me metiera. Mi hermano se paró a enjuagar y mi mamá siguió tragando como si nada. Me dio mucho coraje y me fui a mi cuarto. Al ratito oí que mi hermano me tocó la puerta y me dijo que ya se iba. Le dije que sí. Eso fue lo último que le dije a mi hermano: sí.

Luego no llegó en la noche. No nos importó mucho porque así era él, a veces no llegaba. Pero así pasaron tres noches. Entonces me dijo mi mamá que fuera a buscar al Neto para ver qué razón tenía de mi hermano. Pero el Neto se me escondía, ahí, ahí fue cuando me dio miedo todo. Así que al quinto día me fui muy temprano a la parada del camión a esperarlo. Cuando me vio se hizo el loco, caminó más rápido y se subió luego luego al pesero. Pero me eché a correr y alcancé a subirme. Ya iba sentado y volteó la cara a la ventana. Me senté a su lado.

— ¿Dónde anda mi hermano?

— Quién sabe, no ha ido ni a trabajar.

— Dime dónde está mi hermano, pinche Neto, no te hagas que no sabes...

— No sé, de veras...

— No seas ojete, pinche Neto, mi mamá está preocupada, mi hermano es como es, pero no se tarda tanto en llegar a la casa... tú sabes, no te hagas.

— No, de veras...— Pero se echó a chillar y yo sentí que ahí mismo me daba diarrea. Ni me dijo nada pero enseguida ya estábamos los dos llorando en el micro. Nos bajamos antes para caminar y no nos oyeran.

— ¿Qué le pasó?

Pues que no le pasó nada. Que lo emparedaron. Así, que ese día que se fue de la casa le dijeron que le iban a pagar horas extra y el día doble

si se quedaba el turno de la noche y pues que se quedó. Que estaban trabajando y que de repente algo se cayó en el hoyo que él y otro compañero estaban cavando y que se fue todo el cemento de la máquina encima de ellos. Que se armó el caos pero que alguien dijo que ya, que era más desmadre sacarlos, que no iban a sobrevivir, que nadie sabía qué hacer y que pasó el tiempo y el cemento empezó a secarse y que luego ya, todos siguieron trabajando como si nada.

— No mames, pinche Neto, eso no pasa…—, le dije riéndome de nervios.

Pero sí pasó. Mi mamá fue varias veces a la obra en construcción, buscó al jefe y luego fue a la dirección de la empresa pero nadie decía nada, que no, que mi hermano había dejado de ir a trabajar y que si le movíamos más que hasta lo iban a demandar por abandono de trabajo. Pero que el Neto sabía cosas, les dijo mi mamá, pero a la mera hora, hasta el Neto se hizo pendejo, no dijo nada.

Entonces se me hizo imposible seguir viendo a mi mamá. Yo le agarré mucho odio. ¿Por qué le pegó a mi hermano nada más porque tiró la leche, por qué? Por eso le dije a Rafael que ya no aguantaba y que ya me quería ir de ahí. Entonces fui a dar el depósito de la renta a la casita de los patios y sin avisarle a mi mamá me fui. Tampoco ella me buscó, ni yo a ella, hasta ese día que perdí a mi bebé y me cuidó como pudo.

Yo con mi mamá tenía un problema de que no pensábamos igual en nada. Yo no sé dónde aprendí a hacer paletas y dulces y pasteles, pero siempre me gustó y vi que me daba dinero. Si bien es cierto que para eso hay que tener estrella y ángel, para caerle bien a las señoras de las tiendas, también es bien importante que sí sepas hacer cosas con sabor, no nada más bien decoradas, sino con sabor y yo no sé, como que nací con sazón y ya les llevaba muestras de los pasteles, de las paletitas: Ándele, se la regalo, sin compromiso, va a ver que hasta

va a querer más y luego darles el avión, ¿y cómo está la hija? Está bien chula, ya la vi, ¿y el dolor que traía, ya se le quitó? Ande, mire, le traje de otros sabores, aprovéchese que éstas nada más las saqué del horno y se las traje a usted nada más. Y las señoras se reían, me decían que era yo simpática y entonces ya les vendía que las paletas, los chocolates, las manzanas rellenas, los cubiletes de queso, los pasteles, las gelatinas decoradas. Y ya cuando vi que sí dejaba suficiente dinero para mantenerme, pues me salí de la prepa y esa fue la gota que derramó el vaso con mi mamá. Primero, para que se encontentara le daba dinero de las ganancias, pero es que mi mamá de que le agarra enojo a algo, le agarra, y me quitaba el gas o así, de ganas, no me dejaba cocinar, entonces ya a cocinar me iba con mi tía o con mis primas y luego ya llegaba yo con el dinero y le decía, pues ahí está para el gas, ya ves que se te acaba pronto, y ella lo tomaba el dinero pero no cambiaba, nunca le gustó que me saliera de la escuela.

Pero ir a la escuela por ir, pues no. Yo lo veía con mis propios ojos, por ejemplo, mi prima Irene que se la pasaba estudiando y luego ni conseguía trabajo y terminó casada y con dos hijas, entonces pura perdedera de tiempo, ¿para qué estudió si se la iba pasar encerrada cuidando a las niñas? Luego estaba Carmela, que muy leída, que muy estudiada y, terminando, mejor se metió de cajera porque nadie le dio trabajo. Yo, en cambio, estaba ganando más dinero que mi mamá, pero de pendeja nunca me bajó. Que había otros caminos, pues sí, los había, pero yo aprendo que una tiene su lugar en el mundo y ni aunque te quites o aunque te pongas.

Cuando ya vivíamos juntos Rafael y yo, una vez en una pastelería donde entregaba gelatinas y paletas de chocolate, un señora muy acá probó mis paletas de chocolate y le dijo a la dueña que quería hacer un pedido grande, una cosa como de doscientas, la dueña le dio mi teléfono y me hizo un pedido muy grande, yo me puse nerviosa, pero le entré y

cobré caro y me pagó. Me dijo que era para la fiesta de cumpleaños de su hija, que tenía que llevarlas mucho más lejos de las Lomas y yo dije que sí, que sin problema, y lo hice bien todo porque de esa fiesta me salieron otros pedidos e incluso una señora, invitada de la fiesta, me contactó con una de esas tiendas que venden chocolatería de lujo y yo hasta tuve que conseguirme un contador para darme de alta en Hacienda y todo. Así fue como empecé a ser proveedora: iba a dejar mis cajas de paletas de chocolate al almacén y los de ahí me decían que nada más me faltaba el vocho pero yo les decía que me iba a comprar mi camionetota, pero nunca la compré porque aunque tuve dinero, sí, se gastó en lo de Rafa, y luego ya nunca me alcanzó para comprarme nada.

Ahora, si me preguntaran que si yo mantenía a Rafael, yo diría que no. Que yo mantenía la casa sí, pero que nunca, nunca le compré ni una cerveza o algo. Que casi nunca me daba dinero, también, pero yo no lo necesitaba, yo lo que quería de Rafael era una familia. Si además me preguntaran que si yo lo amaba, diría también que sí. Que lo amaba como se aman las cosas que te traen recuerdos, como las cartitas de los reyes magos, las fotos de los cumpleaños, la ropa favorita, cosas así. Pero que si yo sentía que podía vivir sin él, pues yo sí diría que claro que podía vivir sin él, como pude vivir sin mi padre, sin mi hermano, sin mi madre. Con lo que no podía vivir era sin ser madre. ¿Que por qué la aferración? Pues porque sí, ¿qué tiene de malo querer ser madre, qué tiene de malo querer dar amor? Yo quería educar una niña que fuera distinta a mí, a mi madre, a la madre de Rafael, a mis primas. Una mujercita distinta que no se dejara de nadie pero que fuera amorosa, ¿por qué eso podía ser malo? Por eso cuando a Rafael le valió madre lo del aborto ya no lo veía igual, pensaba bueno, él no tiene la culpa, ya me dijeron los doctores que eso pasa, que es normal, que no me traume, pero sí sentía feo, nunca lo vi triste por perder a nuestro bebé.

Lo que pasa es que yo ya no aguantaba estar en casa de mi mamá después del aborto, primero por ella, pero luego me daba no sé qué ver la puerta del cuarto de mi hermano cerrada, me daba miedo pasar por ahí, porque yo quería abrir la puerta y verlo, de hecho así pensaba, ah, el *broder* está ahí en su cuarto, no lo voy a molestar. Y me creaba esa ilusión, luego en la noche me acercaba a la pared que daba a su habitación y le hablaba: Ay, hermano, ya ibas a ser tío y ya no se nos hizo. Y luego, clarito, clarito, me acordé de que cuando yo tenía cinco años y él doce, estábamos en la sala y de repente me besó los labios y yo me saqué de onda, me salí corriendo de la casa sin saber qué decir. Me acordé que quería decirle a mi mamá pero que me dio miedo que le diera una tunda. Yo no sabía si eso era bueno o malo, si era a propósito o de mala fe, no sé. Y se me revolvió el estómago, me dieron náuseas. Entonces le hablé a Rafael y le dije que dejara de hacerse pendejo y que pasara por mí, que ya me quería ir a mi casa.

Y los primeros días que regresé casi ni nos hablábamos, como que no queríamos pelear y por eso medio nos ignorábamos, ninguno de los dos compró el gas y una mañana se acabó en medio de un pedido que estaba yo horneando y él se metió a bañar, así que le tocó bañarse con agua fría. Se encabronó, me gritó que era una descuidada y no sé qué, le dije que sí, que su pinche bañito de cinco minutos qué, que mi pedido se me iba a echar a perder. Lo mandé a que se asomara a ver si pasaba el camión del gas. Me quedé sentada en la mesa, ya estaba yo pensando en llevarme las bandejas con mi tía, pero me daba miedo que el aire las echara a perder, luego entró él a la casa y se me quedó viendo raro, yo pensé, ya me va a echar su letanía de que si fuera más práctica, si me asomara a levantar el tanque para saber si había gas o no, pero lo que hizo fue quedarse viéndome bien acá, hasta que se le humedecieron los ojos.

— ¿Qué? — le dije.

— Nada.

— ¿Te sientes mal?

— No.

— ¿Qué te pasa?

— Nada.

— Ah...

Y luego se echó a llorar. Me paré a abrazarlo y para mi sorpresa se me abrazó con el sollozo a moco tendido. Se le movía su espalda ancha, sus brazos largos y grandes de arriba-abajo, llore que llore. Lo abracé fuerte. Yo pensaba, ¿y ora éste? Pero seguí abrazándolo. Y él llore que llore, hasta me reí tantito, ¿pues ora qué trae? Luego oímos el camión del gas y le dije que le corriera que no se nos fuera a ir. Se desafanó y se limpió la cara y fue a comprar el tanque. Ya cuando me ayudó a encender el boiler agarró un pan y se lo metió a la chamarra para desayunárselo en el camino. Antes de irse se asomó a la ventana de la cocina y se me quedó viendo, yo me eché a reír, como burlándome de sus chillidos. Lo imité y él se río, me dijo que chingara a mi madre. Luego, se puso la mochila y el gorro para el frío.

— Pinche sustote que me diste, tú no naciste para estar embarazada, ya te avisaron —, dijo como señalando al cielo, a dios. Me mandó un beso con la mano y se fue. Cerré la llave del agua del fregadero y me quedé quieta. Lo que me dijo me cayó como balde de agua fría.

Me tardé unos meses en recuperarme físicamente de lo que pasó. Pero sucede que mi prima me seguía diciendo que Rafael seguía viendo a la Silvia esa y yo me emputaba de verdad. Tampoco es que se me antojara hacerlo de nuevo con él, me daba asco pensar que se andaba revolcando con otra, pero iba un poquito más allá, también me daba asco su ignorancia, su mamitis, para todos lados su madre, empecé a verlo como a un niño, como a un amigo, pero ya no como pareja. Pero no podía con la idea de que tanto invertido en él, tanto tiempo, tantas cosas para que nada más de un día para otro ya no nos quisiéramos. Así que le piqué la cresta.

— Si tú y yo ya no cogemos no es por la Silvia, es porque tú ya no me excitas, te lo digo para que no tengas una idea equivocada.

— ¿De qué hablas?

— De eso, que si no cogemos no es porque te estés echando a la Silvia, es porque tú me das asco.

— No digas mamadas, ¿te estás acostando con alguien, cabrona?

— Pendejo, ni escuchas...

— Puta.

— Pendejo.

— Puta.

— Pendejo.

Y así nos dijimos muchas veces. Entonces me acerqué a él que estaba sentado en el sillón y me bajé los calzones. Le agarré la mano y se la puse en mi vagina. Se me quedó viendo bien sacadísimo de onda.

— ¿Qué?... Mira, comprueba que ya no me excitas...

Pero nomás se lo dije y yo ya estaba bien mojada. Él se paró y se acomodó para meterme los dedos.

— ¿Entonces ya no?

— No

Y se desabrochó el pantalón mientras me masturbaba y me la metió. Yo me dejé tantito, pero luego me quité, y él insistió y otra vez me quité y así estuvimos un rato, hasta que se hartó y me tiró al suelo y me puso en cuatro y me jaló los cabellos y se puso a cogerme. Yo nada más apretaba los labios entre que no quería y sentía placer y entre que mi objetivo era que se viniera dentro de mí y lo logré, pensé que claro que no me iba a conformar e iba a buscar todas las formas para que pudiera ser madre y le iba a tapar la boca a él y a su dios.

Así que si él se daba cuenta o no de que yo más que cariño le estaba tomando coraje, no supe, pero yo, personalmente, me sentía mal de ser así. Porque engendrar odio es fácil, lo difícil es poder superar eso y yo sabía que entre una cosa u otra, entre mi mamá y mi hermano yo ya traía mucho dolor, entonces lo que menos quería era vivir con odio en mi propia casa, por eso cuando empezaron a llegarme pedidos a las casas de las ricachonas, me ponía contenta, no sólo por el dinero, sino porque me daba chance de salirme de la casa los sábados y no pelear con Rafael, que por lo general llegaba borracho

en la madrugada y me imaginaba que oliendo a la Silvia, así que pasear me aliviaba.

Tampoco es que fueran paseos-paseos, porque ahí iba yo con mis bolsotas llenas de paletas y había que tener cuidado de que no se aplastaran y la mercancía llegara bien, así que el trayecto en metro iba más bien pendiente, sin pensar, y luego ya en el taxi, ahí sí que me relajaba, me ponía a ver las casas bonitas y los jardines y era una sensación de paz estar como en otro mundo.

Una vez fui a entregar un pedido al Desierto de los Leones, era una casota rodeada de bosque, ahí se llegaba sí o sí en taxi, y el taxi no sabía dónde estacionarse porque había camionetones por todos lados. Es que no se puede, oiga, me decía el taxista. Y yo, ay no, es que acérqueme lo más que se pueda que las bolsas no las puedo dejar en el suelo, ¿qué no ve que es comida? Y ahí los dos viendo dónde cabía su carrito destartalado para que yo me pudiera bajar con las paletas sin que le fuera a pegar a un carro.

Me dejaron entrar hasta la alberca, uf, pero qué casa, pensé. Yo me sentía miserable, con mi ropa vieja, mis zapatos casi rotos, de plástico; y todos ahí con sus ropitas frescas, sus copitas de vino, sus cabellos limpios, sus sonrisas blancas y derechas. Que si esperaba a la doña, me dijo una muchacha, que estaba en una llamada, que si le ayudaba a poner las paletas ahí, junto a la fuente de fresas con chocolate. Que para que las paletas adornaran la mesa. Ah, pues sí, le dije, ahí las paletas —mis paletas— se van a ver muy bien. Y me puse a acomodarlas pensando, bueno, que vean que yo las hago, que sepan que no vine nada más de mirona, sino que mis paletas —mis paletas— son las que van a poner contentos a sus hijos. Sus hijos.

Me quedé viendo a los invitados, me llamó la atención una mujer con dos niños güeros, güeros, eran una niña y un bebé como de tres años. No entendía bien ella qué, ¿sería la criada? No lo parecía,

estaba bien vestida, relajada, al lado de un hombre alto, guapo, muy serio él. Pero me intrigó, especialmente porque la niña iba de vez en cuando a darle besos o abrazarla. Luego vi que las dos estaban al lado de la alberca cuidando al bebé. Tragué en seco, era el niño más bonito que había visto. Tenía unos cabellitos que parecían caireles, y unos ojotes que le llenaban toda la cara. Fue la primera vez que vi a Leonel. Ya después vino la dueña de la casa, me pagó y me dijo que gracias. Pues ya me fui, pero pasé al lado de los niños. De los dos niños, y noté que la mujer no me miró, como si yo no existiera, pero quizá era que también estaba embobada como yo al ver al niño. Desde ese día no pude quitarme su carita de la cabeza, de verdad que no.

¿Cómo le habrán hecho para hacer un hijo así? Era un niño güero pero con gracia, como con ángel, como estrella, bien bonito. Se me reactivaron las ganas de tener a mi hija pero yo ya no creía nada. Lo que pasa es que una vez llegó Rafael con el Neto y con el Bombolocha a la casa y dijeron que el tío de Luis les había dicho que se fueran para el otro lado. Les chasqueé la boca. El Neto me dijo que no entendía, que no estaba dimensionando bien las posibilidades. ¿Las posibilidades de qué? De tener dinero de verdad, que lo mismo que hacía él en las construcciones, lo mismo se podía hacer allá pero bien pagado. Diez veces mejor pagado, replicó Rafael. Estaban muy serios, así que saqué las bolsitas de plástico y les dije que me ayudaran a empacar mientras me contaban que el tío de Luis era primo de un pollero, que el pollero daba garantía, que era cien por ciento seguro pasar.

— ¿Qué tan difícil ha de ser? Si nomás es una barda, un río.

— Pues mucha gente se ha muerto allá.

— Pero son más los que pasan — dijo Rafael

— Es un volado, pero el que no apuesta no gana.

Estaban entusiasmados, más que por el dinero, pensé, por el hastío de vivir siempre lo mismo.

— ¿Te da frío que se vaya el Rafa? — me preguntó el Neto.

— Frío no, pos él sabrá — dije.

Le hicieron burla, que ellos se iban a ir y él se va a quedar como el chinito, nomás milando cómo ellos hacían su lana y él ahí en la casa, trasquilado. Rafael primero se reía pero luego ya en serio me dijo que si de verdad no me parecía buena idea. Le dije que hiciera lo que quisiera, que si él creía que era una buena oportunidad, pues que intentara pero que de cuánto era el viaje y exactamente qué garantías daba el pollero de que pasaran bien y seguros. Hablaron de cuarenta y cinco mil por persona. En caliente, nada de dos o tres pagos, todo al mismo tiempo, todo el mismo día: ese día pagas, ese día te cruza.

— ¿Pero de dónde van a sacar el dinero? Es un montonal — dije.

— Pues se consigue, la cosa es ir, un rato nada más, no es para quedarse allá toda la vida, es nomás juntar lana, venir a poner aquí un negocito. — contestó el Neto.

Yo entendía. Neto, por ejemplo, desde que había pasado lo que pasó con mi hermano, se había querido salir de la construcción, de hecho se salió pero tuvo que regresar porque no encontró otro trabajo.

— ¿Y si yo también me quiero ir? — pregunté.

— No, tú no, es peligroso — dijo luego luego Rafa.

— Ah, pero qué chingón, tú sí, pero yo no...

— No seas tonta, deja que Rafa se vaya a chingarle, que le chingue duro, juntan para tu camioneta para que repartas tus paletas, que te compre una buena estufa, que le invierta el culero, que no esté nomás de mantenido — dijo el Bombolocha con esos ojos de canica que sonreían solos.

— Hay que juntar dinero para los bebés que tengamos, que ya va siendo hora de sentar cabeza — dijo Rafael tomándome de la mano.

Entonces le pedí que me dijeran qué, cómo y cuándo. Empezamos a hacer planes. Pensábamos que era mejor antes de navidad para que no les diera la nostalgia de irse, luego porque así el sol del desierto no era tanto, que era más fácil temblar de frío que morir de sed. Los vi animados, yo también, creí que Rafael ahora sí hablaba en serio. Ya en la noche que se fueron los muchachos, le dije que si era para tener dinero para los bebés, que contara conmigo y nos pusimos a contar el dinero que yo tenía ahorrado: nomás faltaban quince mil pesos. Empezamos a soñar que se iría solo un año y luego ahora sí, hasta casarnos y tener a mi bebé. Me dormí contenta.

Pero el gusto me duró poco porque dos días después todos se hicieron de la vista gorda, pero yo sé que el Bombolocha o el Neto se robaron mi dinero. También llegué a pensar que Rafael los ayudó, pero dudé tantito cuando vi cómo se le puso la cara pálida cuando le dije y se salió a buscarlos. Nadie supo nada, pero el dinero no desaparece así como así.

Aún con el dinero perdido, Rafael ya andaba prendido con irse al otro lado, así que aunque se encabronó de que se perdió el dinero y

hasta me dijo que yo misma había dicho que había desaparecido para no prestárselo, se puso a pedir dinero a quien pudiera. Varios de sus hermanos lo apoyaron y en dos semanas juntó los cuarenta y cinco mil. Antes de que se fuera, su mamá vino a verme y me preguntó si yo no iba a hacer nada, le dije que no, que su hijo ya estaba demasiado grandecito para saber qué hacía y que el dinero nos iba a caer bien, incluso a ella, que ya sabía que Rafael siempre la procuraba. Me reclamó lo inconsciente y lo mantenida. Fue la primera vez que le alcé la voz, ¿mantenida?, pero si su hijo es el muerto de hambre, ¿qué no se ha dado cuenta que la que lleva la casa soy yo? Y se puso a alegarme que entonces, si mucho pinche dinero, por qué dejaba que su hijo se fuera. Me iba a pelear y ponerme al tú por tú pero pensé que de todos modos esa señora iba a ser la futura abuela de mi hija, así que nomás le dije que se calmara y que si algo tenía que decir que mejor se lo dijera a Rafael.

Así que se fueron los tres un martes a medianoche, que el tío de Luis los iba a esperar en Matamoros. Luego regresaron Rafael y el Bombolocha a los tres días. No nos dijeron por qué, nomás dijeron que no pudieron pasar.

— Pero, ¿Por qué Ernesto sí? — preguntábamos todos.

— Pues porque el pinche Ernesto es un cabrón — decían los dos.

— ¿Y ahora qué vamos a hacer si nos endeudamos para que se fueran?

— Pues ya pagaremos — decían.

— ¿Y los bebés? — pregunté casi llorando.

— ¿Cuáles bebés? — preguntó Rafael.

— ¡Los que dijiste que me ibas a hacer cuando regresaras con mucho dinero! — grité llorando.

— ¡No va a haber bebés, no te voy a embarazar, no va a haber ningún puto bebé en esta casa, si quieres bebés, vas y los haces tú! — me gritó y se salió.

La mamá de Rafael me dijo que quién sabe qué había pasado pero que qué bueno que Rafael estaba bien, que estaban pasando cosas feas en el norte. Que habían oído que se encontraron setenta y dos cuerpos de personas en un rancho, justo en Tamaulipas. Que todas iban para el otro lado. Que a lo mejor Rafael vio algo feo e hizo bien en regresar. No dije nada, pero sí, habían sido setenta y dos personas muertas, salió en las noticias y dijeron que nomás era una muestra, que seguro eran más. Setenta y dos personas que primero estuvieron desaparecidas y luego muertas, todas, amontonadas como basura. Nadie reclamó nada.

Por eso me alegré cuando el Neto me llamó una vez. Que andaba en Houston, que la pura vida, dijo y luego se rió. Dijo que allá todos eran unos culeros. Como aquí, le dije. Pero él decía que no, que allá más.

— Pero, ¿sí estás ahorrando tu dinero? — pregunté.

— Sí, sí estoy ahorrando y te voy a mandar para que te compres tu camionetota — me dijo.

— N'ombre, ¿por qué? Ni que fueras mi marido.

— Pero tu marido tampoco te da nada.

— Se me hace que te robaste mi lana y ya se te remordió la conciencia — le contesté burlona.

— Oh, no seas así, te voy a ayudar a comprar tu camionetota para que repartas tus dulces, ya verás — los dos nos reímos.

— Cuídate, Ernesto — le dije y colgamos. No supimos más de Ernesto. Queremos pensar que está allá muy feliz, muy contento. Pero quién sabe.

Tampoco las cosas mejoraron en casa: el hermano de Rafael se enfermó y no tenía seguro médico. Empezó a tratarse bien pero a los seis meses ya nadie tenía dinero para apoyar y ni cómo conseguir porque seguían endeudados con lo del viaje de Rafael. Después de mucho hablarlo, decidieron que se muriera cuando se tuviera que morir, en su casa.

Por mi parte, muchas veces le dije a Rafael que tenía que decirme qué había pasado en la frontera pero nunca me dijo nada. Lo que sí es que a veces en las noches se despertaba bien agitado, sudando, no se podía dormir, se notaba que tenía pesadillas.

— ¿No me vas a decir qué te pasó?

— Que no me pasó nada, nomás no pudimos pasar y ya.

— Mentira, mentira cochina....

Ya no era el mismo, ni yo. Nos veíamos poco, se la pasaba con su

mamá y su familia casi todo el tiempo. Se la pasaba pensativo, como en un valemadrismo que me desesperaba. Tampoco teníamos sexo. Una vez cuando me empezó a bajar le dije que me lo hiciera, como antes, pero él nomás se sonrío y me dio un beso en la frente. Yo también comencé a ponerme triste, a acordarme de mi embarazo, de todas esas cosas. Tenía que hacer algo para estar bien y mejor. Muchas veces pensaba en la niña de ojos azules y su hermanito, como que me dieron ganas de ser ella: ser niña, ser bonita, tener una mamá y un hermanito. Como que pensé a lo mejor sí había otras vidas, otras formas, otros novios, otros hombres que me quisieran embarazar, como el Neto, ¿Por qué nunca volteé a ver al Neto?

Ese día, el día, me asomé a la calle y vi que iba a llover pero yo sentía que me asfixiaba en la casa, agarré mi sombrilla roja y me salí a caminar. Tomé un camión, andaba yo como sonámbula, como si una fuerza me dijera justo a dónde ir, aunque no sabía. Entonces me bajé en un parque que vi de camino y me senté en una banca a ver a los niños jugar en las resbaladillas y los columpios, en los subibaja, en el pasamanos. Así estuve un rato.

Entonces vi que llegaba una señora con un niño y la reconocí. Era la madre de Leonel, la de la fiesta, la que tenía a los niños güeros, y sé que era su madre porque varias veces le dijo hijo al bebé. Estaban como a diez metros de mí. Me senté derechita, como para verlos bien, ¿será posible que sean ellos, y la niña? Escuché a Leonel reírse y me dieron ganas de llorar. Me acomodé el cabello y sentí como que un resorte me echó de la banca. Su mamá le hablaba de vez en cuando pero estaba más ocupada viendo su teléfono. Leonel se fue al arenero. Me acerqué más. Empezó a chispotear.

Luego Leonel se regresó hacia el subibaja y su mamá le decía que con cuidado o algo así. Me acerqué más. Casi que quería olerlo. Luego, abrí la sombrilla roja y no sé cómo, ni con qué fuerza, ni con

qué tipo de arrebato, pero cargué a Leonel y me fui rápido hacia la avenida, donde tomé el primer taxi que se me cruzó y me fui con el niño que empezó a llorar. Yo nada más volteaba hacia atrás pero el taxi siguió avanzando. Así empezó todo.

Tercera Parte

Podía ocurrir.

Tenía que ocurrir.

Ocurrió antes. Después.

Más cerca. Más lejos.

Ocurrió; no a ti.

Wisława Szymborska
Fragmento de “Si acaso”

¿Por qué lloramos cuando acabamos de nacer? Porque no debimos de haber venido a este mundo.

Ensañada en que mi cuerpo fuera el reflejo de mi estado de ánimo, esperé que las enfermedades emergieran pero era incapaz de verlo por mis propios ojos, aún hoy, evado los espejos, no me gusta mirar quién soy. Aunque en ese tiempo supe que no era yo la que habitaba este cuerpo, sino que era un contenedor, una especie de patio vacío al que le llegaban los ruidos citadinos a lo lejos. La casa vacía jamás habitada y lúgubre aunque con estructura fija. El elefante blanco del mercado. Quizá por eso Daniel nació autista, para no interactuar conmigo; quizá por eso Vladimir me huía y se fue lejos como disculpándose de mi fútil personalidad. Quizá Fran nunca me amó pero las circunstancias le impusieron la continuidad, y quizá por eso Nagore un día vino al cuarto y nos comunicó que regresaría a España. Su cuerpo sí que había cambiado y contenía a una mujer que siempre se mantuvo pertinentemente viva.

Nos dieron hojas de papel con la fotografía de Daniel, con sus datos y sus rasgos físicos descritos para que los pusiéramos en las paredes de la ciudad. Nos dijeron que pondrían algunos en estaciones del metro y que incluso se coordinarían con otros estados. Nunca lo hicieron. También nos proporcionaron un pase para ir con el psicólogo y nos dieron el número de teléfono al que se podía llamar por si teníamos dudas, Fran llamó un par de veces, nunca funcionó.

¿Tenía autismo y lo dejó solo? Me inquirió la mujer que me atendía. Anotó eso en señas particulares para el reporte: *es autista*, para normalizar su desaparición y para conjugarlo con mi estupidez. ¿Qué estaba haciendo? Estábamos en el parque. Ajá, y entonces, ¿alguien se lo llevó? No, no lo sé. ¿No vio a nadie cerca? No, o sí, había

muchas personas. ¿Y no vio nada extraño? No ¿Y el niño, gritó? No, no gritó. ¿Está segura? No. ¿Qué hacía mientras tanto? Porque algo debió de hacer para no estar al lado de su hijo. Sí estaba al lado de mi hijo pero él jugaba... ¿Con quién? Solo, estaba solo. Ajá, mmm... ¿Usted lo cuidaba sola, lo quería? ¿Cómo que si lo quería? ¡Era mi hijo! Ajá, mmm... Espere allá.

Nos dieron indicaciones pero nunca nos dieron alguna esperanza de que íbamos a encontrarlo.

¿Y si regresó y yo me moví de lugar antes de que él pudiera encontrarme? No, no regresó porque nunca se ha ido. Vas al cuarto donde debe de estar y acaricias el colchón: *ahora vuelve*, pero no llega, entonces cierras los ojos y, no importa si son dos o treinta minutos, cuando los abres se lo adjudicas a una pesadilla, una pesadilla nada más. Pero no está, no está. Estar, el verbo que nos hace humanos. La pesadilla es perpetua.

Pegué algunas papeletas cerca de la casa y del parque donde Daniel desapareció. No faltaba el curioso que irrumpía en el duelo con el que me desprendía de la imagen de mi hijo. Miraban pero no miraban, nunca miran y cuando lo hacen es para reafirmarse que ellos están bien. La desgracia del otro es la oblicuidad de nuestro propio eje. Una vez escuché que una mujer ponía énfasis en la condición autista de Daniel. Pobrecito, ojalá esté muerto, dijo. Y yo apreté los labios y las manos porque sus palabras eran el eco de algo que yo no podía decir.

No importa lo que se diga al respecto: muerto es mejor que desaparecido. Los desaparecidos son fosas comunes que se nos abren por dentro y quienes las sufrimos lo único que ansiamos es poder enterrarles ya. Dejar de desmembrarnos tendón por tendón, hilo de sangre por hilos de hiel, porque incluso para cada gota es un calvario caer.

Yo no me daba cuenta pero poco a poco comencé a dejarme marcas en las manos, unas veces porque me mordía la piel entre el dedo índice y el anular, otras porque enterraba mis uñas en la palma. También solía rascarme el borde que cubre las uñas, por lo que muchas de las veces me percataba de ellas porque el jabón me lastimaba pero nunca sabía cuándo es que me lo había hecho. Eran heridas que se abrían y se cerraban por autonomía. Heridas que eran como si hubieras peleado con alguien, me decía Fran cuando las veía. ¿Cómo luchas tú por creer que Nagore es tu hija?, le decía por provocar algo, por alargar la conversación. Nagore es nuestra hija, replicaba. Voy a luchar porque ella y tú estén bien. ¿Y por Daniel?, le decía yo haciéndole notar su falta. Pero por Daniel no luchábamos. Se volvió innombrable, difuso, lejano. ¿Alguna vez existió?

Nagore nos dijo que quería irse a España a ver a su padre y a sus abuelos: A mis abuelos, quiero decir. Especialmente a mis abuelos. ¿A mis padres?, preguntó Fran. Sí, a mis abuelos, pero también a mis otros abuelos. Pero ésta es tu familia. Le dijo él. Sí, pero tengo más familia. Quiero

hablar con mi papá. Tu padre es Fran, Nagore, le repliqué respondiendo a la ofensa que acababa de hacer. Sí, pero tengo otro padre con el que quiero hablar. Puedes hablar conmigo cuando quieras, tu padre soy yo, reclamó Fran. Nagore nos miró retadora pero condescendiente. ¿Quiénes éramos nosotros sino unos padres incapaces de ser llamados padres?

¿Qué estaba haciendo cuando desapareció el niño?, me preguntó un hombre sudoroso de panza prominente. Ya le dije que estaba sentada en el parque con él. Descríbame la ropa que llevaba. Pantalón azul, camisa roja, zapatos azules, suéter azul. ¿Cabello corto? Sí. ¿A qué hora salió de su casa?, ¿vio a alguien sospechoso?, ¿algún dato que pueda ayudar?, ¿puede decir la hora que vio por última vez a su hijo?, ¿señas particulares? (La seña particular de Daniel era yo, una madre que no debió ser madre).

Tiene autismo, dije.

Traje al mundo a un niño incapacitado para comunicarse. Sí, su seña particular era yo.

Desde que se fue Daniel yo no dejé que salieran cosas de la casa. Como perra recién parida me arrinconé en un pedazo de la habitación con unas cobijas que apenas y soltaba porque aún tenían el aroma de mi hijo. Las olisqueaba casi todo el tiempo, mientras que al pie de la puerta, uno a uno, los objetos que dejaba para limpiar después fueron creando una muralla de ropa sucia o de ropa nueva que Fran me compraba para darme ánimo. También había trastes sucios que olvidaba lavar y cosas

inanimadas que juro nunca supe cómo es que fueron llegando. Mi cueva. La formación belicosa para quien quisiera iniciar el campo de batalla.

Dentro de la cama, la mayoría de las veces, alcanzaba a mirar el rostro débil y duro de Fran que, en su justa dimensión, con el paso del tiempo ya no sargenteaba mis días; ni a Nagore que, conforme se le ensanchaban las caderas y los senos le crecían, menos le importaba montar guardia a mis estados de ánimo y la pasaba lejos, aunque fuera mentalmente. Éramos tan desconocidas como las primeras veces que nos veíamos en la casa de Utrera. Coincidiendo sólo por accidente. Quizá fue su juventud o la pérdida de inocencia a tan corta edad, lo que haya sido, es que, delante de mi muro contencioso, podía ver a una mujer que se abrió camino de entre los escombros.

Aquí nunca se oyeron campanas. Las ciudades son así, anónimas. No me extrañaba que todos, entre el bullicio, desaparecieran tarde o temprano. No hay niños jugando solos por las calles, ni mujeres con canastas y verdura fresca. No hay vecindad, los autos se avientan a las personas, somos grises. Nadie protesta. No hay campanas que animen a las personas a rezar porque las ciudades son así, saturadas, indigestas, irrespirables; por eso sé que pudo ser Daniel, pero pudo también ser cualquiera porque aquí sólo los imbéciles esbozan una vida. Por eso es que creo que Daniel está mejor donde está y espero que sea un lugar de descanso donde las campanas sean sinónimo de paz, de silencio y de paz. Que tenga paz, que sea paz.

El hombre detrás del escritorio de metal gris y destartalado se sonó la nariz con un pañuelo desechable. Dejó el pañuelo en la mesa y yo sólo pensaba en que en la frente y en las axilas expiraba un sudor amargo que me costaba respirar. Tecleó algunas cosas, no era capaz de mirarme. Siguió tecleando, bebió un sorbo de café que tenía al lado, volteó a ver a sus compañeros que parecían raquíticos ante su gordura. Suspiró dejando salir de sí el vaho con un desagradable olor que no podía más que ser la pobreza alimenticia hablando. No había noticias, porque los niños, aunque sean autistas y tengan tres años, son traviesos, dijo, y luego la gente se los lleva a su casa, para que con calma vayan después a la policía. Negué con la cabeza. No se apure, va a aparecer. Luego imprimió una hoja con los datos de mi expediente, se levantó subiéndose el pantalón arrugado que no le subía más allá de la cadera y le quedaba a medias; después me invitó a irme. Tiene autismo y no sabe comer ni ir al baño solo... Le dije, buscando piedad. Va a aparecer, me contestó y me dirigió con su dedo hacia la salida.

Me quedé parada unos segundos, esperando que me dijera que ya había noticias, que todo era una broma, pero sólo escuché el tecleo constante de las demás máquinas que trabajaban al servicio de la burocracia.

Veía sin ver, incluso estuve a punto de subir a la tercera planta en donde un psicólogo me esperaba, pero no subí, por el contrario, salí directamente a la calle y regresé caminando a casa por si de casualidad veía la camisa roja que llevaba Daniel entre el tráfico y el cielo gris. Si hubiera subido al tercer piso, ¿qué hubiera pasado? Que mi dolor se hubiera vuelto real, que tendría que haberme enfrentado al hecho de nombrar lo que no existe. No hay palabra que defina a una madre sin un hijo que ya parió, porque no soy amátrida ya que Daniel sigue vivo y yo soy la madre, soy algo peor, algo innombrable, algo que no se ha conceptualizado, algo que sólo el silencio hace llevadero.

Mira, qué gracioso, ¡pero que gracioso está! Usted sabe mucho, usted sabe mucho, le decía la madre de Fran a Daniel en el aeropuerto que aguardaba nuestro regreso a México. Pero qué bonito y gracioso es, se parece a Fran. Es blanquito, se le va a poner la piel blanquita, ¿verdad?, y le besaba el cabello que apenas se asomaba en el cráneo de mi hijo. Vengan cuando quieran, me dijo, y yo, que desde días anteriores tenía miedo de regresar a mi realidad y temblaba un poco porque no sabía qué iba a hacer con dos niños, le dije que sí, que regresaríamos pronto. No regresamos más. Apenas estábamos por ir a la sala de espera para abordar el avión cuando el padre de Fran le dijo que nunca le iba a perdonar que lo dejara sin hija y sin nieta. Déjala, ¿qué no ves que no se quiere ir?, decía el padre que no era capaz de abrazarla mientras ella se aferraba a la pierna de su abuela. Fran negó todo con la cabeza, ni siquiera dio pie a seguir hablando del tema, cargó a Nagore en brazos y dio un beso al aire a la madre que se hacía pequeña y encorvada, pálida y seca. Después yo le pedí que me pasara a Daniel y lo soltó sin más: A mí me quitaron a mi hija y a mi nieta, a ti te han regalado a dos, cuídalos mucho. Y yo sonreí porque no tuve la fuerza de decirle que a mí nadie me había regalado nada, que no quería culpas, que no quería cargar con el regalo más escabroso que alguien me había dado. ¿Cómo no va a dar miedo ser madre? No los volvimos a ver aunque cuando Daniel desapareció insistieron en venir a México, Fran no quiso porque entre el lamento y la desesperación su padre le dijo que quien quita, quien roba, también suele ser robado.

Tú no me quieres aquí y yo no quiero estar aquí, dile a Fran que me deje ir. Miré a Nagore sin interés. Yo no influyo en las decisiones de Fran, contesté desinteresada y volví la mirada al televisor. Pero dile

que yo quiero ir con mis abuelos, que odio vivir en esta casa. Por eso deberías quedarte, Nagore, no sé qué imaginas que habrá allá, pero no hay nada para ti. Aquí tampoco, me dijo. Y asentí. Aquí tampoco, allá menos, te vas a ir a desilusionar, insistí. Yo no te quiero, yo no quiero estar aquí, odio este lugar. Ya somos dos, repliqué. Me dan asco, mira la casa, es un cochinero, apesta, no quiero estar aquí. Lo sé, le dije. ¿Por qué me quieren tener aquí? No quiero estar aquí, me das asco, tú me das asco, no te bañas, no te mueves, sólo comes y comes y dejas que la casa se vuelva un cochinero. Lo sé, volví a contestar. Pero ¿qué quieres allá, de verdad vas a buscar al asesino de tu mamá? Nagore me fulminó con la vista y se preparó para atacar: Tú mataste a Daniel y ni siquiera nos permitiste despedirnos de él, tú eres peor, tú nos dejaste sin él, sin que pudiéramos despedirnos, nos lo arrebataste, tú eres peor. Sentí que la punzada en el hígado se me reactivaba. (Respira, respira, respira, respira). Me quise levantar y quise pegarle, pero lo único que me salió fue decirle que era una niñita idiota. (¿Pero es que acaso ella cree que yo lo maté, que yo lo desaparecí a propósito?). No te vas a ir, te vas a quedar aquí. Nagore se sentó en la cama frente a mí, me miró altiva. Le chasqueé la boca, le dije que se quitara porque no me dejaba ver la televisión que tenía encendida. ¿Cómo no viste a tu hijo, eh? ¿Cómo no viste a dónde se fue? Me tanteó la pierna que yo tenía tapada con una cobija. Cállate, Nagore. Y seguí con la cara volteada para tratar de ver la televisión. Déjame ir, repitió y volvió a darme un leve golpe en la pierna, casi en la rodilla, por eso mi pierna se movió sola. Traté de ignorarla. Déjenme ir, insistió moviendo mi pierna de un lado a otro. Me zarandeó las dos, le respondí con una bofetada para dar por terminada la conversación, pero Nagore ya no era la niña que quería cepillarme el cabello, ni tenía los cabellos dorados, ni la picardía infantil en los ojos, era una jovencita de cuerpo mediano que me devolvió la bofetada. Me ardió la cara e iba a respon-

derle pero ella me detuvo las manos y la mirada. Déjenme ir. Quise zafarme pero no pude. ¿Me vas a matar como tu padre mató a tu madre, Nagore, eres igual de bestia que tu padre, nos quieres superar en pendejadas? Y Nagore se puso roja y bufó y volvió a darme una bofetada. Intenté levantarme pero no pude, ella aprovechó para echarse encima mía con jalones de cabello y yo empecé a reír, primero a reír, pero luego a llorar. ¡Sí, pégame, pégame bastarda, pégame! Y Nagore, entre bufadas, intentaba clavar sus uñas en mis brazos. Yo reía y decía ¡pégame, pégame!, y ella me clavaba sus uñas y su odio y yo me dejaba odiar. ¡Pégame, pégame!, le repetía, hasta que se alejó y pudo ver que yo estaba empapada en llanto y no podía parar y se quitó el cabello de la cara y también me quitó el mío y me limpió las lágrimas y yo seguía llorando entre risas mientras movía los brazos en el aire diciendo que regresara a terminar la golpiza que había iniciado pero Nagore me abrazó y puso mi cara entre su pecho y yo la abracé muy fuerte y seguí llorando y ella empezó a acariciarme el cabello y a darme besos en la cabeza y yo bajito le decía pégame, pégame, pégame... Pero Nagore sólo me abrazaba y me hacía shhh, shhh, como cuando ella dormía a Daniel y lo mecía y lo calmaba y lo dejaba dormido y yo seguí abrazándola y quise dormir porque yo no quería saber que ella había crecido y se estaba yendo.

Nagore se quedó a contenerme y me recostó como pudo y me acomodó en la almohada y cerró mis ojos y siguió acariciándome la cara con el sshhhh, shhh que tantas veces calmó y durmió a Daniel.

Antes de que regresáramos a México, la mamá de Fran se arrodilló ante mí y me suplicó que no nos fuéramos. Convence a Fran, convén-

celo, yo te ayudo a cuidar a los niños, no voy a estorbar, voy a ayudarte, convence a Fran de quedarse, pero yo decía que no, aunque quería decir que sí, y ella me decía que no la dejara sola en esa casa grande, blanca y hueca de Utrera, que no podría con tanta soledad y sin su hija y con todos los días sin su hija y sin su nieta, que no me fuera, que convenciera a Fran pero yo sólo negaba con la cabeza porque si decidí no quedarme no era porque no quisiera, sino porque tenía la esperanza de que yo podía hacerme cargo de mí misma y de mi familia. No sé por qué, ni bajo qué manda o perorata social me impuse ese deseo que, a decir verdad, no sentía. Pero también, lo sé, estaba el hecho de temer que su madre también fuera una carga para mí. Me daba miedo dejar de ser ligera cuando llevaba ya, entre mis brazos, la mayor carga de mi vida.

Nunca confiamos en que resolverían el caso de Daniel. Era una batalla perdida, no había preguntas que fuesen respondidas. El hoyo negro de las preguntas, la ausencia de respuestas, la ausencia de la gente que desaparecía y la ausencia de veredictos, sentencias o resoluciones: el pez que se muerde la cola. Varias veces Fran estuvo a punto de agarrarse a golpes con los burócratas que de vez en cuando nos permitían ver el expediente. Un expediente inexistente. ¿Por qué íbamos a ver si algo había avanzado? Porque de vez en cuando, para Fran, era mejor tocar una puerta a quedarse con las manos vacías.

Xavi fue sentenciado y nadie en su familia puso resistencia, todos aceptaron la condena. Si bien es cierto que se llegó a hablar de que merecían ver a Nagore, tampoco pelearon mucho. Se pusieron la medalla de condecoración a los dolientes. Se sumergieron en las sombras que, aunque no estorban, persisten. También eran fantasmas rondando. Quizá por eso es que Nagore quería encender la luz y verlos a los ojos, dejarlos morir, no sé, o quizá encontrarles esperanza, quitarles el peso de un hijo asesino. Nagore, viva, se hacía de una voz y de una historia, se negaba a pertenecer a un grupo de personas que preferimos las penumbras. Siempre le tuve respeto a Nagore.

Vladimir me dejó el número de teléfono del amigo de la familia que había trabajado en la Procuraduría General de la República. Éste, a su vez, nos dio el número de teléfono de la organización que ayudaba a las madres de desaparecidos. Eran muchas muchas madres con hijos desaparecidos.

Fui a la primera reunión en la ciudad, todas llevaban expedientes gordos, zapatos rotos, mochilas en la espalda porque varias no sabían dónde iban a dormir. Eran batallones femeninos, y ellas eran combativas. Se habían organizado, estaban recorriendo el país. Contaban el caso de aquella madre que encontró a su hijo después de ocho años de búsqueda, un hijo encarcelado en la frontera. Se esperanzaban, cargaban fotografías de sus hijos como quien carga escapularios y cruces en el cuello. Quería que me tragara la tierra. ¿Qué pasó con tu hijo?, preguntó una, y yo, que sentía que mi descuido en el parque era una estupidez y una negligencia frente a ellas que enarbolaban sus historias como las más tristes, dije que no quería hablar. Ya hablarás,

me dijo una, y yo asentí con la cabeza pero no hablé, incluso, cuando nos reunimos en un salón prestado de un edificio viejo en el centro de la ciudad, procuré sentarme hasta atrás para perderme entre las cabezas y las discusiones. Me fui apenas pude. ¿Qué iba a decir yo? ¿Perdí a mi hijo autista por pensar en un hombre? Qué insignificante me sentí. Por eso no volví.

Nos subimos al avión de regreso a México y los padres de Fran se volvieron unas pequeñas figuritas que dejamos de ver para luego despegar entre edificios y nubes. ¿Eso fui para Daniel, una pequeña figura insignificante por la que no eres capaz de voltear la cabeza y volver al menos para decir adiós?

Se hablaba de guerra pero nadie hablaba de nosotras las lloronas. Así me dijo Vladimir que éramos, lloronas, invisibles con un grito ensordecedor. Pero nadie hablaba de nosotras. Se hablaba de sangre, de asesinatos, de cifras, pero nadie hablaba de nosotras. Nuestros hijos desaparecían al doble, una vez físicamente, otra, con la indolencia de los demás. No volví a ir al Ministerio Público, no regresé a ninguna reunión, mucho menos a marchas, no quería incrustar la imagen de Daniel con el oportunismo del que narra todo desde una perspectiva partidista y lo nombran en discursos políticos, no quería que vivieran de mí. De una u otra forma quería mantener inmaculado a Daniel. Daniel no era como los otros que era posible que en el fondo se lo me-

recieran, era posible que todas las madres nos mereciéramos nuestra condena. Era posible que nos inventáramos el llanto para no hablar porque, ¿quién cuestiona al que llora? Nadie, se le puede olvidar, ignorar, silenciar, pero cuestionar nunca.

Daniel tenía los ojos más grandes y las pestañas más espesas que había visto nunca, pero su mirada era distinta, evasiva. Supe que no era como todos los niños, no sonreía demasiado ni le interesaba su entorno. A veces pensé que podía ser un genio porque mejor genio que idiota. Pero Nagore era la que insistía en que algo era distinto y no era favorecedor, le decía torpe, y aunque lo asumía con amor, era un poco torpe, sí, aunque Fran y yo tardamos en asimilarlo y por eso fue hasta que cumplió dos años y medio que lo llevamos al médico especialista. Dijeron que el autismo no era un impedimento, que sólo nos costaría más trabajo y tiempo. Y dinero, dijo Fran. Y dinero, repitió el médico. Yo me avergoncé. Aunque sabía que no era nada malo, *sino un poco más de trabajo,* tuve la certeza de que no supe engendrar un niño sano, normal, que pudiera llenar de deportes a Fran, de hacerlo que se ensuciara las manos y las rodillas por jugar con él. Me sentía avergonzada por los dos, porque no hizo falta que lo intuyera, Fran puso una barrera entre Daniel y él. Y yo, con el frío recorriendo mi espalda, confirmé que no me interesaba tener ningún hijo aunque tuviera dos. Nagore en cambio lo arropó y lo cuidó con más esmero y eficacia que antes, supo hablarle en su idioma y sonreírle y dejarse abrazar cuando Daniel lo requería.

¿Y Dios, te has encomendado a Dios?, me preguntó la familia. ¿Qué dios, de qué dios me hablan? Dios, esa broma absurda, absurda, absurda, absurda.

Hay tantas formas de desaparecer que, cuando se vuelve una acción, toma la forma de quienes lo viven: Daniel desaparecido, Fran desapareciendo, yo, desapareceré. Eventualmente éramos los que no estábamos, los que se esfuman, se esfumaron, se esfumarán. Desaparecidos: ocultos, marchados, escondidos, desvanecidos, evaporados, faltos, deshechos, desintegrados, ausentes, disipados, eclipsados, evadidos, sin ánimo de comparecer ante nuestra propia existencia. Hay tantas formas de desaparecer que, aunque presente, por ejemplo, Fran nunca estaba. Nos cuidaba, procuraba el refrigerador lleno, los servicios, pero no estaba. Nos asustaba pensar que un día, cualquiera, el sol, o la mañana, o el café o la comida nos pareciera bien. No podíamos ser felices sin Daniel. La casa lúgubre, escondida entre una fila vertical de objetos —que un día había comenzado a dejar sin reparo—, y otra más mohosa y sucia que se mantenía en el librero de la sala. En esa fila de cosas estaba el plato limpio de la última comida de Daniel, que descansaba entre la podredumbre, como la cruz de Cristo descansa en las paredes de las casas de los católicos. Daniel era un ser intrascendente en el presente, pero necesario para mantenernos inanimados, sin ganas de vivir.

¿Cuándo aceptaré que al desaparecer Daniel se me quitó el peso de cuidar a un niño con autismo? Quizá en el fondo dejé que se lo llevaran. Quizá sí pude levantarme y detener el tiempo, sólo que nunca quise.

Todos, motivados por el morbo, acudieron a casa cuando supieron de la desaparición de Daniel. Todos, uno a uno, ofrecieron su ayuda, todos, no hubo una persona que no conociera que no viniera a darme su condescendencia. No preguntaron, ni de forma velada, cómo fue mi error, aunque esperaban que yo lo dijera. ¿Has visto que los pájaros cuando vuelan alto se estrellan?, se me ocurría decir de vez en cuando, especialmente cuando había silencios interrogativos. Se lo aprendí a Nagore, y Nagore, que parecía entender que era nuestra evasiva, seguía preguntando, ¿lo sabes, sabes que en parvadas chocan contra los edificios y mueren? La gente se desconcertaba, hasta que confirmaban que, como todo deseo, al llegar a la cima, sólo puede ir en declive. Y las ganas de todos por ayudar sólo se fueron cuesta abajo, hasta que un día dejaron de llegar las llamadas de apoyo, las visitas de duelo. ¿Qué podían ver en una mujer que no se desbordaba en lágrimas frente a sus ojos? Nada, evidentemente era más entretenida la televisión que tenían en casa.

Me costó trabajo que Fran acudiera al instituto donde nos iban a enseñar a fortalecer las aptitudes de Daniel para que pudiera insertarse en la sociedad de manera adecuada: insertarse, como los dardos,

que aunque no pertenecen al tablero, llegan, rápidamente y de forma agresiva a rompen la normalidad. Insertarse, como la jeringa que combate la piel enferma. Insertarse, como la flecha que mata.

Los padres de Fran ofrecieron dinero para la rehabilitación. Daniel no está enfermo, les dijo su hijo. Vamos, pero que no es normal y la vida es un coñazo, le dijo el padre. La putada es que vosotros crean que tienen un nieto enfermo, les contestó. La putada es, Fran, que necesitándonos tanto, tú te empeñes en alejarnos. La putada, papá, es que nos invadas. Ya te salió lo hijo de puta independentista, cabrón, le asestaba cada que llamaba a casa.

Fran siempre fue Fran, excepto cuando se trataba de Daniel, porque entonces iba a las clases, las atendía, incluso tomaba nota, pero no era capaz de darle cariño a nuestro hijo, no habría que ser osado para saberlo, quizá por eso Nagore era la niña de sus ojos.

Mi mami Amara siempre creyó en la justicia. ¿Tú crees en la justicia, mamá?, me preguntó Nagore. Y sí, creo en la justicia, contesté. Mi mamá me contó que, en España, había un lugar llamado Casas Viejas, en Cádiz, cerca de la casa de los abuelos, ¿tú conociste Cádiz, mamá? Sí, la conocí. En Casas Viejas, unos campesinos lucharon porque nadie les mandara y se enfrentaron a aquellos que les querían mandar, y muchas veces se pelearon, porque creían en la libertad, y todos, con sus esposas y sus hijos peleaban, salían a las calles a pelear, pero los otros los mataron a todos y sólo quedamos nosotros, los que sabemos esta historia para seguir contándola y hacerles justicia, me dijo Nagore mientras me cepillaba el cabello. Ah, pues qué mal, Nagore, qué triste tu historia. ¿Y así vamos a hacer nosotras con Daniel, le vamos

a contar a todos que él era un niño bueno y que no desapareció por malo, sino más bien porque era muy bueno? ¿Esa va a ser nuestra justicia, mamá, esa es la justicia para Daniel?

Una vez nos llamaron para decirnos que habían encontrado el cuerpo de un niño que cumplía con las características de Daniel. Me temblaron las manos y los pies, sentí que eso no podía estar pasando, aunque sí, la idea de creer que ya estaba en algún lugar volvió a darme peso en los pasos que, si bien trepidantes, atosigados y casi acuosos en su andar, se sentían capaces de soportar el cuerpo trémulo, convulso y espasmódico que se dirigía a la certeza, a la certeza. Fran fue el que pasó a la morgue a identificar el cuerpo. Antes de que entrara, nos tomamos de las manos, fuerte, como cuando éramos dos enamorados, y nos sostuvimos, y nos importamos, volvimos a ser una pareja. Luego, los dedos se despidieron suaves, esperando volver a tocarse para llorar juntos, pero no lloramos porque no era Daniel, era un desasosiego ajeno. No era nuestro y, por lo tanto, seguimos con la impaciencia en los intestinos, con el deseo de salir corriendo el uno del otro.

No es Daniel, dijo Fran. ¿Y entonces quién es?... Un niño al que violaron y tenían encerrado para hacer videos pornográficos; asqueroso, respondió. (Respira, respira, respira...) ¿El autismo puede ser sexual, genera filias? Ojalá que no. Todavía hay esperanza, dijo una señora que estaba al lado, ¿Esperanza de qué?

¿Esperanza de qué?

Aunque nos explicaron que el autismo no necesariamente es una incapacidad sino una manera distinta de vivir el mundo, siempre sentí que éramos el hazmerreír de nuestros conocidos. Mucho tiempo estuve preocupada de que Daniel se comportara como autista y la gente a nuestro alrededor nos mirara con condescendencia. También me daba miedo ver a Daniel en su edad adulta, ¿qué iba a ser de él, cómo iba a sobrevivir en este mundo cuando nosotros no estuviéramos? Lo que nunca pensé fue que esta pregunta fuera la constante de mi vida sin él. ¿Cómo iba a sobrevivir, si es que acaso sobrevive? ¿Es que es verdad que existe, que Daniel existe todavía en algún lugar del mundo?

¿No te da miedo enfrentar a tu padre?, le pregunté a Nagore días antes de que se fuera. ¿Miedo por qué, de qué, de que me mate?, contestó. Respondí alzando los hombros. Él es quien debe de tenerme miedo, dijo. Nunca había conocido a una mujer tan valiente. Me dio por quererla.

¿Qué pasa con los expedientes de todas las personas desaparecidas? Con el tiempo se van al archivo. Quedan abiertos, pero hay tantas muertes y tantos casos acumulados que no contienen casos sino papeles, las historias se vuelven celulosa que luego se ha de reciclar, si hay suerte. He sabido, Fran lo sabe, que se han quemado cajas llenas de expedientes, que las oficinas cierran, que los investigadores preguntan a las madres y familiares un usted qué sabe, porque ahí nadie sabe nada. Nunca tuvimos esperanza, hay cosas que se saben de antemano,

no por Daniel, sino por ellos, no les importamos, a nadie le importan los demás, habría que decirlo de una vez y para siempre. Que lo sepamos todos y dejemos de jugar a que sí: no le importamos a nadie.

Me imagino un ataúd blanco, flores blancas y todos llorando. Me imagino a Daniel con Amara. No me merecía a Daniel porque quise matarlo aun en el vientre. No me merecía a Daniel porque permití que naciera.

La noche anterior a nuestro regreso a México, Fran me dijo que me amaba. Le conté de mi miedo pero él no entendía de temores y pesadillas, Fran siempre miraba para adelante. Ya se cayó la manzana, tomemos otra, decía. Fran me acarició la cara y me prometió que todo iba a estar bien y yo cerré los ojos pensando que tenía que tener razón. Luego llegamos a México y nos metimos a la puesta en escena en donde nos disfrazábamos de los padres perfectos: peina a Nagore aquí, dale de comer a Daniel allá. No desistas, aunque Nagore sea una huérfana que cuando se enojaba hablaba en catalán, no decaigas, aunque Daniel sea un autista al que no entendimos nunca. Fracasamos y con el telón hecho girones encima nuestro, nos dimos por vencidos, aunque demasiado tarde para mi gusto. Ojalá nunca nos hubiéramos conocido.

Nagore insistió que fuéramos a una fiesta de cumpleaños a la que fue invitada. Una albercada, nos dijo. Ni Fran ni yo queríamos ir, pero, ante la insistencia de la niña, acudimos. En las afueras de la ciudad, la compañera de Nagore celebraba su cumpleaños con bombo y platillo, una casa entre el bosque, rodeada de autos de lujo. Tanto Fran y yo pensamos que era curioso que esa niña fuera a la escuela de Nagore, las clases sociales no se rozan, pensé. Y en todo caso, si nosotros teníamos acceso a ese tipo de relaciones era por la nacionalidad de Fran y Nagore, no por el dinero. O eres rico o eres blanco, no hay matices. Así que mientras descubrimos una casa sin muebles aunque con una piscina abarrotada de globos y dulces, nos percatamos de que no era la madre, sino un muchacho de tez morena y cuerpo robusto quien se encargaba de la fiesta del patrón. Fran no pudo ocultar su incomodidad. Dejó que Nagore y Daniel jugaran un rato pero nos fuimos pronto, porque pensábamos con fe ciega que alejarnos de aquella casa y de la posible conexión con dinero negro nos mantendría a salvo, incluso insinuamos que Nagore no se juntara con esa niña. El tiempo se encargó de grabarnos en la expresión de la cara nuestra evasión: la maldad, la tristeza, el peligro, la desazón está en todos lados, bastaba que salieras al parque para que un día, el menos pensado, no volvieras a ver a tu hijo. Y después pudieras ver a la maldad personificada en ti.

Como la neblina que dejan los recuerdos, Vladimir se esfumó por completo de mi vida, es posible que me haya dado cuenta de que muchas veces tuve la sensación de que él me buscó de reiteradas maneras para darme consuelo; pero con el ojo del huracán no sabes mirar, el aturdimiento enmaraña y enrarece todo. Después de lo de Daniel no pude ver

más allá de mí y lo que alguna vez fue pasión tendió a ser un estorbo. Vladimir me estorbaba porque, ¿cómo sentir amor o excitación cuando la vida se diluye?, ¿cómo volver al punto exacto en el que la tangente aún suma?, ¿cómo engolosinarse con lo insaboro? Vladimir, como representación del amor era un ente lisiado que me parecía grotesco. Dejé de nombrarlo y de interesarme en él, y si yo hubiera sabido que me sería tan indiferente, ¿hubiera salido al parque aquella tarde? Anular esa posibilidad podría ser lo que quizá algún día me dé paz y quizá esa paz no venga con la muerte, porque, ¿cómo morir si Daniel te exige seguir viva por si alguna vez regresa? ¿Y quién regresa sino el que nunca se ha ido?

De aquella albercada a la que fuimos con Nagore surgieron dos cosas que nos cambiaron la vida: la primera, fue que dejamos de sentir pena por nuestra pena y vimos que Daniel no afeaba al mundo que de por sí ya era desagradable. Al contrario, iluminaba, especialmente a Nagore, que disfrutaba ir detrás de él para hacerlo reír. Ese era el sino de Nagore, hacer reír a mi hijo. Y el destino de Daniel, eclipsar a su hermana. Verlos convivir entre un montón de gente desconocida, con la soltura de quien disfruta, nos animó a festejarle su tercer cumpleaños a nuestro hijo. ¿Con bombo y platillo, mamá?, preguntó Nagore, con bombo y platillo, dije. Entonces Nagore, que sí había disfrutado aquella fiesta infantil, le pidió a su compañera de clase que le diera el teléfono de la muchacha que hacía paletas de chocolate. Y me lo dio, y pedimos cien paletas de chocolate para que en nuestra casa hubiera fiesta. Y la hubo, y apenas y fue un destello en toda nuestra larga y fútil vida: Daniel y Nagore, la fugacidad de un deseo que no supimos prolongar.

Siempre vas a ser mi mamá, me aseguró Nagore antes de irse. Casi nunca me nombraste mamá, manifesté mientras sonreía apretando los labios para no parecer contenta ni que aquella frase sonara a reproche. ¿Cómo te decía Daniel?, preguntó. No lo sé, nunca supo pronunciar mi nombre, dije mordiéndome la lengua para no rogarle que se quedara (Respira, respira, respira). Luego se fue, y Fran y yo nos vaciamos por completo: dos contenedores viejos que han sido deshabitados para siempre.

¿Dónde está Daniel ahora que lo nombro y él no me escucha, a dónde se fue y cuáles son sus pasos? ¿Qué fue de aquel niño que nació de mi vientre y qué fue de mí? ¿Dónde estás, Daniel, y cómo nos encuentro?

Fran, aunque joven, —¡qué jóvenes que somos en realidad!—, envejeció cuando Nagore dejó de vivir en casa: los mismos surcos en la cara que su madre, la misma barriga abultada del padre, las mismas entradas en el cabello castaño. A veces me pregunto si un día se quebrará, si entrará al cuarto, si tirará los muros de cosas amontonadas que tengo alrededor y llorará conmigo. ¿Lloraremos un día a nuestro hijo o guardaremos las lágrimas como síntoma de negación?

¿Y qué nos queda más allá que rehuir de la muerte? ¿Cómo pedirle permiso, —a quién— para ser inamovible, cómo es que Fran y yo nos atreveremos a llegar al descanso eterno si es que nuestro hijo no ha vuelto? ¿Cómo descansar siquiera? ¿Quién lo buscará si nosotros hemos perdido la batalla? ¿Quién lo enterrará? No quiero abdicar para ser la veladora eterna, ni quiero seguir resistiendo... Pido un día más de vida y a la vez imploro uno menos. Sólo quien sabe de desapariciones es que entiende lo desgarrador que puede ser esto.

Ya nos dirán, cuando vuelvan, lo que ha sido para ellos. Dijo una madre en aquella reunión de la que me salí. Ya nos dirán. Daniel, ¿Daniel habrá aprendido a hablar? ¿Daniel habrá de decirme algo?

¿Por qué les llaman desaparecidos y no se atreven a llamarles muertos? Porque los muertos somos los que los buscamos, ellos siempre, siempre seguirán vivos.

Cuando pronuncio la palabra Futuro,
la primera sílaba pertenece ya al pasado.

Cuando pronuncio la palabra Silencio,
lo destruyo.

Cuando pronuncio la palabra Nada,
creo algo que no cabe en ninguna no-existencia.

Wisława Szymborska
"Las tres palabras más extrañas"

Nunca confíes en tu propia madre. Era la frase que mi mamá nos repetía a mi hermano y a mí cada que podía. Pero, ¿si no se puede confiar en la madre, en quién se puede confiar? Y ella decía que en nadie, en nadie se puede confiar, ni aunque te estés muriendo no creas que alguien vendrá a ayudarte. Eso, por ejemplo, mi hermano lo supo, pero a mí me parecía muy feo pensar que en el mundo no se pudiera confiar; sin embargo, nunca le confíe a nadie nada. ¿Secretos? Tampoco es que tuviera tantos, pero no era de las que andaba contando cómo se sentía, cómo le iba la vida, ¿para qué? Luego se corre el riesgo de que lo que piensas o lo que te duele se use en tu contra.

Después de que llegó Leonel, todo fue duro, de buenas a primeras comencé a quedarme sola. Primero fue Rafael, luego mis primas y mis tías. No les cuadraba que el hijo de Rosario, la prima política de Michoacán, me hubiera dejado al niño después de que Rafael ya no viviera conmigo. ¿En qué te estarás metiendo? Me decían y yo les contestaba, ¿en qué te estás metiendo tú, acaso es que te pedí ayuda? Y decían que ni hablar, que traía puñal, pero que cuidadito, que podía cortarme sola. Pero yo les chasqueaba la boca, porque justo sola era que estaba; y aunque luego ya les hacía yo bromas o les decía que me contarán chismes, pues ya no fue lo mismo, primero porque algo no les hacía sentido, luego porque Leonel era difícil para convivir. Pues no vengas, les decía, si tanto te causa problemas ver a un niño tan bonito, no vengas. Y ya no fueron a la casa, y yo pensaba, tanta casa, tantos patios, dos patios y nadie los usa, ni yo.

Porque yo estaba sola y sentía que ya no podía hablar y como que se me fue haciendo rancio el humor. Ya era más callada con los repartidores que venían por mis pasteles y gelatinas, ya iba yo a dejar las paletas con desgano, ya no les preguntaba a las dueñas cómo estaban los hijos o los dolores porque si nunca me había importado, pues así, como estaban las cosas, menos. Entonces mis paseos con Leonel eran cortitos, primero, porque no se sabía comportar, segundo, porque me sentía insegura en la calle con él. Así que las únicas veces que salíamos era los domingos en la mañana, a misa. Yo no creía en dios, ni creía en mí, pero ver mucha gente me hacía sentir un poquito acompañada. Nos metíamos a la misa y nos sentábamos hasta atrás por si Leonel hacía de las suyas nos pudiéramos salir pronto. Me lo sentaba en las piernas, le daba a que chupara un juguete y nos quedábamos ahí, sin hacer más; porque la verdad es que yo no escuchaba, ¿qué iba a escuchar? Todos me sonaba hueco, ¿Por qué hablaría así Dios? De existir, Dios tendría que ser cercano, no hablar con parábo-

las regañonas, no hablar a través de un señor que se la pasa diciendo que todo lo hacemos mal, que le demos dinero. Pero yo me quedaba ahí y seguía las instrucciones de lo que el sacerdote decía, hasta movía la boca cuando tocaba cantar para que no creyeran que era yo una ignorante. La parte que más me gustaba era cuando se daban la paz, o como sea que se diga a esa parte en la que todos voltean a verse y se sonríen, porque ahí aprovechaba y le daba la mano a todos los que pudiera, porque me sonreían, porque le hablaban a Leonel y decían que qué bonito niño y luego ya todos nos íbamos tranquilos, ellos con sus vidas, yo con la mía.

Saliendo de la misa casi siempre nos comíamos un tamal entre los dos. Leonel podía ser remilgoso, pero los tamales sí que se los comía a gusto. También le gustaba el atole, le compraba dos vasos, lo que sobraba se lo guardaba para congelarlo y luego dárselo como paleta, mi mamá siempre decía que el atole tenía muchas vitaminas o proteínas, que era bueno, y yo creo que sí porque Leonel estaba sano, medio atarantado, pero sano.

Una de esas veces que fuimos a misa vi pasar a la mamá de Rafael con la bolsa del mandado y unos topers, yo creo que les llevaba el desayuno a todos porque eso acostumbraba ella, que entre semana muchos frijoles, mucho arroz, mucha tortilla con salsas, pero los domingos le gustaba comprar consomé, barbacoa, chicharrón con su aguacate y a comer todos; yo muchas veces fui porque la barbacoa que compraba era de Hidalgo, y esa me gustaba mucho. Así que no sé, la vi y sentí que como yo había ido muchas veces a desayunar, pues era parte de eso de una u otra forma, así que se me hizo fácil alzar la mano y saludarla, hasta me iba a cruzar la banqueta para hablarle pero lo que ella hizo fue que avanzó más rápido y se hizo la que no me vio. Se fue de frente, me dejó con la mano en el aire. Le menté la madre, no los necesitaba, nunca los necesité, siempre fue una familia culera.

Pero es feo saber que una no cabe en ningún lado. Es la verdad, no cabía en ningún lado, por eso aquella vez que iba yo con la sombrilla roja, si me bajé en ese parque fue porque estaba muy bonito, muy cuidado; estaba limpio y me podía sentar en las bancas. Eso no pasaba en donde yo vivía, que, aunque se hacía el esfuerzo de que los niños tuvieran su parque, más se tardaban en acondicionar algún lote baldío que en lo que los grupitos de muchachos se ponían a grafitearlo o a ponerse a tomar ahí y luego dejaban las botellas rotas y oliendo a miados. Eso por un lado, por el otro, es que en cuanto tú crecías, ya no querías andar por la calle porque los vecinos empezaban a chiflarte o te decían de cosas. A mí, por ejemplo, Rafael y el Neto nunca me dijeron nada, pero se les notaba que me miraban las nalgas, porque chichis nunca tuve. Pero los demás, los demás eran unos pinches pelados. Una no podía andar bien vestida porque ahí estaban de puñeteros, o una no podía salir así, sin bañarse, porque también te decían que si ellos te bañaban o cosas así. Yo al principio me quedaba callada, pero luego me hartaba y les enseñaba el dedo y les mentaba la madre, pero ellos más se reían y más me gritaban de cosas. Entonces pues mejor ya ni pasar por ahí. Por eso, ese día que ya estaba muy harta de todo, de Rafael evadiendo a todos, de mi vida tan miserable, de todo pues, se me hizo fácil bajarme en ese parque y sentarme a pensar, necesitaba buenas noticias. Por eso es que me pareció que era demasiada coincidencia que justo ese día, justo cuando yo me sentía así, estuviera ahí Leonel con su madre. Si Dios existía, quise creer que sí, me estaba dando una señal, tenía que ser una señal, tenía que ser así.

Y lo pienso mucho porque cuando mi mamá me fue a buscar fue lo primero que pensé en decirle: Si Dios existe, eso era una señal. Pero mi mamá no apareció por señales, si no porque alguien le dijo que Rafael me había dejado, no apareció tampoco por Leonel, de

Leonel se enteró ya en mi casa. Al principio no le quise abrir la puerta, la quería atender desde la ventana, porque yo no sabía cómo iba a reaccionar.

— ¿Qué quieres?

— Ábreme — me gritó.

— No, dime qué quieres.

— Pues verte, ¿cómo qué quiero? Ábreme.

Leonel empezó a jalarme la blusa y yo volteé a decirle que se estuviera, entonces mi mamá se asomó a la ventana y vio al niño. Pues ya le abrí. Pasó y se sentó en la mesa. Leonel nada más la vio dentro de la casa y se echó a correr al cuarto. Ni quise moverle y lo dejé ahí. Yo creo que mi mamá me iba a pedir explicaciones de todo así que me le adelanté, le dije que si iba por lo de Rafael, que ni se preocupara, que estaba mejor sin él.

— ¿Por qué no me dijiste, por qué me tengo que enterar por otras personas?

— No sabía que tenía que avisarte...

— Soy tu madre....

Pero me lo dijo como si yo no lo supiera, nomás me reí. Luego me contó que ya sabía que Rafael andaba con la cuñada de mi prima y que se andaban diciendo cosas feas de mí y que ya entendía a qué se

referían, y en eso señaló a Leonel con los ojos. Me encabroné tantito pero no dije nada. Yo le insistí en que todo estaba bien, que yo seguía con mi trabajo, que yo podía mantener como siempre la casa, que todo lo demás era asunto mío. Me chasqueó la boca y se paró al refri, de donde sacó una naranja y la partió. Le habló a Leonel para que fuera por una mitad, Leonel la tomó y la empezó a chupar sentado en el sillón. Luego mi mamá me empezó a hablar de ella, que también estaba sola, que le dolían las piernas, que ya el doctor le había dicho que tenía osteoporosis. Que sentía que, con tanta enfermedad que estaba padeciendo, no se valía que yo quisiera que las cosas se pusieran peor. Le dije que no se podían poner peor. Me dijo que sí, que siempre se podían poner peor.

Como yo ya sabía que eso no iba a ningún lado, le dije que tenía que hacer mis paletas y mis pasteles. Para mi sorpresa se ofreció a ayudarme y hasta se quedó a dormir. Yo sentí bonito, era la primera vez que me ayudaba, la primera vez en mucho tiempo que hacíamos algo juntas. Hasta Leonel se portó bien, se quedó dormido pronto y al lado de nosotras. Por un momento me sentí como en familia. Y ya entrada la noche, ya sintiéndome a gusto con ella ahí, hasta le conté de cuando me encontré a Rafael en la calle, de que cuando lo vi de lejos, alcé la cara para que me viera de frente, cosa contraria a lo que él hizo porque él bajó la mirada.

— Quihubo... — le dije, pero se quedó callado. — ¿Cuándo vas a pasar por todas tus cosas?

— Ah, pues si quieres el fin, orita traigo prisa.

— Sí, nomás que me avisas para estar y que de paso me traigas tu juego de llaves.

— Sí te voy a pagar tu dinero — me dijo rascándose la cabeza.

— Ah, no, ni te preocupes, yo te lo di porque quise.

— Pero te lo voy a pagar...

— Ora, pues me avisas si vas el sábado, para estar y que te lleves todo...

Y luego seguí mi camino. Cuando me acuerdo de ese día, pienso que así debimos de habernos ido antes, sin tanto desmadre, no éramos para tanto. Nos pudimos haber ahorrado un chingo de cosas.

Y aunque mi mamá no dijo nada, como que sentí que me daba la razón. Y yo con que estuviera ahí, ayudándome sin pelear, me daba por bien servida. Luego, nos fuimos a dormir como pudimos porque yo tenía que entregar las cosas a las ocho de la mañana. Y me levanté, y me sentí contenta de estar acompañada y miré que eran las seis y fui a encender el gas para bañarme. Luego, dejé a Leonel en la cama y le di un beso.

Abrí la regadera y empecé a desvestirme. Después, escuché ruido en la sala y luego luego pensé en que mi mamá había aprovechado para ir a husmear a Leonel. Pero no hice caso. Entonces, ya cuando yo estaba mediando el agua para que saliera calientita y que metí medio cuerpo, fue cuando escuché que se azotaba la puerta de la casa. Me dolió el estómago. Como el agua apenas estaba empezando a caerme en el cabello, se me quedó una parte mojada y la otra no. Me puse la toalla en chinga y abrí la puerta del baño y vi la luz de mi cuarto prendida, luego la cama: no estaba Leonel. Mi mamá se llevó a Leonel. Creo que ahí fue cuando me volví loca.

Hubo otra vez que pude volverme loca, o que sentí que era mejor volverse loca a pensar las cosas con claridad. Por ejemplo, de chiquita,

cuando yo preguntaba quién era mi papá, nadie me decía nada, luego, ya más grandecita, como de diez años, empecé a escuchar el rumor de que era mi tío. Y mi hermano una vez me lo confirmó: es mi tío.

— ¿Pero, cómo mi tío?

— Pos así, que una vez mi tío se cogió a mi mamá y de ahí saliste tú — me dijo y siguió viendo la tele.

— Pero, ¿cómo, mi tío, cuál tío?

— Pos, ¿cuántos tienes?

— Pero, ¿y entonces quién es tu papá?

— Pues quién sabe...

— ¿Mi tío?

— No, no, mi tío nomás es tu papá. Yo como que nunca tuve papá de a deveras.

— Pero eso no se puede...

— Pos sí se puede y ya no estés chingando

— Pues mejor huérfanos — le dije.

— Pos huérfanos, mija, como quieras... — Y le cambió a la tele como si cualquier cosa.

Debí de ser huérfana, pensé, porque nadie debería de tener padres tan culeros. Pero no me volví loca, loca, porque a veces la verdad se te queda incrustada nomás, y ahí la tienes aunque no sirva para nada. O como cuando Rafael fue a la casa por sus cosas con el Bombolocha. También ahí pude volverme loca y, quizá por eso, el Bombolocha no me miraba a la cara. Ni me saludó. Ah, qué culero, pensé, pero no le dije nada. Nomás le dije a Rafael que se apurara porque iba a salir. No era cierto, pero sí sentía feo que se fuera, como si fuéramos unos desconocidos. Incluso ese día, me acuerdo bien, Leonel al verlo se le echó a los brazos. Rafael sonrió nervioso y le acarició la cabeza, como a un perro. Luego le dio un juguete que estaba en el suelo y lo dejó ahí entretenido. Vi cómo en unas bolsas de basura metió su ropa y luego, entre él y el Bombolocha cargaron un mueble de computadora. Ya estando en el patio delantero, Rafael me dijo adiós con la mano. Le sonreí mientras cerraba la puerta, aunque por dentro quisiera llorar, pero sabía que no se lo merecía el cabrón y nomás respiré profundo.

En todas esas veces que pude volverme loca estaba pensando cuando me ponía una sudadera vieja y un pantalón para salir a buscar a mi mamá. Todavía no amanecía bien, estaba oscuro y no había nadie en la calle. No supe si correr para un lado o para el otro. Ya en la avenida vi que no tenía caso correr a lo pendejo. No entendía cómo había podido pasar eso tan rápido sin que yo lo viera venir, sin que pudiera defender a Leonel, sin que pudiera agarrarlo antes de que se lo llevara. Se me nubló la vista, regresé a la casa y le marqué a Rafael.

— Es que mi mamá se llevó a Leonel —le dije chillando.

— ¿A dónde?

— ¡Pues no sé, no sé!

— Pues ya déjalo así —me dijo con su voz ronca, de cuando te acabas de despertar.

— ¿Cómo lo voy a dejar así? ¡Pendejo!

— Pues como quieras...

— ¡Chinga tu madre, pendejo, pendejo, pendejo...! — y azoté el teléfono en el suelo.

¿Cómo iba a dejarlo así? Me amarré el cabello que me seguía escurriendo y me fui a buscar a mi mamá a su casa pero tampoco ahí estaba. Nunca estaba cuando se le necesitaba, nunca respondía o actuaba como una esperaba que fuera a actuar. Como cuando me pegó y yo tenía ocho años y acusé a mi hermano de que había roto una taza cuando estábamos lavando los trastes. Mi mamá estaba en la sala pintándose las uñas. Cuando le dije lo que había hecho mi hermano, y me preguntó que qué quería hacer al respecto me la reviró:

— Pues castígalo...

— Bueno...

— Pero castígalo ahorita... — le dije.

Entonces mi mamá se levantó y me dio un chanclazo en el brazo. Empecé a llorar.

— ¡No ande de pinche chismosa, no ande acusando a la gente, muchacha cabrona...!

Pero mientras yo iba hacia la parada del micro para ir a buscarla a su casa, a ver si ahí estaba con Leonel, pensaba, ¿cómo no ande yo de chismosa? Y quería ir a la policía y acusarla de lo que había hecho, pero sabía que eso no podía ser.

El problema es que yo no me calmaba, mientras más pasaba el tiempo, más rápido respiraba, más se me revolvía el estómago. Supongo que la adrenalina me tenía con los sentidos muy alerta y a la vez muy acelerada, porque yo andaba y no veía a las personas, o las cosas, nada más estaba enfocada en mi objetivo que era subirme al micro, llegar y encontrar. Incluso, a mí que nunca me había gustado ir a la casa de mi abuela, porque ahí vivía mi tío, fui sin reparo, como si nunca me hubieran dado ganas de vomitar cada que sabía que el hermano de mi mamá se podía aparecer, nada, yo me sentía fuerte, capaz de todo con tal de encontrar a mi hijo. Le toqué la puerta y salió la señora, ya vieja, casi sin poder andar y me dijo que no estaba.

— ¿De veras no está?

— No, no está — dijo y se quedó en la puerta para no dejarme pasar.

— Entonces déjeme revisar su casa a ver si es cierto...

— Que no está aquí — insistió.

— ¿Y mi tío?

— Tampoco...

— Entonces déjeme pasar...

— No, aquí no hay nadie.

La miré con odio. Siempre la odié. No debió de haberse embarazado de mi madre, ni de su hijo. No debió de haber dejado que mi mamá tuviera a su bebés, especialmente a mí. Le iba a insistir que me dejara pasar, pero a lo mejor en el fondo no quería encontrar a mi mamá. Y ya me empecé a alejar.

—Si sé que aquí estaba y usted me la negó, voy a venir a partirle su madre a usted y a su pinche hijo de mierda, el puto cabrón.

— Las hijas siempre pagan mal, siempre se lo dije a tu mamá.

— ¿Y eso qué?

—Una sacrifica su vida por los hijos y siempre pagan mal...

— Eso nomás le pasa a las mamás culeras como usted — Le dije mientras le daba la espalda y me iba de su casa. Luego, regresé otra vez a casa de mi mamá y me quedé esperando en su puerta pero me dio la noche y no llegó. No quería, pero era inevitable no pensar en la mamá de Leonel. Así me regresé a mi casa, pensando en la mamá de Leonel. Tenía un dolor insoportable que no se puede explicar con palabras y que no se me quitó ni cuando me eché a la cama a llorar y le pedía a mi hermano que me llevara con él y morir emparedada, pero lo que pasa es que nadie empareda a los inútiles.

Tampoco dormí mucho, nomás a ratitos, que amaneciera se me hizo eterno. Fui a misa, como para tener claridad. Se me escurrían las lágrimas mientras quién sabe qué decía el padre. Me acordaba de Leonel: aquí en esta banca estuvimos juntitos los dos hace poquito,

pensaba. Y seguía llore y llore. Ahí, en la iglesia, era el único lugar en donde Leonel, al oír la música del organillo, se ponía contento: lo cargaba entre mis brazos y me abrazaba y me decía "ore, ore", y aplaudía y me daba besos en la cara. Éramos felices. Por eso creo que de existir Dios, habría sabido que estábamos bien y que no debió de habernos separado, al contrario, debió de haberlo metido en mi panza y yo lo pude haber cuidado desde que era un fetito y a lo mejor, chance y hasta nacía sin autismo. Pero Dios no existe por mucho que el organillero toque muy bonito.

Yo mientras andaba me tapaba la boca y pensaba, ¿pero qué carajos, por qué mi mamá se llevó a Leonel, qué necesidad, qué estaba buscando hacer? Eso de llevarse a mi hijo me confirmó que mi mamá no me quería, ya tenía yo sospechas, pero eso me lo había demostrado. Y seguía yo llorando. Y mientras lloraba me acordaba de cuando mi mamá me quiso ahogar. Ella dice que no pero yo sé que sí, si no estoy pendeja. Me acuerdo clarito que puso el agua caliente en la tina y me dijo que me metiera, luego hizo como que jugábamos y en una de esas me resbalé y me caí dentro del agua y ella puso su mano en mi cabeza para que yo no pudiera salir. Yo pataleé y movía mis manos con desesperación, pero ella no dejaba que yo sacara mi cabeza, hasta que por fin la quitó. Yo abrí la boca y tomé aire y me dolió la nariz y ya cuando sentí que estaba a salvo, grité y empecé a llorar, pero ella en vez de decir algo, se puso a reír. ¿Ya vas a llorar? Ni aguantas nada, me dijo. Yo no supe cómo reclamarle, dejé que me enjabonara pero ya con las manos bien puestas en la tina previniéndome por si lo volvía a hacer. Y así estaba yo mientras no supe de ella. Como agarrada muy fuerte de mí misma para que cuando ella diera señales de vida yo no fuera a moverme mal y darle ventaja.

Lo que no me esperaba yo era que la familia de Rafael fuese la que me llamara. Que fuera a la casa, me dijeron. Y fui y ahí estaba mi

mamá, pero también estaban todos: los hermanos de Rafael, mi tía y mi prima con sus dos hijas y el hermano que ya era un cadáver andante y que hacía como que veía la tele pero en realidad me estaba viendo a mí.

Mi mamá y la mamá de Rafael estaban sentadas en la mesa, me dijeron que me sentara. Yo nomás los veía a todos y buscaba a Leonel, pero no lo vi así que me senté. Me dijeron que estaban preocupados por mí. Yo me reí. Que sí, que estaban preocupados y que habían pensado que lo mejor que podía hacer era que me fuera. ¿Irme a dónde? Pues a donde fuera, que estaba la familia de Rafael en Michoacán, la familia de mi mamá en Guanajuato. Les dije que no. Para eso, el sobrino de Rafael me puso en la mesa una hoja en la que venía la foto de Leonel. Su familia lo estaba buscando. Agarré la hoja y después de ver su foto la arrugué con la mano. Respiré profundo y tragué saliva.

—Pero si yo ya ni sé dónde está... Si alguien está en problemas son ustedes que lo tienen secuestrado...

La mamá de Rafael puso unos billetes en la mesa y me dijo que el sobrino me podía acompañar por mi ropa, que me llevaba a la central, que sin problema. Les dije que no. Fue en ese momento en que mi mamá se paró frente a mí y me cacheteó. Entonces ya me levanté y me fui hacia la puerta, les dije que los iba a acusar con la policía y azoté la vieja puerta de madera y me fui. Nomás alcancé a escuchar cómo mi mamá empezó a llorar con quejidos y todo. Me fui caminando con la frente en alto, creyendo que había ganado la primera batalla y que cuando me vieran así de firme me iban a decir dónde estaba Leonel. ¿Por qué no me lo iban a regresar si ya me habían demostrado que tenían miedo? Yo nada más necesitaba tiempo para pensar cómo saber dónde lo tenían y recuperarlo.

Pero las cosas no mejoraron porque cuando mi mamá se llevó a Leonel de la casa se me olvidó el pedido de pasteles y paletas. Se me echaron a perder y tampoco quisieron seguir comprándome en esa pastelería. Sí me enojé pero ni les hice pancho, yo nada más les dije que sí que una disculpa, pero ni les estaba poniendo atención. Tampoco quise ir a las otras tiendas porque no quería que me preguntaran por Rafael o por Leonel. ¿Qué les iba a decir? El dolor es impronunciable.

Yo lo que quería era pensar qué se podía hacer para recuperar al niño. Pero las cosas se empezaron a complicar porque no podía estar tranquila: nada más escuchaba el ruido de una ambulancia o incluso de una patrulla y sentía que ya venían por mí. Me encerré en la casa, bajé las cortinas, cerré el tanque de gas para que no vieran que alguien consumía. Tenía las cerraduras de las llaves puestas. Y si había algún ruido, me iba a meter casi debajo de la cama hasta que ya no se oía. Luego empecé a tenerle odio a Leonel. Sentía que me había traicionado. ¿Por qué andaba su foto en hojas haciéndose pasar por desaparecido? No estaba desaparecido, yo lo estaba cuidando, yo lo estaba haciendo mi hijo. Un desaparecido es una persona que no existe más y él sí existía. ¿Por qué me hacía eso?

Lo peor es que pasaron las horas y tampoco recibía llamadas de la familia de Rafael ni de mi mamá, cada segundo que pasaba me parecía eterno. ¿Y si fueron a la policía y Leonel ya estaba con su familia güera y yo ahí en mi casa nomás como carne de cañón para cuando llegara la policía por mí? Estaba desesperada porque conforme menos noticias tenía de mi mamá, más ideas se me pasaban por la cabeza.

Y no era en vano pensar así, porque me acordé de cuando mi hermano trajo un perro a la casa. Mi mamá le dijo que no quería perros ahí, que se fuera al carajo con su pinche animal. Mi hermano no le hizo caso y lo dejó en la casa, lo amarró en la zotehuela, le dejó comida y se fue a trabajar. Yo nomás vi cómo mi mamá lo miraba

cuando lavaba los trastes. El perro ladraba y chillaba. Mi mamá le echó agua para que se callara pero el perro siguió chillando. Yo sentí feo porque el perro, qué culpa. Luego pasaron dos o tres días más y mi mamá, aunque ya no le decía nada a mi hermano, era bien culera con el perro, porque ya fuera que le tiraba la comida o le ponía caca en el plato, no lo dejaba en paz. Yo le dije a mi hermano y mi hermano le reclamó, pero mi mamá le dijo que si no se llevaba al perro se atuviera a las consecuencias. Mi hermano no le hizo caso. ¿Qué consecuencias? Pues lo envenenó. Ella niega y jura y perjura que no, pero mi hermano y yo supimos que sí. Mi hermano lloró mucho por eso, pero mi mamá siempre le dijo que ese perro se murió por su bien. Mi hermano ya no le reclamó y nunca más volvimos a tener perros en la casa.

Así que nomás me acordé de eso y volví a ir a casa de mi mamá. Quería a mi hijo y ella se lo había llevado. Iba a haber consecuencias, pensé. Cuando llegué a su casa y la vi lavando el patio, tragué en seco, lo primero que pensé fue que estaba lavando evidencia, aunque no sabía bien como de qué. Entré y cerré el zaguán. Ella me vio y se puso pálida. Luego fue a bajarle a la radio, se quitó el cabello de la cara y se quedó esperando que le dijera algo.

—¿Dónde está Leonel? — Le pregunté casi que con voz amenazante.

— ¿Quién?

— Leonel, no te hagas.

— ¿Quién es Leonel? ¿De qué hablas?

Volvió a mover la escoba de un lado para otro. La espuma del jabón casi la hizo resbalarse.

— Dime dónde está Leonel...

Me ignoró, entonces me fui contra ella: las dos nos resbalamos y nos caímos. Yo me desmoroné justo en su pecho. Quería mordérselo pero me aventó y caí de nalgas. Se levantó como pudo. Me corrió de su casa.

— ¡A la chingada, órale, muchacha cabrona, pendeja, a la chingada de aquí!

Me tronó los dedos, pero yo me quedé en el suelo.

— ¡A la chingada, muchacha pendeja, aquí se le acabó la madre, ándele, a chingar a su pinche madre!

Yo no me moví. Seguí pensando en el perro y me daba mucho miedo preguntar, así que me quedé inmóvil dudando si quería saber la verdad. Pero ella fue más rápida y fue por mí y me jaló de los cabellos y me arrastró por el piso. Forcejeé tantito pero el piso mojado no me ayudaba. Nada. Me hizo como quiso, yo creo que ahí se desquitó de todo, de mi tío que la violó, de que estuviera sola y fea, de que mi hermano se hubiera muerto sin avisar, de todo, porque yo nada más sentía cómo me zarandeaba y me arrastraba.

— ¿Dónde está Leonel? — seguí preguntando mientras ya lloraba a grito abierto. Me aventó a la entrada de su patio.

— O te vas ahorita mismo y no vuelves, o llamo a la policía y les digo lo que hiciste, a la chingada, hija de la chingada, ¡a la chingada!

Y me abrió el zaguán y se esperó a que me saliera casi a gatas. Luego cerró con llave y se fue a encender el radio y siguió limpiando su patio, de un lado a otro movía el trapeador y la espuma al compás de su ritmo. Era increíble ver cómo se movía para dejar todo muy limpio. Mi mamá ya no volteó a verme. Aunque me quedé todavía unos minutos ahí, supe que ya no iba a voltear más. Esa mujer era capaz de todo con tal de no perder su comodidad, incluso sacrificar a un perro, a un hijo, a mí.

A partir de esa última vez que vi a mi mamá, todas las horas, todos los minutos, todos los segundos, yo esperaba que la policía llegara por mí. Pero me consolaba diciendo que yo no tenía nada, que yo no tenía un niño, que yo estaba sola, que yo no tenía nada que ocultar. Si alguien tenía que dar explicaciones era mi mamá. Y deseaba que las diera.

Pero la realidad es que tampoco deseaba tanto, nada. Si acaso, quería que se acabara la pesadilla porque yo tenía paranoia. Encendía la televisión para distraerme y nada más escuchaba algo que tuviera que ver con policía o con justicia y creía que hablaban de mí. Me están escuchando, me están observando, están esperando que yo me equivoque en algo para venir por mí. Así que me cercioraba de que no hubiera cables extraños en casa, de que no hubiera gente extraña rondando por la calle o algo parecido. En una de esas tantas veces, oí que tocaban la puerta, nomás sentí cómo se me salía el corazón. Me asomé por la ventana de la cocina y era el primo de Rafael. Me saludó con la vista. No le quise abrir la puerta.

— ¿Qué se te ofrece? — le dije desde la ventana semicerrada.

— Te traje esto... — me dijo mientras me acercaba una bolsita de plástico.

La tomé dudosa pero le vi cara de buena fe y me la quedé.

— ¿Qué es?

— Ahí ves, nomás no digas que yo te lo traje.

Se puso la gorra de la sudadera y metió las manos al pantalón. Lo vi alejarse a paso rápido. De espaldas se parecía a Rafael. Me dio lástima. Tampoco él saldría de aquí, ni iría a ningún lado nunca, ni sería feliz como todos nosotros. Como que él me confirmaba que todos nosotros habíamos nacido a lo pendejo.

Abrí la bolsa, era los zapatos de Leonel. Las agujetas estaban sucias, con las marcas de mugre entrelazada que se le formaba cuando se los amarraba. Me los llevé a la nariz para tratar de encontrarlo pero no olían a nada. Entonces ahí, ahí fue donde me quebré. Los aventé contra la pared y me puse a llorar. Luego, fui al cuarto y empecé a sacar las cosas de Leonel, las aventé todas. ¡Pinche Leonel, pinche Leonel, pinche Leonel y tus cabellos rizados, jódete Leonel, jódete! Pero también quería que se jodiera mi mamá, pinche criminal de mierda, ¡criminal de mierda! Ella y su estúpido hermano que me concibieron, maldita vieja imbécil que se dejó violar, pendejo, hijo de la chingada, el hijo de su puta madre que la violó, maldito sea, ¡maldito sea el cabrón desgraciado que hizo que yo estuviera en este mundo! ¡Imbéciles todos, todos, el imbécil de Rafael, el imbécil de mi hermano que se dejaba golpear, imbécil el primo de Rafael que me ha venido a dejar la tristeza! ¿Qué le pasó a Leonel, dónde está Leonel? Soy inocente, pensé, inocente. Yo soy la víctima, ¡mi vida es una puta mierda como para que crean que yo soy la mala! ¡Leonel!

Pero Leonel no estaba, ni iba a volver a estar, ni conmigo, ni con su madre, ni aquí, ni en otra vida. ¿Dónde está Leonel, qué le hicie-

ron, qué le pasó? Y llorar no valió de nada porque el dolor no paraba. No se va, el único que se fue, fue Leonel, y lo último que hice fue darle un beso mientras estaba dormido. No me despedí, no sabe que lo besé y que lo quería. Leonel no sabe nada, no imagina todo el amor que yo le daba, ni lo mucho que importaba en mi vida. Leonel desapareció. Leonel desapareció.

Y así se me fue el tiempo hasta que un día me amaneció así, de día, más claro, con el sol asomando entre las rendijas de las ventanas y supe que me tenía que deshacer de todas las cosas de Leonel, y las metí en una bolsa y la cerré muy bien, le puse cinta adhesiva, salí al patio trasero y entre la tierra seca empecé a raspar con una cuchara, cuando ya estaba haciéndose un hoyo considerable, fui por una pala de cocinar hasta que la bolsa con las cosas de Leonel cupieran. Luego le eché la tierra encima. Fue mi funeral. No sabía qué otra cosa hacer. Luego me fui a bañar con agua fría, como si me estuviera castigando pero nada me consolaba. Al poco rato, recogí la casa, lavé la estufa, fregué el suelo. Dejé todo limpio. El agua con detergente la eché encima de la tierra del patio trasero, para que no se notara que había excavado ahí. Luego cerré con llave la casita de los patios que una vez me causó tanta ilusión y me fui.

Para ese entonces la estación Indios Verdes era un desmadre y, cuando yo me metí al metro, estaba de la chingada. Se hacían filas enormes que no dejaban avanzar ni salir. Me quedé atrapada entre la gente que traía prisa y que repartía codazos para pasar. Ya no sabía si iba o venía, pero, como pude, transbordé en metro Guerrero para ir a Buenavista. Luego, quién sabe cómo, supongo que preguntando, llegué a la Delegación. Había mucha gente y muchas puertas. Me acerqué a un kiosco, pero en el vidrio decía que ahí no daban informes. Subí unas escaleras enormes que llevaban al edificio principal. El guardia de la entrada me preguntó qué quería. No le supe contestar. Agité la

mano y le di la espalda. Bajé a prisa las escaleras. Luego comencé a caminar casi que en círculos buscando una cara amigable a la que no temiera preguntar. Me dijeron dónde era recepción, avancé sintiendo que los pies me pesaban. En la bolsa del abrigo traía un zapatito de Leonel, pensé que estaba cometiendo un error en traerlo entre mis cosas, pero luego nada más lo apreté con fuerza, como aferrándome al niño que una vez lo usó. Pregunté dónde estaba el Ministerio Público.

— ¿Para qué asunto? — me dijo la muchacha de cabello rubio teñido y mirada desinteresada. Dudé y me le quedé viendo unos segundos. Ella apuntó algo en una libreta y me la dio.

— ¿Para qué asunto? Ponga aquí su nombre y al piso que va...

Me dio mucho miedo. Yo quería decir que no era cierto que me bajé en un parque de casualidad. Que cuando yo salí de mi casa, aquella vez, sabía bien que Leonel vivía cerca porque yo había hecho sus paletas de cumpleaños. Y también quería decir que sabía que su mamá lo sacaba al parque todos los días, casi a la misma hora. Y que yo iba de vez en cuando a verlos y pensaba que esa mujer podía ser yo y que en realidad yo podía ser todas las mujeres del mundo, nada más que de todas, yo sólo quería ser mamá. Si acaso, también decir que mi mamá algo le hizo a Leonel, pero que de verdad no sabía qué y que qué importaba. Que yo ahí estaba por todos, por mí, especialmente. Para asumir las consecuencias, pero me dio miedo, mucho miedo y nomás se me ocurrió decir:

— Es que no sé, no sé... — murmuré, casi sin mover los labios.

Y me mordí la lengua. No me salía la voz. Y nomás dije que era yo

la de la sombrilla roja y pensé en el niño que echaba a reír mientras daba pasitos firmes y su hermana de cabello rubio iba detrás de él. Era yo la de la sombrilla roja, volví a decir mientras se me resbalaban las lágrimas por la cara, pero la muchacha me quitó la libreta de registro y le hizo señales al guardia. Yo metí la mano y apreté el zapatito de Leonel con fuerza. El guardia me topó de frente.

— Su nombre, señora... — Me dijo señalando la libreta con la mirada.

Ya no volteé a mirar. Lo esquivé casi empujándolo y seguí avanzando hacia la salida mientras lloraba como la loca desquiciada que siempre fui.

— Yo no tengo nombre... — Le dije, pero ya no sé si me alcanzó a escuchar porque seguí caminando hasta que desaparecí de su vista, como si yo fuera una más, y logré perderme entre la gente.

Casas vacías
de Brenda Navarro

se terminó de imprimir en el mes de diciembre del
año 2017, en la Ciudad de México.